



COPIA

LA
ESPAÑA MODERNA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

MAYO — 1889

EJEMPLAR
REGALADO

MADRID
IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRUI.
Flor Baja, 22

—
1889

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

JAIME EL LEVECHE

I.

DISCURSO AL AIRE LIBRE.

A la orilla del Mediterráneo, y agrupadas en torno de la iglesia, tiene sus modestas chozas Torreantigua, lugar donde pasaron los sucesos de mi cuento. La humilde villa apenas tiene historia: nació á fines del siglo pasado, creada por exigua colonia de comerciantes genoveses, á quienes enamoró el limpio cielo, el aire embalsamado, la sedosa playa; creció olvidada, y obscura y feliz, hasta que la madre patria se acordó de ella para enviarle, como rico presente, muestra de su munificencia y cariño, sus sabias y costosas instituciones, sus recaudadores de impuestos, sus aduaneros, sus contratistas de consumos y demás parásitos, que comenzaron, sin darse punto de reposo, á chupar la sangre fresca y juvenil que corría por las venas de la recién nacida.

Tuvo siempre Torreantigua, á pesar de su plebeyo origen, un encanto particular, un no sé qué que atraía y enamoraba: quizá, impulsadas por este misterioso hechizo

zo, desde su más tierna infancia se disputan encarnizadamente su cariño dos poderosas deidades mitológicas. Días hay en que Neptuno, olvidando una vez más la fidelidad que debe á Anfitrite, sube á su poderoso carro marino, empuña el temible tridente, recoge en su siniestra mano las riendas que guían á sus indómitos corceles, y dirígese veloz á la tranquila playa en que, bien ajena de inspirar tal pasión, duerme tranquila la pobre aldea, ostentando descuidada su rústica belleza. Una vez allí, siente el Dios sacudidos sus nervios por erótico impulso, golpea con el tridente las mansas olas, y las sacude, y las encrespa, y las alborota, y envuelto y circundado por ellas, como por turba de diligentes y sumisas esclavas, abraza á la hechicera villa, besa los cimientos de sus casas, lame los troncos de sus árboles, azota las rocas que la defienden, y sólo después de largas horas de dicha, se retira gozoso, mas no satisfecho.

Otras veces oye Torreantigua con temor sordos rugidos que parecen brotar del fondo de la tierra, y que le anuncian la venida de su infernal amante; de Plutón. Estremecimientos de placer la sacuden, como si ataque epiléptico la poseyera, y mientras el sombrío Dios la acaricia, siente la mísera aldea que el aliento del que la adora le quema las entrañas. Una noche, ¡noche fatal!, en el primer tercio de este siglo, los dos hermanos vinieron al mismo tiempo á rendir pleitohomenaje á la señora de sus pensamientos; mas como los amores de un Dios suelen ser fatales para una pobre mortal, las ruinas de Torreantigua mostraban al siguiente día el resultado de la celosa lucha fratricida. Renació de sus cenizas, como el fénix, y amada y combatida sigue por Plutón y Neptuno, como una de las sirenas del mar donde la historia tuvo su cuna.

Torreantigua está edificada en una cala que se extiende con suaves ondulaciones de Este á Oeste. Á su derecha, mirando al mar, la playa traza casi una línea recta en dirección Norte á Sur : línea larga, sin un arrecife, sin una roca, sin un escollo en cuatro ó cinco kilómetros de extensión. Á su izquierda, la costa es pintoresca y accidentada: calas arenosas y abrigadas; cuevas que parecen refugios de monstruos marinos; grupos de rocas, ya áridas y cubiertas sólo de lapas, ya revestidas de verdosas hierbas; todo un álbum de preciosas marinas, desplegado ante la vista de los pescadores que surcan aquel mar, por la Naturaleza, que es el mejor de los pintores. En el comienzo de esta costa de Levante brilla, erguido sobre diminuta colina, el faro, rojo como hierro hecho ascua. Al otro lado de Torreantigua se levanta la caseta de la sociedad de salvamento de náufragos. Así la villa abre al que viene á ella sus cariñosos brazos, mostrando en una de sus manos la luz que avisa al descuidado nauta el puerto apetecido, y en la otra el cabo que, arrojado á tiempo, le ha de salvar en el supremo instante.

Y en la caseta es precisamente donde comienza mi relato. Eran las once de la mañana, y la microscópica chocilla aparecía engalanada como para su mejor fiesta. En lo más alto del asta brillaba la bandera española. La puerta de la caseta estaba adornada también con banderas más pequeñas, formando vistosos pabellones. Fuera, una tosca mesa rodeada por cien sillas cerrando un espacio cuadrado, cuyo centro era la mesa misma. El cañón tronaba con voz de júbilo; la música de la aldea ensordecía ejecutando marchas triunfales. En torno de las sillas apretadísimo montón de marineros, pescadores, mujeres y chiquillos se agolpaba; sentado en ellas veíase á lo más principalito del pueblo, y tras de la mesa, en pie, con el

brazo derecho extendido en correcta actitud ciceroniana, un hombre joven, de unos treinta y cinco á treinta y seis años, hablaba con los ojos brillantes y el rostro coloreado por la inspiración.

—Á lo largo de las costas españolas, como soles creados por la ciencia y encendidos por el divino soplo del amor á todos los hombres, á nuestros hermanos, según el Evangelio, brillan entre las sombras de la noche los faros indicando con su limpia llama, ora el seguro puerto, ora el traidor escollo; pero hay otra red misteriosa, que envuelve también á las playas de nuestra patria, de faros del espíritu, creados por el entusiasmo y encendidos por la caridad, y son las sociedades de salvamento de naufragos. El infeliz que se ve perdido en medio de las olas, con el esqueleto de un buque bajo sus pies, el cielo todo negro sobre su cabeza y la angustia en el alma, sabe que en la vecina costa hay hermanos suyos que se aprestan á salvarle, que se lanzan resueltos al peligro y que disputarán y arrancarán al negro abismo su codiciada presa.

Nutrida salva de aplausos interrumpió por breves momentos al orador. Éste siguió:

—Vosotros, nobles marineros, en aquella horrible noche, cuyo recuerdo aún á todos nos estremece, fuisteis los que, despreciando las vuestras, arrebatasteis al mar las vidas de diez compañeros que ya juzgaba suyos la muerte. La sociedad, al premiaros, lo hace, no porque su recompensa esté á la altura de vuestro heroico arrojo, sino por grabar más y más en la memoria tan hermosa acción. Colgad con orgullo ese diploma en la tosca pared de vuestra casa; él dirá á todo el que entre: «Aquí vive un hombre honrado». Ostentad con arrogancia esa medalla de bronce sobre vuestro pecho; ella dice al que la vea: «Aquí bajo late el corazón de un héroe».

Enmudeció el orador, y repitiéronse más vivos y entusiastas los vítores y los aplausos. Casi todos los personajes que le rodeaban levantáronse y formaron apretada piña en torno suyo, disputándose el honor de estrechar su mano ó darle cariñosa palmadita en el hombro. Breve rato se oyeron frases cortadas, exclamaciones, comentarios.

—Este D. Mariano.... ¡Qué discurso, eh!.... Me ha enternecido.... Ha estado admirable.... Ni Castelar.... Es mucho hombre este....

En el pueblo, la emoción era menos expansiva y dicharachera, pero más honda. En muchos ojos se veían brillar lágrimas. ¡Quizá aquellos rudos marineros que las veían recordaban haberse visto en caso igual al descrito tan de mano maestra por el orador! Habíanse formado varios grupos que, en voz baja, y demostrando inconscientemente con su respetuosa actitud su entusiasmo y su aprobación, comentaban á su modo el discurso. Uno de ellos lo constituían dos mujeres, que debían ser madre é hija; había entre ellas tanta semejanza como en esos ya vulgares retratos en que se ve á Ninon de veinte y de sesenta años. La madre, que parecía tener cincuenta, debía haber sido hermosa; pero su belleza de hija del pueblo se reproducía más fina, más depurada, más aristocrática en la hija. Podría tener ésta de veintiocho á treinta, y se asemejaba, vestida como iba de negro, con el semblante bañado en llanto y la mirada perdida en el espacio, como quien no mira lo que hay ante sí, sino las imágenes que le recuerda su espíritu, á una hermosísima Virgen de los Dolores. Con la derecha mano se enjugaba los enturbiados ojos, y con la izquierda retenía junto á sí á un travieso chiquillo, que pugnaba por escaparse é ir á espaciar su natural inquieto por la fresca arena de la vecina playa. Cerraba el grupo un mozo de la misma edad

que la joven, moreno, con leve bigotillo negro, ojos de mirada penetrante y dominadora, y vestido con flamante é incómodo traje dominguero, que aprisionaba mal su temperamento resuelto y nervioso.

—Te lo dije, y t'has salío (murmuraba la vieja). No vayamos, no vayamos á oír pedricar á D. Mariano. Te vas á acordar de Gregorio....; vas á llorar.... No me has querío hacer caso.

—Bueno, madre.

—Bueno, madre. Pos malo, digo yo. Tié gracia esto, Pepe. (Y se volvió al mozo, que miraba con señal también de disgusto á la muchacha.) Cuatro años hace que se murió aquel bendito, que Dios tenga en la gloria, y esta tonta de mi hija, en lugar de buscar, como otras de su tiempo, distraiciones que le borren la pena, busca toas las ocasiones de aumentarla. Yo no le digo que sea una farandulera, que no le tenga ley á la memoria del que tan bien lo hizo con ella; pero, hijo, en un buen medio está la virtú, y pasarse lloriscando los días y las noches dimpués de tanto tiempo, no lo ha hecho alma nacía. Que se te murió tu marío.... Pos, hija, razón es de que te aconseles, que ni has sío la primera, ni serás la última. Antes que tú pasó ese trago tu madre que te está hablando.

—Sí. Pero mi padre murió en su cama, asistido por V. y por mí, y mi Gregorio en el mar, solo, y acordándose de su mujer y de su hijo.

—Pos por eso no quería yo venir. Has oído á D. Mariano, que tiene un pico que hace llorar á las piedras; t'has acordao de tu marío, has oído tan rebién dicho cómo se murió, y.... ¡zas!.... hecha una Madalena....

—Bueno, ahora ya se acabó (interrumpió el mozo). Vuélvete, María, y verás cómo les ponen la medalla á toos los marineros.

Dijo estas palabras con la intención evidente de distraer la atención de la joven de sus tristes recuerdos; y lo consiguió, en efecto, más pronto que la madre con sus coléricas peroratas. María se volvió, cogió en brazos al chiquillo para que viera bien, y miraron todos otra vez al centro del cuadro de las sillas. Uno tras otro, los marineros avanzaban, llamados por sus nombres, y el mismo don Mariano les prendía sobre el corazón la medalla y les entregaba el diploma, después de estrecharles cariñosamente la mano. El chiquillo, de pronto, agitó sus manos, y gritó, viendo adelantarse á uno de ellos :

—¡ Jaime!

—Ahí va el Leveche (dijo con tono despreciativo el mozo acompañante). S'ha pintao el pelo con azafrán.

Tales palabras, que querían ser un chiste, aludían al marinero que en aquel momento recibía la medalla de manos de D. Mariano. Era un hombre alto, fornido, de complexión recia, atléticas espaldas y pecho hercúleo; sólo desentonaba sobre aquella figura hermosa de gigante su fisonomía de chicuelo tímido y apocado. Ni el más ligero vello sombreaba sus mejillas ni su labio superior; la expresión de sus ojos azules era inocente y ruborosa; todo su semblante dejaba traslucir un alma cándida y avergonzada de su misma bondad. El pelo, que llevaba cortado á punta de tijera, era de un rubio tan fuerte, que tiraba á encarnado, y, como en aquel instante llevaba descubierta la cabeza, caían sobre ella los rayos del sol, y la arrancaban reflejos auríferos.

Con timidez se había acercado al orador, á recibir el premio de su gloriosa hazaña; pero su confusión y aturdimiento subieron de punto cuando D. Mariano, en vez de tenderle la diestra, como á los demás, lo atrajo hacia sí y le dió un apretado abrazo.

Volvióse con las mejillas invadidas por dos oleadas de sangre, y escuchó entonces la voz del chiquillo, que por segunda vez gritaba :

—¡Jaime! ¡Jaime!

Iluminó su rostro alegre sonrisa, y, tendiendo sus robustos brazos al rapaz, gritó á su vez :

—Ven, ven, Gorete.

II.

EL AMOR Y EL ODIO DE MARÍA.

La historia de María, la hermosa y entristecida joven que aplaudía con sus lágrimas el discurso de D. Mariano, era la historia sencilla y amarga, tantas veces repetida, de cien muchachas costaneras. Era hija de un honrado artesano y de aquella cariñosa vieja que con tanto calor la reprendía por sus eternos sollozos y su tristeza constante. Su familia y la de D. Mariano habían vivido siempre juntas, á pesar de la diferente clase social en que habían nacido. Su madre nació en casa del padre de aquél, y allí estuvo sirviendo, como su abuela, hasta que se casó : no la apartó el matrimonio de sus amos, como ella decía, puesto que, amén de la cotidiana visita que les hacía, como sus habilidades culinarias eran estimadísimas, cada vez que el señor de Muñoz—así llamaban al padre de D. Mariano—tenía huéspedes ó convidados, acudía en seguida á Juana para que con sus diestras manos condimentara los platos del festín. Nació María casi al propio tiempo que la última hija del señor de

Muñoz, Lorenza, y en casa de los amos pasó su infancia, jugando día y noche con sus señoritos, y recibiendo igual ración de juguetes y golosinas que ellos en los equitativos repartos que hacía la señora de Muñoz. La viudez hizo volver á Juana á sus antiguos lares, en los que fué recibida con los brazos abiertos, y con ella volvió, aunque no en calidad de sirviente, la hermosa María. El señor de Muñoz, cuyo recto carácter se reflejaba, como en un espejo, en su hijo Mariano, y su excelente esposa, comprendieron que ni se podían ni se debían exigir á la huérfana trabajos rudos y materiales. Educada entre sus propios hijos, y dotada de inteligencia clarísima y de delicada constitución, hubiera sido para ella nocivo y humillante lo que era para su madre natural é higiénico. Para salvar esta dificultad, encontró la señora de Muñoz un medio en extremo sencillo: la dedicó á coser y repasar la mucha ropa blanca de que en aquella casa se hacía uso. Las manos de María eran las de un hada para todo lo que fuesen trabajos de aguja, y sobre todo para planchar, lo mismo las deslumbradoras pecheras que ostentaba el señor de Muñoz, que los encajes de los trajes de verano de sus señoritas, que las cintas, encañonados y puntillas de los gorritos de los nietos que fueron llenando la casa.

En aquella época feliz de su existencia conoció á Gregorio, que servía al Rey á bordo de la *Zaragoza*, y ambos se enamoraron tan de veras el uno del otro, que, ni el pobre marinero pensó ya en otra cosa, en sus solitarias guardias por el puente de la fragata, que en contar los días y las horas que restaban que pasar para cumplir y correr á Torreantigua á casarse con María, ni la hermosa costurera vió, entre puntada y puntada, pasar otra imagen ante sus ojos, que la del ágil marinero, con su blusa azul obscura entreabierta, dejando asomar la blan-

ca camiseta y su gorrilla coronando el tostado semblante y luciendo en letras doradas el nombre del barco que le guardaba prisionero del deber.

Pasó el tiempo; cumplió Gregorio. Él y Jaime, su íntimo amigo, que habían servido juntos, volvieron á Torreantigua. Por influjo de D. Mariano consiguió ser patrón de un buque mercante, y poco después, á pesar de la oposición de Juana, se unieron en santo lazo María y Gregorio. Verdad es que la tal oposición no fué muy terca ni sistemática; como que no se fundaba en las malas cualidades del novio, sino sólo en su arriesgada profesión: de suerte que pronto vencieron los enamorados tan ligero obstáculo. Ya casados, acreció su ventura y su cariño, y vino á poner el colmo á su felicidad, antes de cumplirse el año de matrimonio, el nacimiento de un precioso chiquillo, á quien pusieron en la pila Gregorio, como á su padre, pero al cual todos, desde pequeño, llamaron con el cariñoso diminutivo de Gorete.

Por desdicha, el tiempo se encargó de dar la razón á la madre de María. Su dicha se vió turbada á menudo por las largas ausencias de su Gregorio y por la angustiosa zozobra que durante ellas la consumía. Figurábase á su pobre marido sobre la cubierta de su buque, chiquito como una cáscara de nuez, en medio del mar y de la noche, empapado por la lluvia, azotado por el viento, deslumbrado por los relámpagos, pensando en ella y en Gorete, y sentía apretársele el corazón, como si invisibles tenazas lo atormentasen, y las lágrimas acudían á sus ojos, y sólo la consolaban los besos de que cubría la faz de su inocente hijo y las breves y sentidas cartas, dictadas por un alma grande y enamorada, y escritas por una mano ruda y torpe, que recibía á largos intervalos.

Por fin, un día, ¡oh, qué espantoso recuerdo!, adivi-

nó en los semblantes de los que la rodeaban algo terrible ; vió conferenciar indecisos varias veces á su madre y á D. Mariano ; su corazón le anunció la proximidad de una gran desgracia , de una espantosa noticia ; preguntó, por fin, anhelante y temerosa, al propio tiempo, de salir de su cruel incertidumbre ; la respondieron, y.... ¡Qué no diera por borrar de la memoria aquellas palabras frías, agudas y envenenadas como puñal esgrimido por traidora mano ! ¡Quién la dotara del poder de arrancarse la emponzoñada espina que desde entonces llevaba clavada en el pecho ! Ella no entendió bien todo lo que la dijeron. Le hablaron mucho tiempo D. Mariano y su madre. Sólo comprendió que Gregorio, ¡su Gregorio!, había muerto como ella lo soñaba, solo, en medio del mar, sin el calor de sus besos y el consuelo de sus caricias, y que ni aun tendría el triste goce de ir á rezar sobre la losa de su tumba. El padre de Gorete dormía el sueño eterno bajo esa movable lápida bendita por la mano de Dios, y sin epitafios que lleven á la región de la muerte el eco de las vanidades de la vida.

En los primeros meses de su viudez, su madre la instó varias veces para que volviese á casa de sus amos á vivir con ella ; se alejase de la mísera choza donde había vivido con Gregorio y que tantos recuerdos la despertaba, y distrajese su dolor. Por la misma razón obstinóse María en negarse. Quiso vivir la vida del pasado, que había sido para ella feliz y venturoso, y cerrar al amargo presente y al negro porvenir su puerta. Para cubrir las necesidades de Gorete y las propias, le bastaba con lo que obtenía planchando para las principales casas de Torreantigua. Desistió por fin Juana, convencida por sus obstinadas negaciones, y logró la hermosa viuda su propósito de consagrarse por entero á la memoria del que

tanto había amado, pagándole de tal suerte los nueve años de tranquila y sonriente felicidad de que le era deudora.

Á más de este culto, quedaron en el alma de María vivos y potentes dos sentimientos : el amor á su hijo y el odio al mar. Gorete fué su ídolo, su consuelo, la única ventura que le restaba en la tierra. ¡Cuántas noches, mientras el chiquillo dormía, se acercaba á la cuna cautelosa y anhelante, levantaba el mosquitero de gasa que le cubría, y pasaba horas y horas contemplándole absorpta y reconstruyendo sobre su rostro infantil los viriles rasgos y la varonil expresión del que le había dado el ser! ¡Cuántos días, sintiéndose más atormentada por los recuerdos, más herida por aquella espina agudísima que la penetraba, había salido á buscar á su hijo con el inconsciente afán de verlo, estrecharlo entre sus brazos y calmar con apasionado torrente de besos el dolor que reinaba en su alma! Sólo turbaba la dicha de este cariño maternal la idea de que Gorete pudiera apasionarse del mar, como su padre.

¡El mar! ¡El enemigo, el monstruo, el infame! Veíale la pobre viuda algunas mañanas tranquilo, sonriente, semejante á inmenso manto de seda, con el color y el brillo de la plata; su enorme masa líquida inmóvil, sin que la más ligera arruga, el más leve estremecimiento turbasen la quietud de su transparente superficie; trazando en él la más diminuta embarcación larga estela azulada; recogiendo sobre sus aguas dormidas, en incopiable cascada de chispas de oro, los ardientes rayos del sol, y entonces casi olvidaba su rencor y la traición de que la había hecho víctima, y la imagen de Gregorio, volviendo alegre y enamorado de uno de sus viajes, era la que le pintaba su imaginación, como centro y foco animado de aquella son-

riente marina. Pero en otras el mar se obscurecía, como el ceño del que fragua crímenes, asechanzas y traiciones; sus aguas se revolvían furiosas, se levantaban soberbias desafiando al cielo, y caían lanzando espumarajos de rabia; las barcas gemían sacudidas por las poderosas zarpas del monstruo; el viento silbaba, arrancando de los mástiles las remendadas velas; las gaviotas volaban en círculo, sin atreverse á posar un momento sobre las cenagosas olas, y entonces María veía surgir ante sí la fatídica visión de su Gregorio, moribundo, pálido, desencajado, de rodillas sobre el casco resquebrajado de su buque, levantando las manos al cielo y pidiendo á Dios la vida para volver á ver á su mujer y á su hijo, y sentía renacer más encendido su odio, y lanzaba sobre el mar revuelto y terrible la maldición que desde el fondo de su alma hacía subir el rencor á sus labios.

¡Oh Mediterráneo! ¡Ora perdonado por humilde, ora maldecido por soberbio!

III.

VIENTOS CONTRARIOS.

Pasaron días, desde aquel en que D. Mariano pronunció su famoso discurso; y una mañana se encontraron en la playa la madre de María y Pepe el Terral, aquel mozo que las acompañaba al principio de esta verídica historia. Y justo es consignar, á fuer de puntual cronista, que, si por parte de Juana la entrevista era casual é inesperada, no sucedía lo mismo por la de su joven amigo. Bien claro

lo manifestaba la decisión que se leía en el fondo de sus negros ojos, la nerviosa impaciencia con que se retorció el bigotillo hasta que vio aparecer á la vieja, y el ademán resuelto con que se dirigió hacia ella así que la columbró, dando la vuelta á la esquina más próxima.

—¿Aónde se camina, tía Juana?—interpeló el Terral, al emparejar con ella.

—Pos, hijo, ¿aónde he de ir? Á comprar unas libras de pescao fresco. Y tú, ¿aónde t'has metío? Dende el día que vinistes con nosotras á oír á D. Mariano, no te s'ha güelto á ver el pelo.

—He estao fuera.... trabajando ahí en Benimeli. Vine anoche, y esta mañana dije, digo.... Voy á ver si veo á la tía Juana.... y echo un párrafo con ella de un asunto que.... vamos, que me toca muy aentro....

—Pos, hijo, tú dirás.

—Á eso voy, si ustedé quié escucharme. ¿Y María?

—Buena, pero con sus sentires de todos los días. Esta mañana trempano estuve allí á buscar á Gorete, pa que se viniera á jugar con las niñas del señorito....

—Y ¿se le pasó lo del otro día?

—¿Qué?.... ¡Ah!.... ¿Los llantos aquellos de cuando oyó á D. Mariano? Pos claro que sí, hijo. Á la pena más grande, el tiempo se la lleva; y, más que ella diga que no se consolará en jamás de los jamases, yo respondo que es muy joven, y aun pué ser que se enamore de otro, y beba los vientos por casarse con él.

—Pos de eso cabalmente quería yo hablarle á ustedé, tía Juana.

—¿De qué?

—De que yo, vamos, estoy prendao de María. Se lo he dao á entender con palabras y con obras muchísimas veces.... Le he regalao el costurero en que cose....; no le he

cobrao denguna de las composturas que m'ha encomendao.... Demás de eso, una noche que tuve ocasión le dije lo de veras que la quería, y con el buen fin que pensaba en ella....; y ella, no es que m'haiga contestao mal, que si eso había sío, no había yo aportao más por allí; pero me dijo que no se casaría más....., y me puso á Gorete delante; y....., en fin, que me dió unas calabazas mu finas y mu bien apañás.

La vieja, que había oído á Pepe sin pestañear, tardó algunos instantes en responderle. Por fin, dijo :

—Ya me maliciaba yo algo; pero no me pensé que hubías ido tan lejos.

—Pos sí, señora.

—Bien, y ¿qué es lo que quiés de mí?

—Pos, ¿qué he de querer, tía Juana? Que le hable usté por mí, y le vaya metiendo la idea de que me quiera. Usté ya me conoce. Yo, con mi oficio de carpintero, gano bastante pa mantenerla á ella y á Gorete, aunque se deje de trabajar.... Yo, si hasta aquí he sío alegre, y requebraor, y amigo de jaranas, no soy malo, y de marío, y de marío suyo, había de ser el hombre más cabal de Torreantigua. Usté pué hacer mucho.

—En eso es en lo que t'has engañao, hijo. Mi María, tan fina y tan humilde como la ves, tiene un querer que naide lo vence. Cuando se murió su Gregorio, que Dios lo tenga en su santa gloria, me la quise llevar conmigo á casa de D. Mariano. ¡Lo que yo le dije, lo que yo le perdiqué! Que los señoritos me lo habían encomendao.... Que las niñas querían tener allí á Gorete.... Que yo no pegaba los ojos de noche, pensando en ella.... Pos ná, hijo. No me hizo caso denguno, y en su barraca se quedó, sin que pudiera arrancarla de allí ni el mesmo San Juan en presona que bajara del cielo. Y ahora pasará lo mes-

mo. Si de su voluntad sale el quererte, no habrá quién que la desaparte de ti : si se empeña en el no, más que pongas por influencia á la misma Reina de España, con el no te quedarás toa la vida.

—Ya sé yo que ella es así. Pero no será malo que usted le diga....

—No quedará por mí, hijo; que, aunque no sea más que por acordarme de lo mucho que nos queríamos yo y tu madre, que en gloria esté, me creo en la obligación de servirte.

—Pos, adiós, tía Juana, y usted perdone la molestia.

—Anda, hijo, que pa ayudarnos los unos á los otros estamos en el mundo.

Separáronse, echó á andar la vieja, y vió Pepe que á los pocos pasos su nieto Gorete llegaba corriendo á abrazarla, gritando :

—Abuela....., abuela....

Frunció el ceño el enamorado mozo, y se alejó murmurando entre dientes :

—Ese condenao chiquillo es el causante de que María no me quiera. ¡Si se lo llevara el garrotillo que dicen que hay por el pueblo!

Y á la misma hora en que el Terral sostenía tan diplomática conferencia con la que deseaba que fuese su suegra futura, llegaba el Leveche á la puerta de la casa de D. Mariano, y llamaba discretamente á ella con los nudillos. El propio D. Mariano salió á abrirle, y le interpeló con cariñosa franqueza, diciendo :

—¡Hola, Jaime! ¿Tú por aquí á estas horas? ¿Qué te trae?

—Pues, señorito, usted m'habrá de dispensar. Como yo sé que á la señorita Cecilia le gustan tanto los langostines, antes de que fueran otros y se los llevaran, he re-

cogió yo toos los que s'han pescao y me los he traío, á ver si ustés los querían.

—¡Pues ya lo creo que sí, hombre! Encargo lleva Juana, que está en la pescadería, de comprar los que encuentre. Entra, entra. Llévalos á la cocina, entrégaselos á una muchacha, y vuelve aquí á mi despacho á que echemos un párrafo, si es que no tienes ocupaciones apremiantes que te reclamen.

Dejando en el pavimento del comedor la húmeda huella de sus pies desnudos, entróse Jaime hacia el fondo de la casa, con el cesto de langostinos en la mano, y á los pocos instantes tornaba á aparecer en la puerta del despacho de D. Mariano, cuyo umbral parecía no atreverse á traspasar.

—Entra, y siéntate, hombre (dijo D. Mariano). ¿Tienes miedo de untar el piso? No le hace, hombre, no le hace. No te mandarían á presidio por ese crimen.

Sonrió el Leveche por toda contestación, entró, y se sentó en la silla más próxima á la puerta.

—¿Y qué tal la pesquera de hoy?—siguió D. Mariano.

—Regular, señorito.

—¿Nada más que regular?

—Mucha morralla y poco pescao fino.

—¿Y es verdad que te vas á ir á América?

—No, señorito.

—Pues, ¿qué hay de eso? Porque á mí me han dicho que habías hablado con el capitán del *Buenos Aires*.

—No, señor; al revés. Él fué el que habló conmigo, porque me conoce dende que yo servía en la *Zaragoza*...., y me preguntó que cómo me iba...., y yo le dije que mal; que se ganaba poco....; y él entonces me propuso que me embarcara con él....

—Pero tú....

—Yo, señorito.... Le tiene uno tanta ley al sitio donde ha nació.... Si viera que de ningún modo podía vivir aquí....; pero en tan y mientras....

—Vamos, que quizá no sea sólo el cariño á Torreantigua lo que á ti te retiene. ¿Acierto, eh?

El color que de continuo matizaba las mejillas del Leveche, cuya blancura no habían logrado empañar por completo el sol y el aire, subió hasta el rojo más encendido. D. Mariano se quedó sin respuesta.

—Me parece que he dado en el clavo, y quisiera yo saber quién es la guapa moza que te hace ponerte colorado, para alabarle el gusto si te corresponde, ó reñirle de firme si te desprecia. Esto no es preguntártelo, Jaime. Pero ya sabes tú que puedes tener confianza en mí y considerarme como á tu mejor amigo.

Había procurado serenarse el hércules durante este último párrafo de su interlocutor, y, aunque sin conseguirlo por completo, pudo balbucear:

—No lo crea usted, señorito. Yo no estoy enamorado de ninguna, ni, aunque fuera así, haría mal en no hacerme caso la que yo quisiera. Yo soy pobre....

—Pero honrado, como está en moda decir ahora.

—Honrado, sí, señor.

—Pues es lo principal. Y si á eso se añade que no todos, como tú, pueden llevar sobre sí el peso de una familia.

El Leveche no debió entender el chiste, porque permaneció impasible, y respondió:

—¡Ca, D. Mariano; no puedo!

—¿Que no puedes, con esas espaldas y esos brazos? No lo niegues, porque nadie te dará crédito.

—En fin, como por ahora no hay ná de eso.

—Verdad será, puesto que tú lo afirmas. Siento ha-

berme equivocado. De todos modos, ya sabes que, cuando se te ocurran esas ideas, tienes en mí un amigo y un auxiliar. Y ahora, adiós, que no quiero detenerte más tiempo. ¿Qué es lo que te debo?

—Dos pesetas, señorito.

—Toma tres, y la que sobra guárdala para comprarle unas ligas á la chica esa que te impide embarcarte en el *Buenos Aires*.

Tornó á sonrojarse el Leveche; tomó las tres pesetas, y salió saludando con la cabeza y sin pronunciar más palabra. Por el camino iba diciéndose mentalmente á sí mismo:

—¿En qué me lo conocerán? Yo no se lo he dicho á nadie. Verdad es que no pienso en otra cosa, y que los ojos se me van tras ella cada vez que la veo. ¿Sabrán también que es María la que yo quiero? Claro que sí: cuando han acertao en lo uno, no se equivocarán en lo otro. Pero no podrán asegurarlo nunca. Yo sé que no he de tener valor jamás para decírselo. Además, ella sólo piensa en su Gregorio, y no me ha de querer á mí ni á nadie. De Gregorio no tengo celos; más bien me enamora más y más de ella ese cariño tan grande que aún le tiene....; pero, si quisiera á otro.... Ni pensarlo quiero. ¿Qué sería entonces de mí?.... ¡Ea! Dios hará que no sea yo tan desgraciado. Ella no se casará nunca; lo ha dicho mil veces, y yo me contentaré con quererla sin que nadie lo sepa de cierto, y vivir y morir pensando en ella.... ¿Por qué no me habrá dado Dios para eso el valor que tengo para otras cosas? ¡Paciencia! No hay más que conformarse cada uno con el sino que trajo al mundo. El mío es el de querer y no poder decirlo.

IV.

GORETE, LILITA Y NITO.

¡Ea! Que me cansé de hablar de cosas serias, y voy, á guisa de intermedio, á contaros la historia del príncipe Gorete y de las princesas Lilita y Nito. Una advertencia antes de comenzar. Puede que si preguntáis á algún vecino de Torreantigua, os diga que Gorete era hijo de Gregorio el marinero y María la planchadora, y Lilita y Nito dos niñas gemelas, hijas de D. Mariano Muñoz y de su esposa Cecilia, cuyos verdaderos nombres eran Isabel y Lorenza. No hagáis caso del que así os responda. ¿Qué sabe él de semejantes cosas? Yo os juro que la verdad es la que vais á leer en este capítulo.

Pues, señor: el príncipe Gorete tendría, en la época de mi cuento, de doce á trece primaveras, y era morenito, gracioso, y con más espíritu conquistador y más picardías que Alejandro, César y Napoleón. Cuando nació, rodearon su cuna las hadas, como siempre que nace un individuo de sangre real, y cada una le dotó de una perfección. Una le dió el talento, otra el valor, otra la hermosura, otra la bondad, y así se fueron sumando en el rapaz méritos y más méritos, hasta quedar convertido en acabadísimo modelo. Sólo faltaron en aquel concurso de hechiceras el hada de la Prudencia y el hada de la Sumisión; de manera que el príncipe Gorete no hizo caso jamás del peligro, ni obedeció nunca los consejos y advertencias de los que le amaban y protegían. Creció y

se desarrolló físicamente hasta llegar á ser un hermoso muchacho; pero consideró siempre, con profundo sentido filosófico, indigna de su regia estirpe la tarea de aprender á leer y escribir, y depresivo para su categoría el quemarse las cejas sobre las letras tamañas como avellanas del silabario, y se negó en redondo á adquirir esos rudimentos de ciencia vulgar que posee el resto de los mortales, y que, para él, eran de todo punto innecesarios. Otros eran sus afanes, su vocación y sus instintos. Sentía dentro de sí el vago anhelo de acometer grandes empresas y espeluznantes aventuras, y no una, sino varias veces, salió de palacio sin más compañía que la de su temerario valor, y tuvieron que salir en su busca leales servidores para volverlo al regio alcázar. Enamoraba sobre todo al príncipe Gorete la vista del mar, en cuyas orillas se alzaba la mansión de sus padres; en su fresca arena le encontraron muchas tardes departiendo con otros príncipes tan ganosos de gloria y de hazañas que la merecieran como él; tuvo por el más feliz de sus días aquel en que un gigante que tenía todo el pelo de oro, y á quien llamaban el Leveche, lo llevó en su barca á pasear por la bahía, dirigiendo la ligera embarcación el mismo gigante, que, con cada impulso de sus robustísimos brazos, la hacía andar lo menos cien metros; perseguía incesante, cuando lograba escaparse de palacio, por las calles de Torreantigua, á unos hombres extraños que venían por el mar de lejanos países encantados, hablando lenguas que ni él ni los príncipes sus amigos podían entender; y soñaba de noche con que él mandaba uno de aquellos poderosos barcos que, sin velas ni remos, andaban con tanta velocidad, impulsados sin duda por una fuerza mágica y oculta.

Mas como en los príncipes el amor se manifiesta antes que en los demás mortales, hasta tal punto, que cuentan

las historias de algunos que, á poco de nacer, ya tuvieron concertado su matrimonio, el príncipe Gorete no pudo substraerse á esta ley general de su casta, y quedó malamente ferido de amores desde el momento en que vió á la princesa Lilita. Verdad es que la princesa era una preciosidad, en toda la extensión de la palabra. ¡Qué ojos los suyos, que unas veces miraban con tímida dulzura, como si el candor los entreabriera, y otras parpadeaban con picaresca expresión, como si la malicia los entornara! ¡Qué pelo, el suyo, que caía, como cascada de negras y tornasoladas ondas, sobre su espalda! ¡Qué cutis el suyo, fino como seda, transparente como cristal, blanco y perfumado como las hojas del jazmín! Su hermana, la princesa Nito, era idéntica á ella, y sin embargo le faltaba un no sé qué, que era precisamente lo que enamoraba en Lilita. Quizá ese no sé qué fuera no más que el efecto del don más precioso que había recibido la princesa Lilita al nacer, puesto que, como fué su madrina el hada de la Ambición, le dijo, tocándola con su varita de virtudes: «Serás superior á cuantos te rodeen». Y la obediente princesa procuraba siempre cumplir la predicción de su madrina.

No necesitaba para ello esforzarse mucho, porque sus habilidades y sabidurías no tenían número. Ella sabía que los ojos de los gatos son de esmeraldas; que su hermanito el príncipe Mariano, que había muerto, estaba en una estrella muy hermosa que salía antes que todas por la tarde; sabía el Padre nuestro, el Ave María y la mitad de la Salve; sabía jugar á señoras, y á la rueda, y al escondite, y al san-serení; y sabía contar cuentos mejor que nadie en el mundo. En esto último era tan maestra, que pasaban horas enteras ella y su auditorio, compuesto sólo por Nito y Gorete, en tan grata é inofensiva tarea. Y no

vayáis á suponer que el repertorio de narraciones fabulosas que poseía fuese extraordinario. Nada de eso. La princesa Lilita sólo contaba un cuento. Y, si reflexionáis un poco, veréis que esto es más lógico y natural. Los grandes genios no han producido más que una obra maestra. Homero su *Iliada*, Goëthe su *Fausto*, Cervantes su *Quijote*, Lilita su cuento. Ninguna de tales maravillas puede envejecer ni fastidiar, por muchas veces que se la oiga.

Cuando la princesa Nito y el príncipe Gorete suplicaban con empeño á Lilita que les contase el cuento, adoptaba la princesa una actitud grave y reflexiva; sentábanse los tres en el suelo, á la usanza oriental, los oyentes mudos y preparándose á recibir grandes emociones, y la diminuta Scherezada recogíendose en sí misma y llamando en su ayuda á la inspiración, y tras breve pausa, llena de anhelos, comenzaba su narración.

—Pues, señor.....: vino un gato muy feo (Gorete se espantaba, Nito hacía pucheros)....., y un caballo muy grande (entusiasmo en el príncipe)....., y un pajarito muy remono (regocijo en el auditorio)....., y un pato....., y una gallina....., y un oso.... (Los oyentes escuchaban en silencio pasar aquella arca de Noé, y entonces la princesa apresuraba el trágico final, y exclamaba abriendo mucho la boca y extendiendo los brazos).... — *Y vino un león*. Nito rompía á llorar sin consuelo, Gorete quedaba mudo de terror, y la princesa Lilita satisfecha de su triunfo.

Pues, ¿y la disposición innata de la princesa Lilita para el dibujo? Era insuperable. Dominaba todos los géneros: el dibujo lineal, el de figura, el de adorno; era en este asunto enciclopédica. Su álbum era lo más notable que ha producido el arte moderno. Y no se vaya á creer

que la princesa figurara en esta moderna escuela, que sostiene que la suma belleza consiste en copiar á la naturaleza, arrancándole sus inimitables líneas y colores. Todo lo contrario : Lilita se inspiraba en los divinos arquetipos que le sugería su mente, y como tenía la vaga intuición de que nadie podría comprenderla, cuidaba compasivamente de poner al pie de sus estudios y bocetos leyendas explicativas que revelasen su íntima esencia al vulgo que la rodeaba. Así decía en uno : «Árbol raro». Y en otro : «Niño enjaulado». Y en otro : «Pavos al fresco». Algunas veces, ni aun así conseguía hacerse entender. Una de las más hermosas páginas de su álbum tenía por título : «Frailes descompuestos». Y nadie pudo adivinar el oculto sentido de tal dibujo.

¿Comprendéis ahora cuántos motivos tuvo el príncipe Gorete para sentirse perdidamente enamorado de Lilita? Por desdicha pasó mucho tiempo sin lograr la dicha de ser correspondido. La princesa le mostraba real afecto, jugaba con él á todas horas, le llamaba cuando no aparecía con la puntualidad de costumbre, no tenía reparo en preferirle abiertamente á sus innumerables competidores ; pero cuando el príncipe, animado por tan repetidas muestras de cariño, se atrevía á preguntarle con timidez : «¿Quieres ser mi novia, Lilita?», un *no* seco y contundente era la obligada contestación, que dejaba al mísero príncipe acongojado y confuso y próximo á reventar en llanto. ¿Qué hacer para que se cambiara en cariño el desdén de la princesa? Gorete lo ignoraba. Sólo sabía quererla y decirle que deseaba ser su novio.

Y así hubieran seguido las cosas, Dios sabe hasta cuándo, si las hadas no se hubieran compadecido del príncipe y resuelto proteger su infantil pasión. La princesa Lilita tuvo una vez el capricho de tener ella un bo-

tecito suyo, pequeño, pintado de blanco, con dos remos como patitas de mosca, pará pasear en las tardes de verano con su hermana la princesa Nito. Las órdenes de la princesa eran leyes inquebrantables, de modo que poco tiempo después la canoa en miniatura se mecía á seis ó siete metros de la orilla, amarrada á un cable delgado como hilo de tela de araña, y teniendo, á más de las perfecciones con que lo había soñado Lilita, un precioso toldo de finísima lona, para resguardar del sol el hechicero rostro de su dueña. Pero, ¡ay!, la princesa vió con pesar que, cuando ella y Nito querían pasear en aquel lindo juguete, era preciso que un marinero se metiera en él y empuñara los remos con sus manazas, y destruyera, con su tosca presencia, la armonía que reinaba entre la canoa y sus lindas poseedoras. Así las cosas, una tarde bajaron juntos á la playa las dos princesas y el príncipe Gorete: se habían escabullido misteriosamente de palacio, y nadie conocía aún su escapatoria. Llegaron adonde estaba la canoa: el viento la había suavemente impelido hacia unas rocas que avanzaban mar adentro, rompiendo la línea suave y recta de la orilla. Gorete pidió á la princesa venia para embarcarse en la canoa y darle una muestra de su pericia naval: Lilita consintió gustosa. Saltando de roca en roca, y brincándole el corazón en el pecho, llegó el príncipe hasta la microscópica nave, embarcóse en ella de un salto, empuñó los remos, y maniobró largo rato en unos siete metros de distancia, porque, no sabiendo soltar la amarra, no pudo tomar más espacio en que lucir sus bríos. Sin embargo, ¡oh, príncipe venturoso! Era bastante. Las hadas habían conseguido su objeto. La princesa Lilita le había contemplado admirada, arrobada, en éxtasis. La belleza varonil del príncipe Gorete se le había revelado, patente, superior, irresistible, y cuando,

vueltos á palacio, preguntó tembloroso el desdichado por centésima vez á la princesa si le quería por novio, Lilita, trémula de entusiasmo y ocultándose de la parladora Nito, le contestó que sí.

Y así comenzaron los amores y concluyó la historia del príncipe Gorete y de las princesas Nito y Lilita.

V.

PEPE EL TERRAL.

Un partido de pelota en Torreantigua es más difícil de arreglar que la cuestión de Oriente. Allí, como en toda la región levantina, el juego preferido es el de *las largas*, de suerte que se necesitan tres jugadores de cada parte, y es tarea ardua, confiada á jugadores viejos y aficionados inteligentes, la de pesar en la balanza de la más estricta justicia las cualidades, ventajas y deficiencias de cada campeón, para lograr hasta donde sea posible igualar las fuerzas de las dos falanges enemigas. No se extrañará, por tanto, que toda la mañana de aquel domingo se pasara en cabildeos, conferencias, y aun disputas, indispensables prolegómenos del gran partido que se iba á jugar por la tarde. Por fin quedó todo convenido y en regla. Sacarían el Leveche y el Terral; acompañarían á Jaime, Diego el Rubio y Pedro Ruíz, y á Pepe, Juan el herrador y Santiago el Fraile. Todos de buen brazo, vista de águila, piernas ágiles y bien ganada reputación.

Con tales alicientes y la baratura del espectáculo, era natural que toda Torreantigua estuviera, como estaba,

reunida en la calle que servía de improvisado trinquete á los afamados jugadores. En uno de los extremos de ella, manteniéndose en equilibrio sobre un montecillo de piedras, ofrecía una rústica mesa de pino su plano inclinado al sacador para que botase sobre él la pelota. En torno de la mesa, y al otro extremo de la calle, tras del *resto*, los señoritos del pueblo, sentados en toscas sillas de Vitoria, disponíanse, como tantos otros críticos en el mundo, á censurar y emitir su opinión sobre lo que ni eran capaces de hacer ni entendían una palabra, y en toda la longitud de la calle, ora sentados en el suelo, ora formando animados grupos ó apretados cordones, los trabajadores todos de la villa se aprestaban á presenciar, con la seriedad é importancia que los griegos los juegos olímpicos, el magno partido en que iban á medir sus fuerzas tan denodados campeones. Iba y venía por en medio del arroyo el *chazaor* con dos viejos alpargates en la mano para marcar las *rayas*, y por lo alto de los tejados gateaban, en demanda de las pelotas que solían quedar prisioneras en las estrechas canales, unos cuantos chiquillos descalzos, entre los cuales destacaba su gallardo busto Gorete.

Aparecieron por fin en la arena del improvisado circo los combatientes, calzados todos con el clásico alpargate, desnuda la cabeza ó derribado hacia atrás el sombrero, en blusa ó mangas de camisa, y en la diestra mano el guante de cuero en que había de chocar, como en blindada plancha, la pelota. Sólo el Leveche difería de todo en todo de sus compañeros, por lo que al traje se refería. Había arrojado en un portal, como inútiles estorbos, los zapatos y calcetines, y su fornido tronco sólo estaba cubierto por fina camiseta blanca, que dibujaba con precisión sus duros músculos y varoniles contornos. Poco

después de sonar las cuatro de la tarde comenzó el juego. Tocóle sacar primero á Jaime, y era cosa de ver al gigante tomar carrera cinco ó seis pasos más allá de la mesa, llegar hasta ella levantando una nube de polvo con sus ágiles y desnudos pies, botar la pelota é impulsarla, no sólo con la mano, sino con el cuerpo, con la cabeza, con todo su ser, como si con aquel salto pretendiera seguirla en su desatinado vuelo de proyectil. Los del resto apenas podían volverle una que otra de aquellas pelotas, que llegaban á ellos con el silbido y la rapidez de una bala. Santiago había rodado dos veces por el suelo, con gran algazara de los circunstantes, y el nervioso Pepe se mordía los puños de rabia y se desataba interiormente en denuestos contra el gigante. Le llegó, por fin, su vez de ir á *la banca*, cambió en el camino con Jaime, de quien tomó la pelota y á quien dió el guante, y al llegar á la mesa probó diversas veces á botar la pelota para ver si estaba á su gusto. Tomó carrera, y lanzó el grito sacramental:

—¡Juego!....

—Venga,—contestaron los del resto.

Y partió en seguida la pelota desde la banca, no hendiendo los aires con majestad y nobleza por el centro de la calle, como las que Jaime lanzaba, sino ratera, casi rozando el suelo, baja, como las intenciones del que la enviaba. Tales pelotas constituyen una inmensa ventaja para la banca, pues al llegar al resto, en lugar de chocar con el suelo con la fuerza de la perpendicular y rebotar con furia, rozan con él con la suavidad de la tangente, y es mucho más difícil volverlas. Bien lo sabía el Terral, y por eso acudía á marrullerías tales para inclinar la suerte á su favor. El Leveche y sus compañeros murmuraron en voz baja.

En aquel momento apareció, en el extremo de la calle en que estaba la banca, María. La seguía su madre. Jaime la vió apenas volvió la esquina, y quedó con el brazo levantado, sin jugar una pelota que venía hacia él en derechura. Pepe tropezó con ella al volverse, y como si su vista le infundiera nuevos alientos, la dijo, al pasar á su lado corriendo para sacar:

—Esta va por ti, cacho e gloria.

Y pasó desde aquel instante una cosa extraña. El juego, el desafío, pareció concentrarse sólo entre el Leveche y el Terral. Sus cuatro compañeros semejaban el coro que en las tragedias griegas acompaña al héroe y glosa sus aventuras. Sólo que mientras Pepe parecía crecer cada vez más en bríos, y su cuerpo nervioso, enjuto y serpentino parecía multiplicarse, ora arrastrándose por el suelo para recoger una pelota que se apagaba, ora dando saltos de tigre para coger la que venía demasiado alta, Jaime, absorto en la contemplación de María, atenaceándole el corazón los celos, porque la había visto sonreír al dirigirle Pepe palabras que la distancia no le había permitido escuchar, perdía cada vez más terreno y jugaba peor que el señorito más torpe de Torreantigua.

Hubo de pronto unos minutos de forzoso descanso. Las cuatro pelotas con que hasta entonces habían jugado estaban *encaladas*, es decir, presas en los aleros de los tejados vecinos. Miró María, como todos, á los chiquillos que por ellos huroneaban en su busca, y divisando al travieso Gorete, cruzó presurosa la calle y le gritó desde allí:

—¡Gorete!.... ¡Gorete!.... Baja en seguida.

Apenas oyó el rapaz á su madre, se aprestó obediente y cariacontecido á obedecerla, y comenzó á deslizarse con precaución por el tejado, buscando el sitio por donde,

con el auxilio de una reja, pudiera llegar á tierra sano y salvo. Al peso de sus menudos piececillos las tejas sonaban y chocaban como viejas teclas de un órgano descompuesto. María sentía palpar con fuerza su corazón, temiendo que un paso en falso hiciera precipitarse á Gorete, como una piedra, desde aquella altura al fondo de la calle. Pepe el Terral pensaba una vez más con fruición en la muerte del chiquillo, viéndole en tal peligro, y creyéndole el único obstáculo para la realización de sus deseos.

Al cabo llegó Gorete al mismo borde del tejado por el lado de la calle en que se encontraba Jaime. Acudió éste solícito, alzó los brazos, y en cuanto tuvo en ellos al muchacho, lo separó con suavidad de la reja que de escalera le servía, le dió un beso, y lo dejó en el suelo junto á su madre. Dirigióle María una cariñosa mirada, y luego le dijo :

—¿Por qué te has quitao la chaqueta, Jaime? Puedes coger un aire....

—No hay miedo,—repuso el hércules, golpeándose el férreo tórax con el puño cerrado.

Y entonces fué cuando el juego tomó homéricas proporciones. No sólo la pelota, las miradas del Leveche y el Terral se cruzaban rápidas, centelleantes, mortíferas. El atleta imponía cuando, erguida su hermosa figura, con la gracia natural y artística de una estatua griega, levantaba el poderoso brazo y descargaba tremendo golpe en aquel diminuto punto negro que hacia él llegaba; su adversario seducía cuando, con ligereza de sátiro, acudía, como si se hubiese encarnado en él Mercurio y tuviese alas en los pies, al lejano sitio en que la pelota quería esconderse huyendo de sus ágiles manos, y allí la perseguía hasta devolverla con crecida fuerza á su rival. Y la pelota iba y venía de uno á otro, escribiendo en el

aire, con sus rápidos vuelos, las armoniosas estrofas de aquella égloga virgiliana que los dos enamorados jugadores entonaban á la belleza de María.

Por fin, cuando el sol tocaba en el ocaso é iluminaba con rojos resplandores el lejano horizonte, terminó el juego. Había vencido Pepe el Terral. Animado corro le circuí y felicitaba. Jaime, contrariado y confuso, recogía su blusa y sus zapatos, disponiéndose á alejarse. Le detuvo D. Mariano, que había presenciado el juego y se abría paso hasta los esforzados combatientes.

—Creo poder asegurar (decía el señor de Muñoz), que no he visto en mi vida jugar mejor ni más de veras. Sois dignos el uno del otro. Hoy ha ganado Pepe, pero yo le afirmo que contigo, Jaime, no le sucederá siempre. Y vámonos á mi casa, que quiero beber con vosotros una copa á vuestra salud.... No hay excusa.... Me ofenderá el que no acepte....

Siguiéronle los seis jugadores. Jaime, pesaroso y ensimismado: Pepe, gozoso y triunfante. Al pasar junto á María, volvióse el Terral, y le dijo:

—¿No te dije que jugaba por ti? Pa que veas cómo sé yo quedar con las presonas.

María le dió sonriendo las gracias.

VI.

JAIME SUFRE.

Á la noche siguiente, á eso de las diez, Jaime bajaba hacia la playa, con tres entecos farolillos en la mano, absorto en sus meditaciones y amarguras. Al pasar por

la espalda de la modesta barraca en que habitaba María, amenguó instintivamente la rapidez de su paso, y miró. Tras de aquella blanca pared dormía la que ocupaba por completo su pensamiento. Profunda aspiración brotó de su dolorido pecho, y después siguió su camino en dirección al viejo bote en que algunas veces solía ir sólo á pescar á la *encesa*. Ya había llevado á él, media hora antes, los dos remos y los avíos de pescar. Embarcóse, colgó los farolillos á la banda de babor por la parte de afuera del bote, engancho los remos en los escálamos, dió dos ó tres fuertes estropadas y se internó luego lentamente en el mar, dando la vuelta á la punta Cornuda, sobre la que se elevaba, vigilante y enrojecida, la luz del faro.

La noche era una de las primeras serenas y puras con que la primavera brindaba. El mar dormía inmóvil y silencioso, copiando en su tersa superficie de plata el titilar de las lejanas estrellas. Los remos y la barca de Jaime dejaban tras sí vaga estela de luz. Poco á poco la obscura silueta de Torreantigua fué empequeñeciéndose y borrándose: sólo, como descomunales brazos de gigantes centinelas que guardasen su sueño, las aspas de los molinos que la circundan se destacaban en el diáfano y estrellado firmamento. Sin que le mereciera la más ligera ojeada, fué costeando Jaime aquella pintoresca y accidentada playa que se desarrolla á Levante de Torreantigua: el Charco, con su numerosa población de erizos de mar, parecidos á monstruosos madroños y pululando á cientos entre las rocas apenas cubiertas por el agua; la playa del Cura, con sus arenas finas y aterciopeladas, desarrollándose en suaves dunas como espléndidas colas de cortesanos mantos; la punta de las Pilas, avanzando resuelta hacia el Sur, rodeada por apretado y brillante cinturón de algas; la cala de los Palangres, abrigadita y

encerrada en el fondo de un callejón abierto entre las rocas por el trabajo incesante y devastador de las olas; el rincón y la punta del Saladeret, semejantes á la rota mandíbula de algún monstruo antediluviano, suave por la parte superior y en la inferior erizada de agudos dientes; y, por fin, la cala del Baluarte, con sus profundos senos, donde el mar juguetea y se entretiene, ora en imitar el dulce arrullo de una sirena, ora la ronca bocina de un tritón, ora el canto armonioso de una náyade, con sus peñascos cubiertos por las pegajosas y succulentas lapas, y su agreste y natural belleza.

Nada de esto llamó la atención del Leveche. Y no porque fuera insensible á la hermosura de aquellos sitios, ni porque el verlos de continuo hubiera embotado en él el sentimiento de la admiración, sino porque cuando el hombre, aun el más rústico é ignorante, comienza á pensar en sí mismo y á explorar los recónditos senos y las desconocidas playas de su alma, no hay mundo cuya grandeza eclipse á la del que entonces le absorbe, ni fuerza que supere á la atracción poderosa que el conocimiento de nuestro propio ser despierta. Jaime pasaba revista mental á su existencia, y se veía siempre triste y desgraciado. Era de familia de pescadores, y no había conocido á su madre. Le decían todos siempre que había tenido fama de hermosa en Torreantigua. ¡Madre adorada! Apenas cumplido el celestial deber de alimentarlo con la sangre de su seno, murió, dejándole por único recuerdo la vaga impresión del calor de unos besos que nadie después le había dado. Su padre, envejecido por la eterna lucha con el mar, también murió cuando Jaime contaba doce años; y desde entonces vivió en casa de su hermana mayor, casada con un pobre patrón, al que sirvió de chico de barco en sus largos y peligrosos viajes. Luego.... le llegó su

hora, y á servir al rey. Destináronle á la *Zaragoza*, y allí intimó con su paisano Gregorio, á quien sólo conocía y había hablado media docena de veces. ¡Qué largos diálogos, qué sabrosas pláticas las que sostenían los dos marineros en un rincón cualquiera de la cubierta de la fragata, hablando sin cesar Gregorio de su María y de sus proyectos de felicidad, y dándole Jaime consejos tan lacónicos como sentenciosos! Allí, y sin darse el descuidado Leveche cuenta de ello, había comenzado su entrañable cariño, su profunda adoración por la hermosa hija de Torreantigua. ¡Cuán verdad es que el amor tiene mil caminos para entrar en las almas! Como la de Jaime era toda lealtad, se engañó por mucho tiempo á sí mismo, suponiendo que aquel constante pensar en María era sugerido por la profunda amistad profesada á Gregorio y la mucha parte que en sus venturas se tomaba. Y en este error persistió años y años, sin que los traidores celos lograran clavar en definitiva su despiadada garra en tan franco y hermoso corazón. Alguna que otra vez, leve desasosiego le turbaba; tristeza inexplicable le acometió el día del casamiento de María con Gregorio; pero luego creyó encontrar la clave de su poca alegría, pensando que era debida á la consideración de que perdía al amigo, al camarada, al único con quien le unía íntimo é indestructible cariño. Todo aquel tupido velo que su leal amistad había mantenido ante sus ojos, cayó de pronto cuando se supo la muerte de Gregorio. Comprendió entonces el Leveche que lo que sentía por María era amor, amor inmenso, arraigado, de toda su vida; pero, á pesar de conocerlo, se juró á sí mismo respetar el dolor de la mujer amada, y no turbarlo jamás con frases apasionadas, que quizá le recordasen las del desdichado víctima del furor de los mares.

Por su parte, María, solicitada por la antigua amistad que había existido entre Jaime y su Gregorio, y atraída, sin darse de ello cuenta, hacia él por aquella ruda fraqueza en que sus nobles sentimientos se transparentaban, buscó las ocasiones de departir con él á menudo para hablar del adorado esposo, y escuchar de sus labios una y otra vez la narración de los viajes y campañas que habían hecho juntos. El Leveche huía algunas veces de tales íntimos coloquios, conociendo que en ellos se avivaba más y tomaba más fuerza la llama de aquel cariño que él había condenado á eterno silencio; pero muchas flaqueó su voluntad, y, arrastrado por imán invisible, llegó á la puerta de la hermosa viuda, que siempre tenía para él su única triste sonrisa. De pronto, notó Jaime que María evitaba su encuentro y abreviaba sus conversaciones. Sintió profundo dolor, pero sufrió sin proferir una queja ni pedir á la mujer idolatrada explicación de aquel cambio. ¿Para qué? Le era conocida la causa. Fácil cosa es aherrojar á la lengua con los frenos de la voluntad é impedir que pronuncie la frase denunciadora del íntimo y profundo afecto que llena el alma; mas ¿quién impide á los ojos que expresen con su ávido mirar, su insistente fijeza y su apasionado lenguaje, el amor que los hermosea y abrillanta? Nadie. Claro lo comprendió el Leveche. Sus ojos habían hablado demasiado: María, con su rápida penetración de mujer, había entendido lo que la decían con sus miradas cariñosas, y su repentina frialdad era hija de su amor y su respeto á la memoria de Gregorio. Así lo vió el pobre marinero, y tal prueba de constancia despertó en él más admiración hacia la mujer amada. Resignóse, y encerró su cariño en la cárcel de su alma.

Sin embargo, un obstáculo impidió que la amistad de Jaime y María se enfriase por completo. Gorete entendió

las cosas de otra manera. El travieso chiquillo había tomado gran afecto al Leveche en los tiempos en que éste visitaba con frecuencia la barraca en que vivía con su madre. El rudo pescador solía regalarle irisados caracoles que quedaban prisioneros en sus redes; le tallaba toscamente en cualquier pedazo de madera un barquichuelo que, aparejado con sus velas cortadas de algún retal arrancado á su madre, era botado al agua en los charcos que formaba la lluvia ó que dejaba el mar al retirarse después de algún fuerte temporal; le llevó una vez á pasear con él en aquel bote grande, sucio, perfumado con el penetrante olor de la pesca y del alquitrán, que á Gorete le parecía el más exquisito de los olores; y todos estos méritos, amén del mucho cariño que Jaime le mostraba, lo crearon en el corazón del chiquillo tan grande, que no se conformó con la separación tan bruscamente iniciada por su madre. Cuando veía pasar al Leveche desde la puerta de su barraca, ó lo llamaba á grandes gritos, ó corría hacia él con la velocidad del rayo. Y no había remedio. Á la barraca tenía que ir el pobre enamorado, confuso y tímido como el que se ve acusado de un crimen, y clavando en el suelo los ojos, temeroso de que denunciaran los muy parlanchines el amor que le consumía y atormentaba.

Así había vivido algún tiempo; y, al fin, acostumbrándose á pensar que, si bien María no sería suya, no sería tampoco de otro alguno, relativa tranquilidad ocupó su espíritu, y casi se consideró feliz amándola en secreto. Pero aquella tranquilidad se turbó un día para siempre. Aquel en que supo el Leveche, oyéndolo á sus compañeros de pesca, que Pepe el Terral estaba enamorado de María, y que, tras no muchos días de preparación, se había atrevido á decirle que la quería, y que deseaba

casarse con ella. El diálogo en que oyó tan crueles noticias fué para Jaime como puñal que le clavarán lenta y despiadadamente en el corazón. ¡Otro se había atrevido á decir con palabras lo que él juzgaba desacato expresar con los ojos! ¡Otro osaba poner las miradas donde él ya no se atrevía á alzarlas! ¡Y ella, aunque se susurraba que había contestado negativamente, consentía que el Terral siguiera visitando su casa y hablándola dondequiera que la encontraba! ¡Oh! ¡Qué desdicha, qué desilusión, qué angustia! Desde entonces acechó de continuo á todos los que la trataban, y á ella misma, para saber lo que nunca se atrevería á preguntar. Oyó un día que ella se quejaba de la insistencia de Pepe, y de que, aunque le recibía con frialdad, no se daba por entendido, y seguía martirizándola con sus requiebros y proposiciones; y se le ensanchó el corazón y respiró con desahogo. Escuchó en otro que el Terral había dicho que aquello era cuestión de tiempo y de constancia, y que él estaba seguro de triunfar; y se desesperó interiormente, y deseó la muerte antes que ver á María casada con el porfiado carpintero.

Pero su mayor dolor lo había experimentado el día anterior, al terminarse el juego de pelota. Muchas horas habían pasado; pero aún no se habían borrado de la imaginación de Jaime las galantes palabras del Terral y la cariñosa sonrisa de agradecimiento con que las pagó María. ¿No estaba claro como el día que aquello significaba que comenzaban á entenderse? Si la frialdad de ella hubiese continuado siendo tan grande, no hubiera tenido Pepe el atrevimiento de darle tan públicamente muestras de su amor, y, sobre todo, no las hubiese recibido ella tan sonriente y afectuosa. Toda la noche tuvo ante sus ojos el Leveche la horrible escena; y, á pesar de que los pececillos, como mariposas enamoradas de la luz, acudían á

bandadas en torno de los mugrientos farolillos, su mano, armada de la *fitora*, otras veces tan diestra, tembló á menudo turbada por íntimos pensamientos, y esgrimió sin resultado el afilado pincho de hierro.

Cuando comenzaba á amanecer, leve humareda empañó el horizonte, denunciando á un vapor que hacia Torreantigua se dirigía. Los perspicaces ojos del Leveche reconocieron en él á un amigo: era el *Buenos Aires*. Quizá venía por él, sabiendo que sus ilusiones y sus esperanzas estaban agonizando.

VII.

PASA EL TIEMPO.

Y no pasó en vano. En el breve intervalo de seis meses, el dolor de María, como enfermedad que, á punto de convertirse en crónica, hace crisis y entra en franco período de convalecencia, comenzó á desvanecerse y á revestir caracteres menos sombríos. En la feria de aquel año, que en Torreantigua se celebra en fines de Julio, ya se la vió pasear con algunas amigas y compañeras, seguida casi siempre por el Terral, cuyo asedio era más frecuente desde que veía á su amada más libre de sus tristes imaginaciones. Buenas bromas le daban sus vecinas con la asiduidad de Pepe, bromas que ella recibía con la sonrisa en los labios; y si bien persistiendo con energía en su resolución de permanecer fiel á la memoria de Gregorio, íntimamente complacida de ser objeto de tan rendido homenaje. El Terral no perdonaba medio ni ocasión de adelantarse en su pleito; varias veces había vuelto á hablarle

en el mismo sentido, sin desesperanzarse por la contestación, siempre igual y negativa de María; hasta se autorizó en la susodicha feria el lujo de regalarle un precioso pañuelo blanco de seda, que le costó, amén del dinero, muchos trabajos é influencias lograr que lo aceptase. Por su parte, Juana no había dejado sin cumplimiento la promesa que al Terral hiciera. En cuantos momentos conceptuó oportunos, volvió á la carga con su hija, inspirada por la simpatía y el cariño que tenía á Pepe, y con el disgusto de ver que machacaba en hierro frío. Creía la buena vieja que su hija no estaba bien viviendo sola, sin más compañía que la de Gorete, que, en lugar de prestarla, necesitaba defensa, cuando su juventud y su hermosura la exponían á múltiples asechanzas; defendía con calor la candidatura de Pepe, porque, tras de ser uno de los carpinteros más acomodados y trabajadores de Torrealta, la quería de veras, y era un hombre *de tierra*,— palabras textuales de Juana,—con el cual su hija no pasaría un mes y otro con el alma en un hilo, como le aconteció con Gregorio, viéndole ausentarse con buenos y con malos tiempos. Pero nada: á tan buenas razones sólo contestaba María con su eterna sonrisa triste, único resto de su pena, y su negativa eterna. Un día, muy estrechada por su madre, llegó hasta declarar que Pepe le era simpático, y que, si ella pensara en lo que no pensaba, de seguro le preferiría á todos los que la miraban con buenos ojos; y no hay que mentar lo esponjado y satisfecho que se pondría el Terral cuando la honrada vieja, ansiosa de transmitirle buenas nuevas, le dió cuenta de tan importante declaración. Vió casi realizados sus ensueños, y llegó hasta á mirar sin odio á Gorete, á quien siempre había creído el más terrible obstáculo para la consecución de sus planes. Y lo era, y en más escala de

lo que el mismo Terral sospechaba. No se explicaba el chiquillo, ni trataba de explicárselo, claro está, la aversión y antipatía que Pepe le inspiraba; pero comprendía, con la lucidez de instinto que caracteriza á la infancia, lo forzado y ceremonioso de sus caricias, y huía de ellas y se substraía á sus besos cuantas veces le era posible. El candidato que Gorete defendía, sin proponérselo, con su constante charla y su profundo cariño, era el desventurado y silencioso Jaime.

Y Gorete fué la causa de que una tarde llegara el tímido Leveche, llevándole de la mano, á la puerta de la barraca de María, á pedirle permiso para pasear al chiquillo por mar en su bote. La hermosa viuda, á cuyas mejillas habían vuelto los antes marchitos colores, le recibió con muestras de gran satisfacción.

—Ya no vienes por aquí, Leveche,—le dijo en tono de reconvencción cariñosa.

—Está uno tan ocupao...., que.... —Y no concluyó la frase, porque la turbación interior que le dominaba le trabó la lengua.

—Pos ya sabes que en mi casa has sío siempre bien recibío. Aunque no sea más que acordándome de lo mucho que te estimaba mi Gregorio y lo muchísimo que te quiere Gorete. ¿Qué l'has dao á mi chico? Siempre está hablando de ti.... Que quié ser grande como Jaime.... Y pescaor como Jaime.... Y tener un bote como Jaime.... ¿Tú qué sabes el mareo que me tié á toas horas? En fin, que me lo has enchizao. ¿Ves? Un ratico hace qu'has llegao, y aún no t'ha soltao la mano.

—Porque viene pa que me dejes ir con él al bote,—gritó Gorete, soltando la mano del Leveche y arrojándose al cuello de su madre, á reforzar la petición con unas cuantas zalamerías.

—¿Y pa eso sólo has venío, Jaime? ¿Pos no sabes que yendo contigo, estoy yo confiá y tranquila, como si juá Gorete con el rey? Ya sé yo que si mi chico te quiere, también tú le tienes ley.

—Eso sí que pués decirlo. No lo quió tanto como tú, pero un poquito menos. Y bien pués estar segura que, cuando yo me lo llevo, va con su mismo ángel de la guarda. No le sucederá na malo.

—Hála...., vámonos.... (dijo Gorete, tirando con todas sus fuerzas del brazo del gigante.) Vámonos....

—Dale un beso á tu madre, condenao....

De un salto se encaramó Gorete á los brazos de su madre, le dió dos ruidosos besos, y luego se arrojó, como un mono, en los de Jaime, besándole también estruendosamente en la cara. El pobre Leveche sintió un placer inmenso y desconocido. Le pareció que no era el chiquillo, sino la misma María, quien le besaba. Para disimular su emoción, echó á andar sin soltar á Gorete de entre sus brazos, y sin contestar á María, que le gritaba sonriendo desde la puerta :

—Y que no te vendas tan caro, hombre.... Que no rompamos las amistaes....

Pensaba María que el Leveche estaba curado radicalmente del mal de amor que ella había adivinado en no muy lejanos tiempos ; tal victoria había logrado sobre sí mismo Jaime, encerrando en lo más hondo de su alma el amor que le devoraba. Sus pesares, sus alegrías, eran sólo por él sufridas ó gozadas. Nada denunciaba exteriormente las tempestades y las calmas que se sucedían dentro de su pecho. Aquella tarde había brillado para él uno de los escasos relámpagos de felicidad que á veces le iluminaban ; gozando de tal dicha, iba calle abajo, en dirección á la playa, sin que, por su bien, viera á Pepe el

Terral, que por el otro extremo de la calle adelantaba hacia la casa de María, con el ceño fruncido, como el de galán que va á pedir á su dama estrecha cuenta de una flagrante infidelidad.

El nervioso carpinterillo había presenciado, desde lejos, sin que la mucha distancia le permitiera oír ni la más insignificante palabra, la tierna escena representada por Gorete, su madre y Jaime. Veía á la que consideraba ya como suya, clavada en el umbral de la puerta, con los ojos fijos en Jaime que se alejaba, y de tal escena y de tal actitud, deducía consecuencias terribles para sus proyectos, y revolvía en su interior terribles celos y más odios contra el aborrecido muñeco, perpetua causa de sus contratiempos y sobresaltos. En tan violento estado de ánimo, llegó hasta el lado de María, á la que, sin más preámbulo, interpeló bruscamente:

—¿Estás mirando á San Cristóbal?

—¡Ay! (dijo María, volviéndose sobresaltada.) ¡Qué susto m'has dao!

—¡Claro! Como estabas tan encantá mirando á ese....

—¿Á quién?

—Al Leveche.

María prorrumpió en una sonora carcajada.

—¿Quiés que te regalen el oído, eh? (siguió el Terral, con muestras de creciente rabia.) Bien dijo el otro, que quien más hace menos merece. Á la chita callando, miá si ha lograo ese hipocritón más que yo.

—Pero, hombre, si Jaime no....

—No.... no.... Á otro perro con ese hueso. Ese rojo mal pelo ha pensao que por la peana s'adora el santo.... ¿Qué te crees tú?.... ¿Que de veras quié á Gorete?.... ¡Quiá, mujer, quiá! Á quien quiere es á ti, pa que lo sepas, y lo que busca es freirme la sangre y encontrarse un día con una

morrá en esa cara tan pelá de señorita que Dios l'ha dao. Á mí no m'asustan los gigantones....

—Tóo lo que estás diciendo está de más.... Demasiao sabes tú que el quererme á mí es como poner el querer en la luna. Ni ella s'ha de bajar, ni yo he de poner otro en el lugar de mi Gregorio.

—¡Que me digas á mí eso, María!

—¿Pos á quién mejor?.... Tú t'has creído que te pasará lo del pobre porfioso, y no hay na de eso....

—No le hablarías así á ese que s'ha ido, que bien contenta llevaba la cara....

—Ni así ni de otra manera, porque nunca m'ha dicho ná al tanto de ese asunto. Y eso de que me quiere, es sólo que tú te lo figuras....

—Y que es, María, y que es (insistió Pepe con ademán de rencoroso convencimiento). No hay mirá como la de un celoso pa averiguar quién es el que le disputa la novia. Esto no es decir que tú seas la mía, aunque yo bien quisiera. Pero de que Jaime te tié cariño estoy yo tan seguro como de mi propio querer.

—Bueno.... Y, aunque me quiera, si no me lo dice, ¿crees tú que voy yo á pedirle compromiso? ¡El mundo al revés!....

—Claro es que no.... Pero pué qu'algún día se determine....

—Y recibirá la misma contestación que tú.

—¡Ojalá!—murmuró el Terral, rechinando los dientes de coraje.

—Algún día os convenceréis tú y él...., y algunos otros...., de que dais en piedra...., y me dejaréis vivir en paz, sin acordaros más de mí.

—Eso sí que no. Un día decía D. Mariano, en un pedri-que que echó en el trato, que el agua, gotica á gotica,

hace bujeros en las piedras. Conque, veremos á ver si llega el día en que tú te das por vencía.

—Si pa tan largo lo dejas.... Nos casaremos cuando seamos dos viejecicos....—exclamó María riendo.

—Cuando tú quieras, mujer, cuando tú quieras,—aseveró el Terral, también con risueño semblante.

—Pos aspérate que t'avise; y adiós, que tengo que ir á cá D. Mariano, á ver á mi madre.

—Adiós, prenda (contestó Pepe echando á andar); y cudiao con el Leveche, que es mal viento....

—Déjalo, que conmigo no pueden ni los vientos de tierra.

VIII.

JAIME SE RESUELVE.

En aquella hermosa mañana de otoño estaba el mar, según se dice vulgarmente, como un plato. Era un inmenso pedazo de transparente cristal, en el que se copiaban con increíble pureza todos los barcos que llenaban la bahía de Torreantigua, adornado por ancha cinta de fuego trazada en hermosísima recta por el sol sobre la tranquila superficie. Casi en el centro de la rada se erguía, como el monarca indiscutible de aquel tropel de menudos barquichuelos de pesca que le rodeaba, el *Buenos Aires*. El gallardo vapor tenía á sus costados diez ó doce embarcaciones, entre lanchas, botes y barcazas, y parecía, dominándolos y abrigándolos con su gigantesca mole, solícita gallina rodeada de sus polluelos. En sus enormes pañoles vomitaban su carga todos aquellos pigmeos que

pululaban en su torno, y que se creyera que brotaban del fondo del mar al aligerarse de la liviana carga que les rendía; mientras en el coloso, á pesar de las toneladas que se amontonaban en su seno, no era sensible el cambio de la línea de flotación. Inmóvil, bañado de una aureola de luz por el espléndido sol del Mediodía, el *Buenos Aires* semejaba uno de esos panzudos dioses indios, voraces, insaciables, nunca conmovidos por los inúmeros sacrificios de sus fieles.

Á él se dirigían dos pequeñas canoas que desde uno de los muelles habían salido. En la primera iban sentados D. Mariano y su esposa, dos ó tres señoras amigas de esta última, y María, y remando Jaime el Leveche, Santiago el Fraile, Diego el Rubio y Pedro Ruíz. La segunda, que caminaba remolcada por la primera, era la diminuta propiedad de Lilita, y en ella iban, enfrascados en animadísima charla, su graciosa dueña, Nito y Gorete. Aquella expedición al *Buenos Aires* había sido también un capricho de Lilita: desde el día anterior, en que el vapor había llegado, comenzó á pedir á gritos que la llevasen allá á verlo por dentro. Además, como prueba de su entusiasmo, en una inmaculada página de su álbum había trazado, con cuatro rayas magistrales, la silueta del hermoso buque, del cual no cabía duda que se trataba, porque así lo rezaba el letrero puesto al pie del dibujo. No hubo otro remedio sino el de ceder á sus reiteradas súplicas, y resolver que al día siguiente irían á visitar el barco. Súpolo el capitán, que era gran amigo de D. Mariano, y se apresuró á exigir que la visita fuese á la hora del almuerzo, para tener el gusto de obsequiarles con uno lo más espléndido posible. De acuerdo con él invitó Cecilia á las señoras que la acompañaban. En cuanto á Lilita, no hizo más que una invitación, la indispensable, la de su

novio Gorète, y consecuencia de la presencia de éste era la de María en la canoa de sus antiguos amos, con sumo gusto por parte de éstos, contentamiento grande por la suya, y terrible confusión por la del Leveche, que no sabía cómo disimular el ansia de mirarla de que se sentía acometido. Tan á menudo volvía la cabeza para evitar su vista, que D. Mariano hubo de decir :

—Cómo se conoce que Jaime ha servido en la marina. Aún le queda el vicio de volver la cabeza al remar.

Con cuyas palabras aumentó la turbación y el desasosiego del pobre mozo, que pedía á Dios le sacase pronto de tal apuro. No tardó mucho en verse complacido. Llegaron al *Buenos Aires*, le dieron la vuelta por la popa, y atracaron á la escala de honor. Trasbordó Jaime, levantándolos en sus robustos brazos, á los infantiles tripulantes de la canoa de Lilita, subieron todos al vapor, y quedaron solos el Leveche y los tres marineros que le acompañaban. Comenzaron éstos á hablar del barco, expresando de mil modos la admiración y el entusiasmo que en ellos despertaba. Jaime apenas atendía á lo que hablaban, absorto en sus interiores amarguras y pensamientos. Mas de pronto hirió su oído el nombre de María, y se volvió rápidamente hacia el grupo para escucharles.

—Y qu'hacen buena pareja, no se pué negar,—decía el Fraile, prosiguiendo la conversación entablada.

El desventurado Leveche tuvo en la boca un «¿Quién?», dolorido y enérgico; pero, tras violento esfuerzo sobre sí mismo, siguió mudo y atendiendo con toda su alma.

—Pus, vamos (dijo Diego el Rubio), yo, manque me lo diga el mesmo Pepe, entanimientras que no lo vea, no lo creo.

—¿Y por qué?—objetó el Fraile.

—Porque ella siempre ha sío mujer de mucha palabra,

y too Torreantigua l'ha escuchao decir que no se casaría en jamás.

—Tamién eso es cierto. Pero tú, Diego, tiés pocos años, y no conoces á ese ganao. Al emprincipio, toas dicen que se quién morir, y que nunca por nunca darán otro padre á su hijo....., y.... vamos, muchas cosas por ese cantar. Aluego, pasan unos cuantos años, el uno les dice un requiebro, el otro otro, y poco á poco se olvida al muerto, pa pensar en el vivo. Á María, sus lo digo yo, l'ha pasao lo mesmo qu'á las demás. Pepe ha estao profía que profiarás un día y otro, y al fin ha lograo el hombre su merecío. Y no hay ná que decir, que el chico es honrao y la quiere, y ella ha tenío buena elección....

—Pero.... ¿y Gorete, tío Santiago?

—Ahí está el mal, hijo; ahí está el mal. Paece que el chico no l'ha cobrao mucha ley al Terral.

—¿Mucha? Denguna. La semana pasáa lo quiso coger Pepe en la playa pa darle un beso, y se escapó sacándole burla.

Interrumpió en este punto la conversación la voz de D. Mariano, que, asomándose á la borda del vapor, les gritó :

—Que se quede uno ahí bajo al cuidado de las canoas, y subid los demás á tomar algo.

—Yo me quedaré (indicó acto continuo Jaime á sus compañeros). No tengo ganas de pasar bocaò.

Subieron todos, y el pobre Leveche quedó solo, absorto en sus tristes pensamientos. ¡Ah, sí! Lo que él había temido tanto tiempo, el presentimiento terrible que algunas veces había levantado su implacable voz dentro de su alma, tomaba cuerpo y color y forma, y quizá sería un hecho dentro de poco. ¡Qué crédulo y qué infeliz había sido! Fiado en aquella promesa que María renovaba

;

un día y otro ante los manes de su muerto esposo, había ahogado siempre aquel tenaz presentimiento, repitiéndole victorioso las palabras de la fiel viuda. Descansaba el mísero en su constancia, y respetaba su dolor. No sería suya, pero tampoco de otro alguno. Y ahora, de pronto, aquella mujer olvidaba su eterno voto, y admitía los galanteos de otro hombre, y le contestaba sonriente y complacida cuando le hablaba de su amor.... ¡Pero no; si era imposible! ¿Cómo cambio tan repentino? ¡Si Gregorio había muerto ayer, como quien dice! ¡Bah! Quizá no fuese todo otra cosa que habladurías y chismes de pueblo desocupado y murmurador.... Sin embargo, quien lo aseguraba era Santiago el Fraile, viejo honrado, y cuyas palabras eran sentenciosas y verdaderas como el Evangelio....

Y así, fluctuando entre la angustiosa duda y la más angustiosa certidumbre, pasó Jaime media hora, al cabo de la cual tornaron á bajar los tres marineros, y le dijeron que subiera, que D. Mariano le llamaba. Subió, y encontró sentados en el puente á D. Mariano y al capitán del vapor. Este último le interpeló cariñosamente:

—¡Hola, buen mozo! ¿Cuándo te decides á venirte conmigo?

—Pué que pronto, — contestó con torva faz el Leveche.

—Pues, mira; yo, mañana concluiré de cargar, y en las primeras horas de la tarde pienso largarme. Conque piénsalo de aquí á mañana, y á ver si me das el alegrón de acompañarme.

—Veremos....

—¿Has almorzado antes de venir? ¿Quieres tomar alguna cosa? Ve á la cocina....

—Gracias, D. Mariano. ¿Manda V. alguna otra cosa?

—Nada, hombre. Te he hecho subir, porque el capitán quería verte. Puedes irte si quieres.

—Pues.... con Dios....

Y dió media vuelta, y se alejó, yendo á sepultar la pena que había invadido su corazón, y que crecía, inundándolo, por momentos, en la canoa, entre sus locuaces camaradas.

Poco tiempo duró esta vez su ensimismamiento, porque volvió á asomarse D. Mariano, y les dijo :

—Atracar, que baja María con los niños para volver á Torreantigua. Nosotros nos quedamos aquí, y nos iremos en un bote del vapor. No hay necesidad de que volváis. Jaime, deja tú el remo, y cuida, con María, de los nenes.

Un instante después estaban en la canoa los tres pequeños y la hermosa viuda, sentada al lado del Leveche. Gorete cogió el remo que había dejado vacante Jaime, y empezó á hacer titánicos esfuerzos para moverlo al compás de los tres marineros. Lilita se extasió ante las habilidades de su novio, y Nito dobló su cabecita de pájaro sobre el seno de María, y se quedó dormida. La canoa caminaba despacio, muellemente mecida por el mar, que comenzaba á rizarse, arrastrando tras sí, como corderillo que sigue á su madre, á su diminuta copia. Jaime callaba, observando de reojo á María, y pensando en que no era aquella la viuda que él había visto hasta entonces, siempre triste, siempre hablando de su Gregorio, siempre pálida de color, con azuladas ojeras y labios entreabiertos por perdurable sollozo. Aquellas mejillas de cera estaban hoy coloreadas por la salud y la alegría; aquellos descoloridos labios, plegados por suave sonrisa, dejaban entrever los blanquísimos dientes. Por fin sintió el Leveche que no era dueño de sí mismo, y sin poder contener

la pena que le ahogaba, se volvió hacia ella, y en voz muy baja le dijo :

—¿Conque es verdá que el Terral te pretende?

María fijó en él sus limpios y negros ojos, y respondió tranquilamente :

—Verdá es.

—¿Y cuándo sus casáis?

Ella entonces rompió á reir, como si hubiera oído el más gracioso de los chistes; y cuando pudo dominar su hilaridad, contestó en tono indefinible :

—¡Hijo, quién sabe! En pasando mañana, cualquier día.

No se paró Jaime á meditar ó á preguntarle si aquellas crueles palabras eran una afirmación terminante ó una burlona negativa. El reo de muerte, al escuchar la lectura de su sentencia, debe quedar como el Leveche cuando oyó la respuesta de María. Ya no volvió á hablar palabra. Al pisar la escalinata del muelle llevando en brazos á Lilita, vió en lo alto al Terral, que esperaba, con sonrisa de amante confiado y satisfecho, á María. Á lo menos así le pareció al pobre Jaime. Dejó en el suelo á la niña, se volvió hacia el mar, miró larga é intensamente la negra mole del *Buenos Aires*, y se alejó despacio hacia su casa, repitiéndose en su interior :

— Sí...., me voy...., me voy.... Más vale irme que morirme aquí, viéndola casá con otro.

IX.

DILACIÓN.... LEVANTE.... EL MONSTRUO.

Claro es que Jaime no pudo dormir aquella noche. No podía él, en su sencilla ignorancia, darse cuenta de las múltiples razones que alejaban el sueño de sus párpados, y reflexionar sobre la causa de la inmensa tristeza que pesaba sobre su espíritu; pero, aunque no analizase su propio sufrimiento, sentíase atormentado por él y presa de la más intensa de las angustias. ¿Qué era él ya en el mundo? ¿Para qué quería la vida? Antes, en aquellos breves años transcurridos desde la muerte de Gregorio, una ilusión, una esperanza, un objeto, llenaba su existencia; cierto que los días pasaban monótonos é iguales, siempre luchando por ganar el pan nuestro de cada día, siempre jugándose el pellejo en la batalla diaria reñida con el más temible de los elementos; pero, de vez en cuando, ora traída por la casualidad, ora buscada por el cariño, pasaba la hermosa viuda ante sus ojos, envuelta en sus negras sayas y llevando de la mano al travieso Gorete, adorado fruto de su amor perdido, y entonces claridades de aurora iluminaban su triste jornada de trabajador, y hasta los menudos pececillos, al saltar agonizantes con relampagueos de plata en la red, parecían manifestar su contento y asociarse á la dicha del silencioso Jaime. Sí: su amor había nacido mudo, había crecido en el misterio y moría sin pronunciar una palabra. ¿Para qué? ¿No había oído aquella tarde, de los mismos labios de María, la frase despiadada contra la cual se estrella-

rían todas sus esperanzas? El alma de Jaime era tan sencilla, tan cándida, que no sabía distinguir cuándo una palabra estaba dicha con una ú otra intención; él tomaba lo que oía al pie de la letra, sin pararse, por lo común, á meditar sobre la idea y el tono que engendraba, y subrayaba la frase. Por tal razón, la contestación de María á su pregunta fué para él, á pesar de la carcajada que la acompañó, franca declaración de la verdad que encerraban las sentencias de Santiago el Fraile, revelación sincera de que había resuelto quebrantar el voto de eterna viudez hecho á la muerte de Gregorio.

El resultado de su insomnio, de sus cavilaciones y sufrimientos, no fué otro que el de asegurarse más y más en su resolución de la tarde anterior. Seguir en Torreantigua para sufrir día y noche viéndola unida á Pepe el Terral...., ¡imposible! Por su fortuna, el *Buenos Aires* erguía su airosa mole en la bahía; su capitán le solicitaba; la ausencia quizá le trajera el olvido.... Sí: lo conveniente era partir. Cuando el Leveche, en el silencio y la obscuridad de su cuarto, se repitió en voz baja pero inteligible su decisión de alejarse, como para darla más vigor y fuerza, esculpiéndola en el aire, otra idea se apoderó de su mente, y comenzó á atormentarle con nuevas dudas y vacilaciones. ¿Vería ó no á María antes de partir? ¿Iría á buscarla para darle el último adiós y llevarse, como recuerdo que endulzara los primeros amargos días de la ausencia, la última mirada de sus hermosos ojos? Su espíritu varonil y entero, envalentonado con la reciente victoria, expresada en la resolución de huir de Torreantigua, le incitaba á no ver más á la mujer amada, á coronar con este supremo sacrificio su obra de abnegación y de martirio; su cariño, por el contrario, gritaba con tímida voz que, puesto que iba á dejar de verla para siempre,

bien podía permitirse la postrera dicha de verla y hablarla por última vez. Luchó; luchó el pobre Jaime entre tan opuestos sentimientos. Por fin, cuando la luz de la aurora comenzó á filtrarse por las rendijas de la ventana, vencido por el amor, estaba también resuelto á no marcharse sin verla una vez más, despedirse y dar un beso á Gorete. Levantóse, se vistió, y, más tranquilo, comenzó á recoger y meter en un saco los cuatro trapos que constituían su ajuar: dos ó tres blusas viejas, tres camisetas, unas botas de agua, un *sueste* ó impermeable petrificado por el agua y el sol.... Mientras esta operación le distraía de sus tristezas, prestó atento oído al rumor del mar, que hasta allí llegaba, como á todas las chozas de aquel barrio de pescadores y marineros, acurrucado al pie del faro, y sonriendo melancólicamente, dijo para sí:

—S'ha despertao el Levante. Temporal juera y temporal aentro.

Cerró y ató el saco, y abrió la ventana. Era ya por completo de día. Una ráfaga de viento frío azotó la cara del Leveche. El mar comenzaba á tomar un color verde claro sucio, y á encrespase como corcel que ensaya sus bríos para la próxima carrera. Cuando conoció Jaime, por la luz, que serían las seis de la mañana, tomó su gorro marinerero y salió de la casa, dirigiéndose sin vacilación á la de María. Antes de llegar, se tropezó con Juana, que, desde que su hija había quedado viuda, dormía en casa de ésta, y madrugaba para no faltar en la de sus amos. Preguntó á la buena vieja, y ésta le dijo que María estaba ya en pie y disponiéndose á limpiar su chocilla. Siguió el Leveche, sin detenerse á más explicaciones, y llegó en el momento preciso en que María abría de par en par la puerta de la calle, y, escoba en mano, miraba el mar y el cielo, antes de comenzar su ordinario trabajo de aseo.

—¿Dónde vas, Jaime?—preguntó al infeliz, viéndole detenerse junto á ella sin pronunciar palabra.

—Á verte vengo, —contestó el Leveche, sintiendo que, llegado aquel supremo trance, las palabras se le atragantaban, y la pena tornaba á enseñorearse de todo su ser.

—¿Á verme tan de madrugá?

—Y á decirte que me voy....., pa no volver....., y que he querío despedirme de ti.... y de Gorete....

Al anuncio de la partida de Jaime, María sintió repentina turbación. Comprendió en un momento que la causa de la partida de aquel hombre era ella, ella misma; se acusó interiormente de la conducta que con él había seguido, y tuvo en sus labios una palabra de protesta, de súplica, que le obligara á desistir de tal resolución y permanecer en Torreantigua. Mas con igual rapidez comprendió que tal palabra era imposible de pronunciar. Jaime no le había dicho jamás que la quería; entre ambos no había mediado nunca la más insignificante frase, la más ligera explicación que la autorizase á suponer en él el amor que ella sabía que existía.... ¿Con qué derecho, pues, provocaba en tan crítico instante tal plática, y la encaminaba por derroteros tan peligrosos y desconocidos? Por otra parte, ¿detenerle, no era alentarle y dejarle entrever esperanzas, que nunca se realizarían, para su pasión? Dijera lo que dijese la gente, persiguiérala el Terral con sus amorosas porfías y el Leveche con sus silenciosas miradas, ella estaba resuelta á seguir guardando la fe jurada á Gregorio, y no partir el solitario lecho conyugal con otro que con su hijo Gorete; y si en aquellos últimos tiempos había bromeado algo con el amor de Pepe, la pasión callada é intensa de Jaime la imponía más respeto, y parecíale horrible crueldad jugar con éste, cuando

ni pecado venial lo conceptuaba respecto del primero. Para ocultar su confusión, acudió al chiquillo.

—¿Quieres que lo llame? Está ya despierto.

—Sí que quisía verlo y darle un beso antes de embarcarme.

—Pues espera.

Y María se entró en la casa, de donde salió á poco con Gorete de la mano, al cual Jaime, poniéndose en cuclillas, recibió entre sus brazos.

—¿Vienes por mí?—dijo el chiquillo, dejándose estrujar convulsivamente por el gigante.

—No ; hoy hace mal tiempo.

—Ya no vendrá más por ti, hijo. Dice que se va....

—¿Aónde? Yo no quiero que te vayas....

Y Gorete comenzó á dar patadas en el suelo, poseído de repentino acceso de rabia.

—Yo volveré, tonto...., y te traeré un barco como el de la señorita Lilita.... pa ti solo....

Jaime sentía que las lágrimas le ahogaban, y que aquella escena no podía prolongarse. Cubrió de besos á Gorete, se puso de nuevo en pie, y dirigiéndose á María, añadió:

—Conque.... ya lo sabes. En el *Buenos Aires* me voy.... Si algún día nesecitáis de mí.... En fin, adiós....

—Adiós, Jaime.

Gorete quedó estupefacto é inquieto, sin poderse explicar la tristeza que veía en los semblantes de su madre y de su amigo : María quedó inmóvil, buscando inútilmente en su imaginación el medio de hacer desistir al Leveche de su resolución sin darle por eso á entender que ella le quisiera ; y el desventurado marinero se alejó en dirección á la playa, sin volverse una vez á mirar al sitio donde quedaban su vida, su alma, su amor, todo lo que le ligaba á la miserable tierra.

Cuando Jaime hubo desaparecido, Gorete levantó los ojos hacia su madre, y la interrogó:

—¿Y aónde se va el Leveche, madre?

—No sé, hijo.

—¿Se va con el vapor grande?

—Sí.

Súbito brotó entonces en la imaginación de Gorete una luminosa idea: la de impedir á todo trance que su amigo Jaime se marchara. Seguro de que su madre no le dejaría salir á hora tan temprana, aprovechó cauteloso un momento en que se encontraba aquélla en el patio de la casa, y, despreciando el riesgo de sufrir más tarde fuerte reprimenda, tal vez acompañada de regular cachetina, salió á la calle, y de una rápida carrera llegó á la próxima esquina y la dobló, para evitar, con tan hábil golpe estratégico, su probable y próxima captura. Ya allí, corriendo siempre, aunque no tan de prisa, bajó á la playa y buscó por todas partes al Leveche. No estaba. El desaliento de Gorete fué grande. ¿Dónde se habría metido su amigo del corazón? ¿Estaría ya en el *Buenos Aires*? La contestación afirmativa era sin duda la más cierta y la más desconsoladora. ¿Cómo ir hasta el vapor, cuando no había bote ninguno cargado que tal dirección llevase, y el mar, cada vez más enfurecido, levantaba montañas de agua, que se deshacían en cascadas de espuma? La indecisión y el desaliento de Gorete duraron breve rato; el tiempo que tardó en herir su vista la diminuta canoa de su novia, que se agitaba como falderillo ansioso de romper la cadena que le sujeta, y en posesionarse de su ánimo varonil la idea de ir en ella al vapor á buscar á su amigo Jaime. Descalzóse, cruzó á saltos las peñas que constituían el muelle donde estaba amarrada la canoa, se metió en ella, y trató de soltar la amarra.

¡Imposible! ¡Qué angustia la de Gorete! Quizá ya su madre le echaba de menos y salía á buscarle : si le encontraba, ¡adiós proyecto de llegar al vapor y traerse al Leveche otra vez á Torreantigua! De pronto dió el chiquillo un grito de alegría. El mar, que también era su amigo desde la infancia, comprendía su plan y le ayudaba á realizarlo: con una recia zarpada de sus garras de monstruo había roto la maroma que servía de amarra, y la débil embarcación flotaba ya libre y obediente al deseo de Gorete. Empuñó éste gozoso los remos, y bien pronto la resaca le llevó mar adentro, como codiciada presa que arrastraría el abismo á su más hondo seno.

X.

LUCHA.

Breve rato después de escapar el heroico Gorete, notó María su falta. Su primera impresión no fué de sobresalto ni de angustia ; se asomó tranquila á la puerta de su casa, creyendo que el rapaz estaría á dos pasos de allí, jugueteando al aire libre. No vió á nadie. Á pesar de ser los habitantes de aquel barrio muy madrugadores, no se distinguía alma viviente en toda la extensión de la calle. Ya entonces agitó el corazón de la madre confuso presentimiento de una gran desgracia ; y, sin cuidarse de cerrar la puerta, echó á andar rápidamente calle abajo, escrutando con inquisitorial mirada las encrucijadas todas, por si en alguna de ellas columbraba al travieso chiquillo. Llegó al fin á la playa, y quedó un momento suspensa, acongojada, palpitante, con las lágrimas asomándosele á

los ojos y el desaliento invadiéndole el pecho. Volvióse, buscando inconscientemente alguien á quien preguntar por su hijo, á quien comunicar su pena, y vió llegar á Jaime y detenerse lejos de ella, como huyendo de su presencia. Pero María no se paró á reflexionar en la actitud reservada del Leveche : se dirigió á él anhelante, y le preguntó :

—¿Has visto á Gorete? ¿Dónde está mi hijo?

—No sé, María.

La pobre madre dejó caer los brazos, y dirigió una mirada ansiosa é investigadora en torno. De improviso, grito agudísimo brotó, como sollozo de muerte, de su garganta, y señalando un diminuto punto negro que flotaba en medio del embravecido mar, dijo, cayendo desvanecida en la arena :

—¡Mi hijo!.... ¡Allí! ¡Hijo de mi alma!....

Jaime entonces fijó su penetrante vista de marinero en el sitio designado por María. Sus labios prorrumpieron en una grosera interjección de doloroso asombro: miró un momento á la pobre mujer, pálida como cadáver que las olas hubieran arrojado á la orilla, y, sin detenerse, dejando apenas en la arena húmeda la huella de sus botas de agua, corrió hacia el sitio donde estaba su bote, varado en tierra para salvarlo de la temible furia del Levante.

En dos minutos quedaron dispuestos él y el bote para lanzarse á salvar á Gorete. Arrojó, como fardo inútil, el sueste, la chaqueta, las botas; empujó con sus hercúleos brazos la embarcación, que descendió hacia el mar, dejando profundo surco en la arena; se remangó los calzones hasta más arriba de la rodilla para continuar empujando dentro del agua : embarcóse de un salto cuando vió que ya flotaba el bote, y asiendo con sus robustas y callosas manos los remos, esperó un instante.

El temporal desplegaba entonces toda su furia. El mar ostentaba un color terroso, lívido, sólo turbado por las franjas de rabiosa espuma que aquí y allá dejaban al romperse las soberbias olas. Éstas, como salvajes corceles que corrieran sin jinete ni freno en desatinada carrera, brotaban de la agitada superficie en temibles escalas, y se precipitaban una tras otra con rugidos de ira y espumarajos de cólera. El Levante furioso que las engendraba les arrancaba penachos de blancas chispas y azotaba sus soberbios lomos con los latigazos de sus ráfagas. Del cielo, cubierto por apiñado montón de nubes grises y tristísimas, solía descender, filtrándose temeroso por un resquicio del plumizo manto, un enteco rayo de sol, que daba tonos más fatídicos á la escena. Los barquitos que llenaban la bahía habían huído al sentir próximas las iras del monstruo, y sólo el *Buenos Aires* flotaba á merced de las olas, sacudido, á pesar de su inmensa mole, como débil cáscara de nuez. Había momentos, sin embargo, en que el mar parecía descansar y aprestarse con ligera tregua á redoblar sus bríos: uno de éstos descansos era lo que esperaba Jaime, y apenas vió calmadas un tanto las aguas, apoyó los pies en el banco delantero y comenzó á remar con todas sus fuerzas. Con unas cuantas vigorosas sacudidas rebasó el sitio de mayor peligro, la faja de agua en que rompían más encrespadas las olas, y miró hacia atrás para orientarse y buscar la diminuta canoa en que el mísero Gorete lloraba en aquel instante, lleno de espanto y desnudo de su improvisado heroísmo.

Entretanto, merced al viento que le refrescaba las sienes, y á unos cuantos pescadores que, al bajar á la playa, habían corrido en su ayuda, María volvió en sí. De una sola ojeada abarcó la inmensa extensión de aquel mar, su eterno enemigo, su adversario irreconciliable, el mons-

truo sin entrañas que le había robado á su adorado Gregorio, y que hoy quería arrebatarse á su único hijo. Y vió allá, lejos, en la cumbre de una ola, el frágil barquichuelo en que Gorete agonizaba, y más acá otro bote en que Leveche remaba con nunca igualado vigor en demanda del chiquillo. Veíase á las olas empujar furiosas la embarcación salvadora para alejarla de la canoa é impedir que el Leveche les arrebatara la infantil presa; y á Jaime tender hacia adelante su torso hercúleo, afianzar sus manos de hierro en los toscos remos, y describir con todo el cuerpo violento semicírculo hasta tenderse casi en el bote, doblándolos como templadísimos aceros toledanos. Momentos había en que la lucha era de potencia á potencia: el Leveche desplegaba sus fuerzas de titán, y la barca pasaba como una flecha, venciendo la porfiada resistencia de las enemigas olas; en otros, el diestro pescador esquivaba el combate, y sorteaba hábilmente los repetidos y furiosos golpes de su adversario, manteniéndose con serenidad á la defensiva.

Las miradas de la hermosa viuda vagaban inquietas de Jaime á su hijo y de su hijo á Jaime. Y en su alma, ¡oh fenómeno inexplicable!, no sólo reinaba la pena: otro sentimiento pugnaba por abrirse paso. Sí: cuando los ojos de María se fijaban en la canoa en que iba Gorete, y creía á cada instante verla hundirse, para no reaparecer más, en lo profundo de los mares, angustia, inenarrable angustia llenaba su alma, y olas de amargas lágrimas le enturbiaban la vista; pero, cuando miraba á Jaime, renacía en ella la esperanza, y escuchaba voces confusas que le murmuraban extrañas palabras en el oído. Ya era la voz nunca olvidada de Gregorio que la decía: «Te ama tanto como yo: ámale, que yo bendeciré vuestra dicha desde la tumba».—Ya era el agudo acento de Gorete que repetía:

«Madre, es mi amigo, es mi salvador, es mi padre...., ámale».—Ya era otra voz que sonaba en lo más íntimo de su ser, y la decía: «Mírale: es el más hombre, el más valiente, el que más te quiere...., ámale». Y la madre desventurada, avanzando, sin darse cuenta de ello, hasta mojarse los pies en las olas que más se internaban en la playa, mezclaba en su mental oración los nombres de Gorete y de Jaime, y sentía que el amor al taciturno Leveche crecía en su alma como robusta planta sembrada por la constancia y el heroísmo.

Al fin, vióse desaparecer tras de la misma ola á las dos embarcaciones, y María cayó de rodillas sobre la arena mojada, y levantó los ojos y las manos al cielo. Al asomar de nuevo los dos puntos negros, la desdichada madre no vió bien lo que deseaba, é interrogó anhelante á los que la rodeaban. Un viejo marinero se volvió hacia ella, y la contestó:

—No se ve ná....; el Leveche vuelve....; traerá á tu chico....

Desde aquel instante, las miradas de todos convergieron en buscar con ansia en el bote de Jaime á la diminuta figura de Gorete. María se frotaba los ojos, detenía sus lágrimas: nada, no se veía nada. Comenzó á llover con furia, y se extendió un tupido velo de agua que imposibilitaba aún más el común deseo. Sólo se veía que el bote de Jaime se acercaba con cuanta rapidez se lo permitía el temporal. Un rayo de sol rompió al fin la cortina de lluvia, é iluminó de lleno la dorada cabeza del Leveche y la barca que el generoso marinero conducía: y entonces vió la contristada viuda á su hijo, á Gorete, de rodillas en el fondo del bote y abrazado á Jaime por la cintura. Tornó á espesarse la lluvia y á obscurecerse el cielo, y se borró aquella visión de esperanza. Llegaba entonces

el Leveche al momento más difícil; volvía á encontrarse en las rompientes, y el mar rugía desenfrenado, como amenazando con recabar para sí la definitiva victoria en el último instante. Jaime afrontó con energía el peligro: como si, tras tan larga lucha, no hubiesen experimentado cansancio sus musculosos brazos, se le vió remar con nuevo vigor y redoblado coraje.... Todo inútil: una ola traidora atravesó la combatida barca, y otra que la seguía la volcó, arrojando al mar á Jaime y á Gorete. Un grito de horror brotó de todas las bocas: María sintió en el corazón el frío de la muerte. Sólo el viejo pescador miró con atención el sitio de la catástrofe, y dijo:

—Mejor es así....; d'aquí allá hay poco trecho....

No se engañaba. Sobre la superficie revuelta de las aguas asomó la cabeza de Jaime, que nadaba sin descanso, llevando sobre su espalda al chiquillo. Las olas que querían arrastrarle mar adentro, sólo conseguían detenerle un instante; el gigante tornaba á adelantar enérgico, valeroso, incansable. Por fin abandonaron su disputada presa, y breves minutos después, el Leveche pisaba la orilla, encendida la blanca faz por el continuo y tenaz esfuerzo y chorreando agua, como un tritón que abandonara su natural elemento. Corrió María entonces como loca hacia aquél sitio: estrujó convulsiva al pálido y espantado Gorete en sus brazos, y lo besó, exclamando:

—¡Hijo de mi vida!

Pero de pronto soltó al rapaz, se arrojó frenética en brazos del Leveche, y besándole con pasión en el robusto cuello, gritó:

—¡Jaime de mi alma!.... Tú...., tú serás el padre de mi Gorete....

XI.

FINAL.

¿Que si se casaron? Anda, anda....; ¡pues ya lo creo! Como que en el instante en que estas líneas escribo, desde una de las ventanas de mi casa de Torreantigua, veo pasar á Gorete y Lilita, que llevan cogido de las manos, enseñándole á dar los primeros pasos, á un chiquillo de pelo rubio como las mazorcas, y que responde al nombre de Jaime.

LUIS CÁNOVAS.

LA POESÍA

DESDEÑADA POR LA CIENCIA Y POR LA PROSA

I.

DESPUÉS de echarme las manos á la cabeza lleno de estupefacción, permitidme, lectores, que os pregunte : «¿Habéis leído lo que contesta el señor D. Juan Valera á mi artículo *La poesía desdeñada por la ciencia?*» Pues dando una patente de vida eterna á la prosa, expide además una partida de defunción á la metafísica y á la poesía, redactada con claridad y del modo siguiente:

La metafísica es la ciencia inútil, y la poesía el arte inútil.

Confieso que me había impresionado mucho la primitiva aserción del periódico *El Ateneo*, al decir que insertaría cualquier rama de la ciencia, *sin desdeñar la poesía*. Este desprecio queda ahora reducido entre el señor Director de *El Ateneo* y yo, á un simple altercado, propio de un juicio de faltas. Pero el Sr. Valera, á quien, como á una amiga suya y mía, se conoce que ya sólo le divierte lo que es pecado mortal, ha entrado oficiosamente en la polémica, no sólo para reñir conmigo, sino para cometer

dos asesinatos en la metafísica y en la poesía, decalvando de este modo al rey de la creación y tocando la trompeta del juicio final para anunciar el término de la racionalidad humana.

II.

Pasaba yo en cierta ocasión una deliciosa temporada de campo en compañía de unos amigos, entre los cuales se hallaba uno de los individuos más conspicuos del *Comité Consultivo del Ateneo*, el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon. Un día vimos desde un balcón que una cabra, satisfecha de gozar las sensualidades de la maternidad, dejaba que de los pezones de su ubre mamasen tranquilamente por un lado un cerdito y por el otro un niño. Una labradora, sentada cerca del grupo, lo miraba con total indiferencia, como si aquello fuese una cosa muy natural y muy común. «He aquí, dije á los presentes, dos seres á los cuales hoy los une la *animalidad*, y mañana los separará la *metafísica*.»

No podía yo calcular entonces que algunos años después el Sr. D. Juan Valera nos vendría á querer probar que á aquellos dos hermanos de leche no los podría separar ya ni siquiera la metafísica.

III.

¡La metafísica una *ciencia inútil*, cuando si las leyes que la constituyen se borrasen del entendimiento humano, sería lo mismo que si en el orden físico se apagase el sol que nos alumbra! Se conoce que el Sr. Valera, al escribir

su artículo, tuvo presente aquel autor que dice: «La metafísica es como las vírgenes consagradas al Señor, que no dan ningún fruto». Pero, más bien que esto, debía el Sr. Valera recordar aquel principio tan repetido en las aulas de que «La metafísica, sin ser precisamente la ciencia de nada, es por necesidad la ciencia de todo».

La metafísica es la única ciencia, porque es el único conjunto de verdades sin excepción.

No hay ningún conocimiento moral ni físico que no sean metafísica pura. Cuando se dice ciencias físico-matemáticas, quiere decir la física explicada por la metafísica. La psicología que estudia el hombre espiritual, y las matemáticas que explican el número y cantidad de todo lo material, forman las dos grandes divisiones de la metafísica, que es la ciencia que aplica las leyes del pensamiento humano al conocimiento de la calidad y cantidad de todos los seres y de todas las cosas posibles.

¿En qué consiste la general ignorancia de que toda obra humana, sea acción ó pensamiento, es una aleación de lo inmutable con lo mudable? Pues consiste en que los hombres de ciencia, al trasladar el orden de los hechos al orden de las ideas, suelen atribuir á los objetos pensados las cualidades del sujeto que los piensa.

Aunque me sigan flagelando implacablemente ciertos sabios del hecho, que para hablar mal de mí se ponen más horondos que las morcillas de Baltasar de Alcázar, añadiré que el entendimiento, buscando la unidad en la variedad y la variedad en la unidad, y examinando después la conformidad de las partes con el todo, da el modo de andar intelectual que tienen los seres pensantes para llegar á su objeto, lo mismo en Nelson, cuando concibe la idea de ponerse siempre á barlovento para batir al enemigo; que en el sastre que remienda una chaqueta; que en

Kant al redactar el conjunto de sus obras. Por la metafísica que da las ideas, y la poesía que las convierte en imágenes, el poder del hombre se hace algo semejante al poder de su Creador.

Cuando la metafísica y la poesía, la idea y la manera de expresarla, la ciencia y el arte, se aunan para formar una obra común, resulta entonces lo trascendental, lo que se deduce de todo estudio digno de serlo, un principio general, una ley; y es en vano que nuestros amigos los Sres. Valera y Sánchez Pérez se empeñen en hacernos creer que en la literatura lo poético es siempre superior á lo filosófico. Si á Calderón se le atribuyesen todas las obras de todos los dramaturgos del mundo juntos, incluyendo á Esquilo y á Shakespeare, no se le llamaría el creador de *Prometeo* ni de *Hamlet*, sino el autor de *La vida es sueño*. Si á Cervantes se le aplicasen todas las novelorías pasadas, presentes y futuras, siempre se le conocería por el autor de *Don Quijote*. Con estas dos obras poéticas, basadas sobre los dos problemas filosóficos que más interés despiertan en la inteligencia y en el corazón del hombre, parece que, como Dios á las aguas, Cervantes y Calderón han dicho al ingenio humano: «¡No pasarás de aquí!»

IV.

¡La poesía un *arte inútil*, cuando es el himno obligado de todas las glorias humanas y divinas!

Si los metafísicos dirigen todo el orden intelectual del mundo desde las buhardillas en que viven, los poetas, desde los hospitales en que mueren, dan cuerpo á las ideas, convirtiéndolas en imágenes.

Tan glorioso como discurrir, es dar forma á lo discorrido.

Ya sé yo que, á imitación del *Mirabeau-mosca*, M. Thiers, que miraba á Víctor Hugo como si fuese un bicho raro, hay grandes estadistas que mueren en olor de glorificación, aunque son menos aficionados al ritmo que los que, al tirar de ciertos vehículos, hay que colgarles una sarta de cascabeles para hacerles soportar con alguna menor fatiga la prosa del trabajo.

Pero, concretando más el asunto: ¿qué es poesía?

Hace poco tiempo que en uno de los números del *Madrid Cómico*, su ingenioso director, el Sr. D. Sinesio Delgado, concluía una graciosa composición, diciendo:

«¿Poesía que es? Ni Dios lo sabe.»

El Sr. Valera opina lo mismo cuando dice: «Para distinguir algunos versos que sean buenos, es menester mucho tino, despejado criterio y un juicio tan certero y claro, que rara vez se halla *en nadie*».

¿Y quién tiene la culpa de que apenas haya quien sepa lo que es poesía? Pido perdón al Sr. Valera; pero creo que él es un poco responsable de esta vacilación del público, porque aunque algunas veces el Sr. Valera nos quiere dar como cosa muy comprensible la metafísica no muy bien digerida de Goethe, otras veces, por complacencias con una escuela de ropavejeros literarios, que por su amor á lo antiguo nos haría vivir eternamente en el campo comiendo hierbas sin cocer, como los penitentes del desierto, han declarado en los versos la guerra al *ingenio* y á la *razón*, llamando, por boca del Sr. Valera, á lo primero *quintas*, *esencias* y á lo segundo *filosofías*. Es menester desarrollar ese sexto sentido que hoy se

llama *hacerse cargo*, y fijar de una vez para siempre la idea de lo que es poesía. El Sr. Valera, que, como yo, tiene una tolerancia y un candor que rayan en la indiscreción, aceptando la creencia vulgar de llamar poesías á todos los versos, nos declara magnánimamente poetas á una legión de escritores casi tan numerosa como el ejército de Jerjes.

¡Un poeta! Si las gentes comprendieran la verdadera significación de esta palabra, al oirla darían muchas gracias á Dios, porque de mil en mil años se digna crear un poeta, juzgando á esta miserable humanidad acreedora á tan alto privilegio.

¡Un poeta! Desde la muerte de Quevedo, hasta la llegada del romanticismo, no se ha escrito un solo verso de poeta, y desafío al Sr. Valera á que me lo cite.

Resolvamos de una vez este problema, convenciendo al público de que los versos buenos son tan raros como los diamantes de á libra. Para facilitar el trabajo, autorizo al Sr. Valera á que, además de los líricos de la restauración del gusto francés, incluya al Sr. Quintana, poeta laureado, muy admirado por él, y popularísimo en España y en América.

Pero antes de continuar me ha de permitir el Sr. Valera que le cuente un sucedido. Hace muchísimos años iba yo por la calle del Príncipe en compañía de mis ilustres amigos Pepe Zorrilla y Tomás Rubí, y al pasar por delante de una confitería se les antojó que yo les había de convidar á dulces. Para darles una broma, hice como que accedía, y los dos se lanzaron al interior de la tienda á vaciar una bandeja de merengues. Después de hacer una señal de inteligencia á la confitera, que por cierto era rubia y muy guapa, di la vuelta á la esquina y me alejé por la calle de la Visitación. Cuando volví á mi ca-

sa, Rubí, que siempre nos ha excedido á todos en gracia y en buen humor, convirtiéndome de bromista en embromado, se había llevado de mi cuarto un estuche de afeitar para entregárselo á la confitera en garantía del pago de los dulces. En el lugar del estuche había dejado un papel escrito, que concluía diciendo :

«.....
Si te faltan del traje algunos dengues,
Ve, Ramón, á buscarlos á la tienda
Tururúm, tururúm, de los merengues ».

Se conoce que Rubí, al improvisar estos versos, le faltó tiempo para concluirlos, y acabó el último con el *tururúm* repetido, para no faltar, como buen hijo del Parnaso, al sagrado precepto de la rima.

Y, dicho esto, continúo.

El verso que me ha de citar el Sr. Valera, ha de competir en lo pintoresco con esos versos que, al convertir *la idea en imagen*, producen en el lector una reverberación de pensamientos secundarios, que son el encanto del lector.

Como éstos, por ejemplo :

«Con crines tendidos *arder* los cometas.»
(JUAN DE MENA.)

«*Dilata* hasta los montes su *ribera*.»
(RIOJA.)

«El que *freno* dió al mar de *blanda* arena.»
(LOPE DE VEGA.)

«Ó al rico *avaro* en el *angosto* lecho
Haz que temblando *con sudor* despierte.»
(ARGENSOLA.)

Etc., etc., etc.

Y ruego al Sr. Valera que para citarme el verso que

le pido, no me vaya á hacer un torneo de momias, sacando á plaza los consabidos :

«¡ Todo á humillar la humanidad conspira!....»

«¡ Virgen del mundo, América inocente!....»

«¡ Pálida luz de fósforo ligero....»

Porque estos versos, que más bien pertenecen á la elocuencia que á la poesía, y que ocultan la vacuidad de la idea con la entonación de la forma, no nacen, se hacen, y yo sé lo poco que valen, porque estoy en el secreto del ningún trabajo que cuesta el fabricarlos.

«Tururúm, tururúm, de los merengues.»

V.

Pero el Sr. Valera, sin duda por la excesiva bondad de su carácter, siempre que levanta una razón es con vistas á la razón contraria.

Después de declarar á la poesía *un arte inútil*, dice: «La poesía es tan reverenda y tan divina, que no hay deshonor en humillarse ante ella con acatamiento profundo». ¿En qué quedamos? Y luego vuelve á decir: «Todos tenemos que ser prosistas, aun sin saber que lo somos; pero poeta y metafísico no es necesario que lo seamos». Es verdad; la prosa se escribe, no como se debe, sino como se puede, y no siempre es necesario que los grandes hombres sean unos seres racionales que cultiven la metafísica y la poesía, pues se deben contentar con ser prosistas sin saber que lo son, hablando la prosa como la oyen y escribiéndola como la hablan. Y antes de

pasar adelante, no quisiera que se me olvidara decir que, á propósito de esta polémica, se me ha presentado como enemigo de la prosa. ¿Yo enemigo de la prosa? ¿Por qué, ni para qué? ¿Tiene algo de extraño que, entrando en comparaciones, á la guerra al verso haya contestado yo con un ataque á la prosa?

Aunque sé que me expongo á ser cansado, he de repetir que, siendo en ellas escaso el contenido de la metafísica y de la poesía, todas las prosas carecen de aire vital y se presentan á mi vista chafadas como las vejigas vacías.

La prosa con pocas ideas queda reducida al oficio mecánico de prodigar lugares comunes y empalmar ripios, y aun con imágenes é ideas no hay cosa más difícil que injertar el ritmo en la prosa.

El materialismo de hablar no es un arte, es una función fisiológica, como el charloteo del papagayo. Y es casi imposible imprimirle ninguna condición artística, por lo cual esos prosistas que, según el Sr. Valera, lo son sin saberlo, se pueden comparar con aquel inglés que lo había aprendido todo, absolutamente todo, « menos el arte difícil de saber leer y escribir ».

Renuncio á hacer un análisis á la menuda, porque los gramáticos exagerados me hacen el mismo efecto que los supersticiosos, que con sus redes de moral estrecha, como en los circos ecuestres, convierten los caminos del cielo y de la tierra en unas verdaderas carreras de obstáculos; y seguiré diciendo que yo sólo me he ocupado poco caritativamente de la prosa cuando he visto fustigado el verso por escritores que supongo que serán unos poetas abortados. Y es tanto más de agradecer mi generosidad, cuanto que tengo la persuasión de que todo pedazo de prosa, por lo fácil de enmarañarse, es una madeja de hilo puesta al alcance de los gatos de la vecindad.

El Sr. D. Leopoldo Alas, que desde la ciudad de Oviedo pone en la actualidad más ideas en circulación que en su tiempo el P. Feijóo, se ha empeñado en hacer creer á las gentes que yo escribo muy bien en prosa. Esta es una lisonja que no merezco, pues como no existen reglas fijas de construcción, siempre que enlace algunas oraciones se me ocurren después veinte maneras de hacerlo mucho mejor. ¿Sucede esto con la forma poética? No. ¿Por qué? Porque el lenguaje sólo en el verso es un mecanismo perfecto. ¿Se quieren algunos ejemplos? Pues allá van dos, el primero de Lope de Vega :

«¡ Canto el valor y las hazañas canto
De aquel varón, soldado y peregrino,
Que, á ser del Asia universal espanto,
Desde la selva Caledonia vino !»

Segundo ejemplo, de Góngora :

«Todo es gala el africano :
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncós atambores,
Y los volantes de Venus,
Sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden ;
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes :
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros
Si no son murmuradores :
Los campos les dan alfombra,

Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores:
Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol
Ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote;
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.»

¡Qué precisión en el primer ejemplo!
¡Qué abundancia de ideas y de imágenes en el segundo!
Y en los dos ejemplos, ¡qué manera tan diestra de construir períodos con palabras insustituibles!

Ponga el Sr. Valera estos versos, no en una prosa tan mala como la mía, sino en una prosa tan exquisita como la suya, y verá cómo él mismo, por no oírla, echa á correr con el natural espanto con que se huía de aquella vieja que en tiempo de los franceses entraba en su pueblo diciendo: «¡No hay que asustarse, que vienen degollando!»

VI.

Repito que no pude reprimir un movimiento de enojo cuando vi que *El Ateneo*, desde el punto de vista de la ciencia y de la prosa, trataba con desdén á la poesía, y entonces fué cuando sostuve que la *prosa no es arte*. Pero el Sr. Valera, que tiene bastante autoridad para suponer que se debe creer bajo su palabra, se limita á decir: «Claro está que hay arte en la prosa». Estas claridades

del Sr. Valera le deben recordar á una marquesa muy conocida una promesa que yo la hacía siendo niña : « Te he de regalar un vestido tan claro, tan claro, que no lo has de ver ».

Si la prosa es arte, ¿cuál debe ser la colocación de las palabras? ¿Cuál es la ley que determina el enlace y la estructura de las cláusulas? ¿Con qué regla ideológica se pueden disculpar las irregularidades? ¿Qué razón hay que justifique la inversión del orden usual de las ideas y las frases?

Para nada de esto hay cánones determinados, y una prueba de que la prosa se escribe sólo por instinto, es que las mujeres, sin estudiar siquiera ortografía, redactan las cartas mucho mejor que los hombres, así como suelen cantar con más afinación los artistas que menos música saben. Muchas veces he pensado en los grandes sudores que le habrá hecho pasar al pobre Cervantes la introducción del *Quijote*. Obedeciendo al principio de que en todo juicio enunciado ha de presentarse la idea de que se afirme algo, y después sus accesorios y modificativos, debió comenzar su libro de este modo : « No ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme ». Pero, obedeciendo á su instinto soberano y sacrificando la lógica á la eufonía, que es hermana menor del ritmo, de esa ascensión eterna de nuestra alma, construyó el período de esta manera : « En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor ». Lo más perfecto de esta construcción, ¿le habrá recompensado á Cervantes de los sudores que le habrá costado el ver enfrente de sí ese mon-

tón de palabras que, como los guijarros, no suelen tener facetas de adaptación posible?

Me alegraré que Cervantes haya quedado satisfecho de este principio de su poema, y que en medio de sus desgracias tuviese un momento de felicidad, aunque no fuese tan grande como la dicha que siente el Sr. Valera al pintarnos entusiasmado la utilidad del prosismo:

« Las discusiones parlamentarias, dice, los dictámenes de los cuerpos consultivos, las leyes, los reglamentos, los libros de texto, están escritos en prosa. » Ya lo sé; y también el tratado del perfecto cocinero. Y ¿sabe el Sr. Valera cuál será el fin de toda esa monserga de calós administrativos, políticos y judiciales? Pues su término merecido será el de ir á calentar las calderas de la industria del porvenir, mientras los operarios que aticen el fuego recitarán con delicia la dolora del marqués de Molins, que empieza :

« ¡Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada ;
A la mañana formada ,
Y á la tarde derretida! »

VII.

Y, sobre todo, si el Sr. Valera cree, aunque no lo prueba, que hay arte en la prosa, entonces resultará que ésta también tiene alguna conexión con las leyes ideológicas, y, como todas las cosas pensables, depende de la metafísica. Y en este caso, ¡abajo también la prosa!; pues así como los lírico-clastas declaran que la forma poética está llamada á desaparecer, nosotros, los que sabemos un

poco de lógica, á imitación suya, pediremos también que desaparezca del mundo ese medio artificioso llamado prosa, cuyas frases al salir al escenario jamás hallan postura cómoda; pues parece que siempre están agitadas por el baile de San Vito, por su afán inmoderado de querer alcanzar un ritmo que nunca encuentran. Pero no se apure por eso el Sr. Valera; pues aunque se la despoje de la metafísica y de la poesía, siempre habrá una prosa con la cual nos entenderemos, aunque será parienta por necesidad del *ujujú* de los salvajes. Sí; cuando, según esos profetas de una Nigricia universal, lleguen esos tiempo apocalípticos en que las grandes bestias se coman crudos á los jóvenes que hagan versos á sus novias, y se borre de la haz de la tierra á los pueblos que canten en coplas sus alegrías y sus pesares, y se supriman los soldados que busquen en los himnos patrióticos un estímulo para morir entusiasmados á la sombra de su bandera, entonces todavía con gruñidos y con gestos se entenderán las gentes. Y siga admirándose el Sr. Valera de la utilidad perdurable de la prosa; en esas horas negras del destino humano podrán morir la metafísica, la poesía y la música, pero quedarán la mímica y el ruido, y con estos elementos rudimentarios se dará satisfacción cumplida á los intereses y pasiones de esa futura raza de macacos, y hasta habrá elocuencias que arrebatarán á las muchedumbres con triunfos parecidos á los movimientos de impaciencia, de entusiasmo y de delirio que produce al amanecer el sonido del caracol que toca el encargado de llevar á ciertos seres á merodear por los campos.

VIII.

Y como ya mis días están contados, y acaso ya no recibiré la contestación del Sr. Valera, y, si la recibo, podré no tener tiempo ni humor para consagrarle otra réplica, acabaré jurando que, hasta que se extinga el último aliento de mi existencia, seguiré haciendo protestas de admiración en favor del coro divino de las nueve hermanas, tan queridas para mí como las hermanas de carne y hueso que han convertido en alegrías las horas de hastío de mi vida. ¡Vosotras, inmortales de toda inmortalidad, que no habéis podido ser crucificadas en el monte de la redención, ni reducidas á cenizas en el incendio de la biblioteca de Alejandría, cuando en el último día de este artefacto de arcilla llamado globo terráqueo, sea roto en pedazos, y con alguno de sus restos el sublime Alfarero de las cosas lo vuelva á crear de nuevo, ó ese mundo venidero será un charco de ranas, ó si ha de haber en él algún hombre que lo dignifique con sus plantas, vosotras seréis las que con vuestro aliento le inspiraréis la poesía, la pintura, la música, etc.; es decir, el alma, lo que cree el Sr. Valera que es inútil, *que no sirve para nada!*

Y después de besaros con amor en la frente, permitid que también bese las manos al Sr. D. Juan Valera con el respeto mismo que si fuese vuestro divino maestro el dios Apolo.

CAMPOAMOR.

CONSIDERACIONES GENERALES

ACERCA

DE NUESTRO ESTADO MILITAR

DIFÍCIL, y más que difícil, peligroso es para el militar ocuparse desde las páginas de una publicación periódica en asuntos profesionales, porque estándole vedado, según recientes circulares, el análisis y discusión de ciertos temas, incluso los orgánicos, ni es posible que trate con libertad de cosas actuales, ni es fácil que deje de hallarse en sus escritos algo punible. Y, sin embargo, tampoco se puede negar que si, acatando la ley, todavía pueden dilucidarse determinados asuntos más ó menos relacionados con aquellos temas, no es menos importante conocerlos y apreciarlos desde diferentes puntos de vista, ni menos de estimar, á causa de su origen humilde, opiniones que, en sentir de algunos, no deben hallar eco entre personas graves y doctas, porque «nacen y se manifiestan en los cuartos de banderas». Por ellos, pasaron ó han debido pasar no pocos de los que hoy ocupan elevadas jerarquías; desde ellos, se ven y se to-

can mejor las deficiencias y las miserias de este organismo militar, que no es de presumir llegue á desarrollarse con vigor y lozanía, porque pesan sobre él como férreas losas la rutina y las conveniencias personales.

— Pero digamos también, en honor de la verdad, que estos asuntos militares, de suyo áridos é ingratos, despiertan interés escaso, cuando no la aversión ó la repugnancia en el público civil, sentimientos que sólo acertamos á justificar, ó por el concepto falso que en general se tiene de la milicia, ó por la idea de los sacrificios que ella impone. Y en época tan perturbada como la nuestra por las ambiciones y por las propagandas, en días como los que atravesamos de pugna é indisciplina, abrumadas como están las naciones por el enorme presupuesto de la Guerra, y recelosos los hombres políticos de cuanto pueda hacer sombra á su autoridad ó menguar su importancia, ni el ejército ni las dignidades militares parecen llamadas á conseguir—sobre todo en naciones como la nuestra—aquella consideración y aquel prestigio que son el resultado de una vida holgada y decorosa. Reconozcamos en esto algo que es producto de los tiempos; pero reconozcamos también no poco que es la consecuencia de mezquinas ideas y de injustificados odios. La historia social de nuestra patria se halla íntimamente relacionada con la militar; las modernas libertades conquistáronse mediante la espada; dos guerras con gente extranjera y dos civiles han puesto en punto de evidencia que, ni el ejército había hecho traición á sus gloriosas tradiciones, ni habían menguado en él aquellas cualidades que allá en otras centurias le dieron altísimo renombre. Y es más: este ejército sufrido, obediente y leal en campaña, tampoco se ha manifestado inferior en la paz á las demás clases de la nación, por su cultura y por su respeto á las leyes. ¿Á qué, pues, esa indiferencia,

¿á qué ese desapego hacia las clases militares que se echan de ver en nuestra patria? —

Muy varias pueden ser las causas de que procedan, y no seremos nosotros los que tratemos de fijarlas. Encontraríase, sin duda, entre ellas, la aversión que en todo tiempo ha producido en el pueblo un defectuoso é injusto sistema de reclutamiento, y en las clases medias eso que se ha dado en llamar positivas ventajas de la carrera, si ya no las preocupaciones sociales, la viciosa educación ó cierto género de individualismo que hoy ataca al cuerpo social; encontraríanse las protestas originadas por los gravámenes que el sostenimiento de un ejército bien organizado impone, y hallaríase también, por fin, y no es esta la menos importante, el recelo que en los hombres de partido producen las reputaciones militares, recelo que tiene su lógica explicación en un país en que, durante largos años, han turnado en el mando político los generales. Todas estas ideas forman, hoy por hoy, la pesada atmósfera que envuelve al ejército, y no ha bastado que las circunstancias llevaran al poder, por espacio próximamente de dos decenios, á hombres civiles; no ha bastado que en este período la opinión creyera que aún no existía entre los militares uno de bastante talla política para alternar con aquéllos; ha sido preciso que los errores de nuestros economistas, que el desacierto de nuestros administradores se revelaran con caracteres alarmantes en la enorme cifra del *déficit*; ha sido necesario que el profundo malestar que acusan los embargos y la emigración se acentuara, para que, con la bandera de las economías, se adoptaran medidas que han de afectar poderosamente al ejército. Y esto precisamente cuando la opinión se hallaba hastiada á causa del largo y estéril debate de las reformas, verdaderamente hastiada de oír un día y otro día la infecun-

da discusión del dualismo y de la escala cerrada. Así ha podido decirse al país que, cuando más abatido se encontró, los militares distraían al Congreso de gravísimas y urgentes tareas para imponerle nuevas leyes en beneficio del personal de jefes y oficiales, y vejar al país con nuevos gravámenes. Y torcidas de este modo las opiniones, desvirtuando el móvil que indujo al planteamiento de las reformas, claro está que esa antítesis de los mayores gastos y de las imprescindibles economías debía originar resultados contraproducentes para el ejército. ¡Triste situación la suya después de tantos años de abatimiento, y cuando más fundadamente podía esperar la realización de un plan racional y equitativo de reformas! Las consecuencias no han podido ser más funestas para su prestigio; pero—confesémoslo también—tampoco han de ser más ventajosas para el país, obligado á sostener una máquina costosa, sí, pero asimismo deficiente. Y estas consecuencias, doloroso es decirlo, no afectan sólo á la materialidad de los servicios, sino al espíritu militar, porque, privado el oficial hace algunos años de sus fueros, regateados sus derechos como ciudadano, poco apreciado el uniforme, deprimidas las instituciones que sirven de fundamento á la milicia, abatido el ánimo por largos años de postración, no puede, no, abrigar entusiasmos ni esperanzas para lo por venir. Y he aquí por dónde debe comenzarse á estudiar nuestro actual modo de ser militar. x

Las economías se imponen con fuerza poderosísima á un país abrumado por los tributos, débil para soportar tantas cargas, y para atender á ellas búscase, como es justo, la reducción de gastos en todos los servicios, con preferencia en los dependientes del ministerio de la Guerra, cuyo presupuesto resulta más elevado, por lo mismo que es el que mayor personal sostiene y más costoso material

necesita; y, sin vacilar, se exige, se impone la reducción, prescindiendo de si con ella puede ó no subsistir un ejército digno de este nombre. Parece natural que esto se hiciera después de examinar con escrupulosidad suma, y, sobre todo, de comparar los presupuestos parciales entre sí, preferentemente el de la Presidencia del Consejo (1); pero no se ahonda lo necesario en esto, y la discusión queda reducida á simples amenazas de crisis. Parece lógico que el Ministro dirigiera sus miradas á los centros que más cuestan y menos necesarios son; pero todo queda re-

(1) Como base de la comparación, recordemos brevemente que en Guerra se hacen economías por valor de 7.949 032 pesetas; las cuales se obtienen suprimiendo—entre otras atenciones respetables—la dirección de Instrucción militar, el Consejo de Redenciones y Enganches, cinco plazas en las músicas de los regimientos, el aumento de fuerza marcado para el período de instrucción; 23 tenientes coroneles, 22 comandantes y 86 capitanes en el arma de infantería, dos piezas por batería en los regimientos divisionarios, la escuela de Herradores, etc., etc.; modificando la organización de zonas y rebajando el precio de las raciones de pan y de cebada.

En cambio, el presupuesto de la Presidencia se presenta con una economía de 12 959 pesetas nada más. Lo primero que resalta en las partidas de este presupuesto es la desaparición del Consejo de Estado y su sustitución por el Tribunal Contencioso administrativo, que se creó para reemplazar á aquél. La razón de esto puede que no se vea; la conveniencia—desde el punto de vista de las economías—tampoco, pues produce un *aumento* en los gastos de 52 875 pesetas.

Para adquisición de libros se acreditan 1 000 pesetas; para alumbrado del edificio del Consejo, 2 000; para renovación y compostura del mobiliario, alumbrado, esterado y combustible, 30 000. Aquí donde se rebaja el precio de la ración de pan al soldado, y de la ración de cebada al caballo de guerra, donde se suprimen modestísimas plazas de escribientes y porteros, y se reduce á la mitad la insuficiente gratificación de agencias á los cuerpos, parecen algo exageradas la cifra de 30 000 pesetas para arreglo del mobiliario de la Presidencia, así como la de 60 000 para gastos generales de la Subsecretaría.

Todo esto hace que un departamento exiguo cueste al país, no obstante las economías, 1.588 667 pesetas.

ducido á llamar á los directores y á buscar las economías en el personal y en el material de los respectivos cuerpos é institutos. Y cuenta que al hablar así no nos referimos á personalidad determinada: el sistema es ya viejo en España, y en una acreditada publicación hallamos acerca de él las siguientes consideraciones, que, por proceder de persona peritísima y respetable, no podrán tacharse de sospechosas: «Propóngase la supresión de direcciones y juntas, y no la aceptará el Gobierno, porque, al fin y al cabo, se priva de pingües destinos. Trátese de suprimir capitanías generales. ¿Cuál? Ninguna, porque esto proporcionará el disgusto de las capitales víctimas de la supresión (*es lo menos que puede ocurrir*); gobiernos militares, tampoco, por idénticas causas. Suprimir oficiales, no es posible, porque sería conculcar derechos adquiridos. ¿Qué se suprimirá, pues? Tropa y ganado. He aquí la solución salvadora. Las compañías y escuadrones quedarán reducidos á meros esqueletos de tales. Es cierto que en esto habrá economía, pero, en cambio, el ejército será ilusorio, y el día que estalle una guerra civil necesitaremos seis ó siete años para reprimirla. El oficial nada aprenderá al frente de fuerzas tan exiguas, y no sólo esto, sino que ni siquiera podrá sentir por la profesión militar el menor entusiasmo. El país, al ver cuatro ó cinco oficiales al frente de compañías de veinte ó treinta soldados, tendrá nuevo motivo para clamar contra el ejército, y éste una causa más de desprestigio, que es lo que se desea (1).» Tal es el sistema puesto en práctica por nuestros hombres de gobierno. Dígase si con él puede existir una organización formal, ni siquiera un ejército que merezca este nombre.

Y si por tal extremo afectan estas medidas á los ser-

(1) En la *Revista Científico militar*, correspondiente al 15 de Mayo de 1889, Sección doctrinal.

vicios, ¿qué decir ahora del cuadro que ofrecen esos batallones, cuyo número de plazas, asaz reducido ya, es incompleto, y cuyos soldados permanecen en filas un tiempo insuficiente á todas luces para adquirir las prácticas de la profesión y tener plena conciencia de sus deberes? Verdadera pena causa contemplarlos, porque los regimientos perdieron ya el carácter que hace pocos años los distinguía. Tiempo ha que dejaron de ser una familia, y hoy, el recluta, verdadero huésped de los cuarteles, pasa por ello poseído de las impacencias del regreso al hogar; es tibio en el servicio, apático, enemigo de desempeñar cargo alguno, poco amante de sus jefes y no respetuoso de sus inmediatos superiores, quintos como él y como él poco poseídos de sus deberes. Ni puede el oficial llegar á conocer muy á fondo al soldado, ni cobrar afecto á individuos que por tan breves días permanecen bajo sus órdenes.

Y así falta la cohesión, porque no existe la simpatía, y falta el estímulo, porque nunca llega á recogerse el fruto de una labor docente sin treguas ni descansos. Pero si esto ocurre al oficial, no lucha con menos inconvenientes el jefe, ya por efecto de las deficiencias de índole económica, ya por el reducido número de soldados de que dispone, cuya cifra no siempre permite atender á ciertos servicios ni aun simultanear los de guardias é instrucción. Un batallón hállase reducido actualmente á unos trescientos veinte hombres, y un regimiento á doble cifra, insuficientes una y otra para el buen desempeño del servicio, y para responder, como es justo, al cometido para que fueron creadas tales unidades. Formada cualquiera de ellas, claramente se ve que nuestros batallones y nuestros regimientos existen casi nominalmente. Y no hablemos aquí de los regimientos de caballería, porque la situación de éstos es, por muchos conceptos, más lastimosa.

Pero se objetará que no por eso dejará de costar este reducido ejército sobrado caro, y que, no sólo pesa en él una cabeza enorme (permítasenos la frase), sino un contingente más enorme aún de jefes y oficiales. ¿Quién lo duda? No nos atreveríamos á decir lo que permite modificaciones y alivios; mas lo que sí podemos asegurar es que, aun cuando las economías tuvieran que limitarse á Guerra, nunca debieran buscarse en el contingente armado; lo que no vacilamos en afirmar es que han transcurrido doce años desde la terminación de la guerra, y que en este período poco se ha intentado para buscar una solución definitiva respecto al problema excedente (hecha salvedad de importantes y beneficiosos proyectos), solución que se imponía ya con imperiosidad terminadas que fueron las guerras civil y de Cuba; lo positivo y cierto es que, teniendo en 1878 un excedente respetable, continuaron abiertos todos los centros de enseñanza militar y se amortizaron muy escasas plazas en el generalato, resultando de aquí un aumento innecesario y abrumador arriba, y no menos innecesario que gravoso abajo. Si la guerra había impuesto cargas, si había obligado á reconocer servicios, á respetar derechos (esta es lógica consecuencia de todas las guerras), en un plazo de diez años podían haberse aligerado por extraordinario modo tales cargas, y haberse beneficiado con ello grandemente el Erario. No se hizo de este modo, porque faltó abnegación para tanto; y en un período que pudo consagrarse á la amortización, el aumento por todos conceptos fué respetable. Y cuenta que nos expresamos así en el supuesto de que dependiese de las economías militares la mejora del Erario; porque nos resistimos á creer que con el escaso criterio de nuestros economistas, pueda mejorar poco ni mucho el país. Empero, lo hemos dicho ya, siendo el presupuesto de la

guerra el más elevado, él se ofrece como blanco de todos los ataques en una nación agobiada por los impuestos y por añadidura poco aficionada á la existencia del ejército. Y como las instituciones militares viven la misma vida de la nación, falta ésta de energía y de entusiasmo, no es posible tampoco que aquéllas se mantengan á grande altura. Si quisiéramos hallar datos importantes para apreciar el interés que despiertan en la esfera de los poderes públicos, el proyecto de ley de clases pasivas leído recientemente en las Cámaras por el ministro de Hacienda vendría á evidenciarlo. No se puede otorgar menos al que está llamado á defender la patria y á sostener el buen nombre de ésta con las armas en la mano (1).

Se dirá que España, —y este reparo se aduce con sobrada frecuencia, — por su posición geográfica y por sus relaciones políticas, se halla totalmente libre de peligros exteriores; se añadirá que el ejército resulta para el país insoportable carga y organismo, cuyo sostenimiento es tanto menos justificado cuanto más fácil es de crear. Pero uno y otro aserto distan mucho de ser exactos. Tenemos aún nuestras posesiones de Ultramar, sobre las que pesa constante amenaza; tenemos nuestras posesiones de allende el Estrecho; no debemos mirar indiferentes los movi-

(1) En este proyecto, que no examinaremos aquí, se leen artículos en los que se previene que cuando algún retirado por inutilidad física acepte destinos de compañías, empresas, sociedades ó *personas particulares*, caducará su pensión; y uno muy peregrino, el 23, si no recordamos mal, según el que no se cuentan para el retiro los años servidos en las clases de tropa. ¡Precisamente los más penosos! Compárese lo que en él se exige al servidor de la patria en esas modestas clases, con lo que se requiere para el cobro de la cesantía de ministro, y dígame luego dónde se halla la equidad. Mas, cuanto pudieron manifestar en estas páginas hállese consignado con notable exactitud en un artículo recientemente publicado por la Revista militar antes citada, y suscrito por el comandante de ingenieros D. Carlos Banús.

mientos que en días no lejanos pudieran efectuar en África otras naciones; y ni el ejército puede improvisarse, ni menos proveerse de armas, material y equipo en corto plazo. Podemos no aspirar á la conquista, muy cierto; pero no permitir que se nos arrebate lo que poseemos, ni que se discuta nuestro derecho sobre lo que pudiéramos poseer. Si esto no es lo que aconsejan el egoísmo y la ruindad de miras, es lo que imponen la conveniencia y la dignidad nacional; porque la fuerza es y ha sido siempre la mejor aliada y la mejor garantía del derecho. Por desgracia, ni han gozado nunca nuestros gobernantes fama de previsores, ni es nuestro pueblo dado á preocuparse por el mañana. Aquí, donde todo se agita en un círculo sobrado mezquino; aquí, donde la vida política nacional se refleja en el jocoso suelto del periódico ó en el discurso huero y campanudo; aquí, donde la travesura usurpa lugar al talento, y la osadía se interpreta por natural despejo, claro está que cuanto se refiere al poderío y á la honra nacional considérase como asunto de escasa monta. ¿Qué extraño, pues, que lo que afecta al ejército se estime (sobre todo si el peligro se halla distante) como cosa ajena á los intereses públicos?

Más raro, más incomprensible es que así piensen hombres políticos de alguna talla, y sobre todo hombres hábiles (si ya el maquiavelismo no llega hasta el extremo de aceptar como norma las célebres frases del escéptico Luis XV); porque, no ya sólo los problemas internacionales pueden y deben preocupar al estadista: nos hallamos en época difícilísima; el problema económico-social, más ó menos pronto, ha de imponer imperiosamente su resolución; las clases obreras, trabajadas por activa propaganda, la pedirán á su vez de grado ó por fuerza; y tarde ó temprano, la apatía y el escepticismo de unos, y

el encono y las necesidades de otros, pueden traducirse en lamentables hechos. ¿Será posible entonces contar con fuerzas para resistir el rudo choque de la oleada proletaria? ¿Dónde encontrarán su egida los que hoy escatiman á la fuerza pública recursos, esos mismos que son los primeros en reclamarla cuando el peligro arrecia? Porque, lo repetimos, ejército no equivale á reunión de hombres armados; ejército es un conjunto de soldados, soldados por la educación, por la instrucción y por el espíritu militar. Y estas cualidades no se obtienen á tan poca costa, ni ese ejército es tal sobre una base mezquina y con un contingente falto de hábitos militares. Con un ejército constituido de dicho modo, sólo pueden alcanzarse desastres en los campos de batalla, siquiera sean estos desastres gloriosos; con un ejército nutrido, con gente falta de disciplina, no se conjuran ni se dominan los peligros de índole político-social; antes, por el contrario, pueden aumentar en gravedad, desde el momento en que el recluta se vea solicitado y arrastrado por las masas. Y ¡considérese lo que es dable esperarse de individuos maleados ya por la propaganda, rehacios, por la educación que han recibido, á toda idea de disciplina, ganosos de absoluta independencia, y faltos de amor á la bandera!.... Graben en su mente estos conceptos aquellos á quienes importen é interesen. La guerra que se haga al ejército, merma sin duda alguna el prestigio militar; pero debilita también el brazo armado de la nación, y priva de una poderosa garantía á los Gobiernos. Mas como no en balde se rebajan y denigran las instituciones militares, esas semillas que esparcen la ignorancia y el egoismo, más ó menos tarde producirán su detestable fruto. Entonces podrá decirse lo que, imitando al general Douay en Sedán, escribía ha poco tiempo un militar español: «Hace

años que en España no se quiere ejército; que, lejos de dignificar la profesión, se tiende á rebajarla; que, en vez de enaltecer á la vista de todos á los que un día han de sacrificarse por la patria, se les desacredita. La semilla producirá sus frutos naturales: se han sembrado vientos y se recogerán tempestades».

FRANCISCO BARADO.

LA CRISIS ECONÓMICA

I.

LAS sesiones de la Liga Agraria y sus conclusiones ; los debates en el Parlamento á que ellas dieron pretexto ú ocasión ; la necesidad de economías reconocida por todos los partidos ; las interesantes discusiones, más ó menos directamente enlazadas con el Arancel, sostenidas por eminentes y veteranos oradores en los centros científicos, y los artículos de la prensa política referentes al particular, han renovado las antiguas disquisiciones científicas sobre el libre cambio y el proteccionismo, á las cuales han aportado recientes luces los librecambistas, y aspectos nuevos los partidarios de la protección.

El asunto, no obstante, está muy lejos de hallarse agotado.

Y del estado de la cuestión parece deducirse que en nuestro país no han venido al debate todavía las consideraciones resultantes de la influencia de las ciencias naturales en la situación de los mercados.

En Inglaterra ya estas consideraciones han descendido á la arena del combate; y, tanto por su importancia, como

por su novedad, merecen ser de todos conocidas. Sir LYON PLAYFAIR las ha desarrollado de manera sorprendente; y á su trabajo deben acudir cuantos quieran conocer á fondo los argumentos que no cabe sino esbozar en un artículo como el presente, reflejo opaco de poderosa luz.

Como la crisis es general en toda Europa, y no exclusiva de España, según tantos se hacen la ilusión de creer, el partido tory ha alzado en Inglaterra la bandera del proteccionismo, y los librecambistas se han visto obligados á tremolar en contra dos clases de principios: una procedente del influjo de las ciencias naturales en la producción y en los mercados, y otra emanada del fundamento esencialmente político de toda tributación.

II.

Antes de seguir adelante, fuerza es recordar los progresos hechos por las ciencias naturales en cuatro grandes invenciones propiamente modernas: el telégrafo, la fabricación barata del acero, el ferrocarril, y el actual barco de vapor.

Ya no hay mercados. Sólo existe un mercado único en el globo: el mundo entero. El proteccionismo natural que las distancias y el aislamiento proporcionaban á cada mercado local, han desaparecido: hoy no hay distancias, ni montañas, ni mares aisladores; y, naturalmente, todos los centros de producción se dan la mano. Sólo cuatro hombres han producido este resultado sin precedente histórico: cuatro hombres únicamente, más poderosos que todas las preocupaciones de los Gobier-

nos y todos los intereses estrechos de localidad, han cambiado las condiciones de la oferta y la demanda: WHEATSTONE, haciendo práctico el telégrafo; STEPHENSON, realizando la locomotora; BESSEMER, produciendo el acero dulce por la quinta parte de lo que antes costaba; COLLIS, preparando la posibilidad de las novísimas máquinas marinas de doble, y triple, y aun cuádruple expansión.

Por el telégrafo habla un comerciante con el productor de otro continente en menos tiempo que el indispensable en una vasta población, si cada uno de los dos acierta á vivir en los extremos: por el ferrocarril y el buque de vapor, cuando la administración es buena, llega, gracias á la baratura del acero, pronto, en grandes cantidades y con reducidísimo recargo, al centro menesteroso de un género cualquiera, el producto elaborado á poco precio en una localidad favorecida por las circunstancias.



Estas generalidades, ciertamente, son conocidas de todos; pero sólo los que de cerca siguen la marcha de los progresos científicos saben la cuantía de las mejoras realizadas.

El telégrafo no conoce fronteras. Ni le detienen las anfractuosidades de las sierras más fragosas; ni le son obstáculo las cumbres de los montes, ni le importan los abismos de los océanos. Sus alambres y sus cables llegan á los antípodas y de allí rodean el globo.

Hace ahora precisamente medio siglo no había locomotoras en el mundo: dos lustros ha, ó poco más, se

;

contaban unas 52 000 : ahora, en 1889, existe el doble ; 105 000.

La fuerza de las máquinas de vapor no-semovientes asciende en los Estados Unidos de la República Norteamericana á 7 y medio millones de caballos-vapor ; llega á 7 millones en Inglaterra, á 4 y medio millones en Alemania, á 3 millones en Francia.... En el mundo trabajan hoy en forma de vapor 45 millones de caballos, y ¿qué quiere esto decir? Recuérdese que un caballo-vapor equivale á tres de carne y hueso ; recuérdese también que el trabajo de cada uno de estos caballos no engendrados directamente por el fuego, iguala á la energía muscular de 7 hombres ; y no podrá menos de abismarnos de sorpresa y asombro el considerar que las máquinas de vapor existentes hoy en nuestro planeta realizan el portentoso trabajo de MIL MILLONES DE HOMBRES, esto es, de más del doble de todos los trabajadores del globo entero, cuya población total está estimada en 1 456 millones de hombres y mujeres.

El acrecentamiento de las líneas férreas pasma. Un ejemplo. Teniendo, como tenían al finalizar el año 1881, más de 127 000 millas de ferrocarriles los Estados Norteamericanos, abrieron en 1882 nada menos que 11 568 millas de líneas principales nuevas. Y han tendido 13 000 millas más en 1887, porque las necesidades del tráfico les hicieron indispensable este incremento sin precedentes, á pesar de las 23 174 abiertas sin interrupción en los años intermedios. Así, pues, al empezar el año próximo pasado de 1888 contaban los Estados Unidos con 151 000 millas de ferrocarril ; no obstante lo cual son importantísimas las nuevas obras en vías de ejecución, ó ya realizadas hasta el año actual de 1889.

En 1841 el primer *Britannia*, de 1 150 toneladas y

fuerza de 440 caballos, era el rey de los vapores transatlánticos; pues llegó á recorrer las 2 775 millas inglesas de Liverpool á Boston en catorce días y ocho horas: ya hace ocho años el segundo *Britannia* recorrió las 2 802 millas de Queenstown á Nueva York en siete días y diez y nueve horas.

Las construcciones y las velocidades de hace diez años parecían límites infranqueables. Hoy, gracias al acero y al aprovechamiento de la expansión del vapor generado á presiones altísimas, esos límites se han ensanchado hasta donde nadie hubiera entonces osado imaginar.

Hoy cada uno de los dos lebreles del Atlántico, el *Umbria* y el *Etruria*, de cerca de 10 000 toneladas, dispone de una fuerza de más de 14 000 caballos; y, ya en escalón notan alto, el *Oregón*, de 11 000 toneladas, y el *Servia*, de 10 960, tienen máquinas de 13 300 caballos y de 10 300 respectivamente. Y ¿qué decir del acorazado *Sardegna*, de la marina italiana, de fuerza de 22 800 caballos-vapor? Y, aunque menos potentes, ¿cómo no mencionar el *Italia* y el *Lepanto*, de 18 000 caballos cada uno, ó el *Re Umberto* y el *Sicilia*, de 19 500?

La celeridad alcanzada por los barcos modernos es comparable ya con la de los trenes de media-velocidad. El *Etruria*, el año pasado de 1888, ha atravesado el Atlántico desde Queenstown (Inglaterra) á Nueva York (Estados Unidos) en 6 días, 1 hora, 55 minutos; y el *Umbria*, en 6 días, 4 horas y 12 minutos. En general, en estos últimos años, el tiempo que necesitan los barcos muy veloces para cruzar el Atlántico, ha quedado reducido de 8 $\frac{1}{4}$ días, á 6 $\frac{1}{4}$: ¡ahorro en tiempo de más de un 25 %!! Son varios actualmente los vapores que atraviesan el Atlántico en menos de 7 días (el *América*, el *Oregón*, el *City of Rome*, el *Alaska*, el *Arizona*....). ¿Quién hace

pocos años hubiera osado pedir para los buques de viajeros y de carga velocidades de 28 millas por hora? Pues esa velocidad han alcanzado en varios viajes entre Liverpool y Isle of Man los vapores *Victoria* y *Prince of Wales*. ¡Hoy se piden ya velocidades de 30 millas!!.... Pero dirijamos ahora una mirada á los buques de guerra. En 1881, los cruceros de mayor velocidad eran los ingleses, *Iris* y *Mercury*, que andaban 22 millas aproximadamente. Pues el italiano *Dogali*, terminado en 1886, ha alcanzado á veces la de 23. Nuestro *Reina Regente*, de 12 000 caballos y tiro forzado, ha obtenido la velocidad de 24 millas. El crucero alemán *Greif*, de 2 000 toneladas y 5 400 caballos, ha hecho la travesía de Kiel á Wilhelmshafen á razón de 27 millas por hora....

III.

Estos grandes progresos en la locomoción y en la cábida de los buques habrían siempre sido,—lo que realmente son,—portentos de la arquitectura naval, y de la ciencia del ingeniero; pero jamás habrían llegado á resultar factores de una revolución económica tan fundamental como nunca los ha conocido el mundo, á no venir acompañados de una baratura en los transportes que á nadie, ni aun á los más optimistas, era dado hace muy poco tiempo ni siquiera vislumbrar.

Los grandes buques ahorran TRABAJO y COMBUSTIBLE. DOBLE es, pues, el ahorro.

En 1870, cada 1 000 toneladas requerían á bordo 47 hombres: hoy les basta con 28. Hace muy poco todavía un vapor de 3 000 toneladas necesitaba en una larga travesía

2 200 toneladas de carbón, para traer únicamente 800 de carga: trigo por ejemplo. Pero hoy los términos se han trocado: 800 toneladas de carbón traen en el mismo barco y á igual distancia 2 200 toneladas de trigo.

Es esta una baratura tan sin semejante en el precio á que nos hallamos acostumbrados á pagar los transportes, que sir LYON PLAYFAIR recurre ingeniosamente á casos de comprensión vulgar, para sorprender la imaginación. Pongamos por caso, imitando su procedimiento, que á un chico de los que reparten LA ESPAÑA MODERNA, le ofreciéramos un céntimo por llevar una carta desde el Hipódromo al Puente de Toledo. ¿No es claro que el chicuelo rehusaría generosamente tanta ganga? Pues, haciendo un presupuesto exagerado por lo exorbitante, nos resulta que un céntimo de carbón, quemado en las modernas máquinas marinas, es lo que cuesta conducir por el mar, aunque se opongan las lluvias y los vientos, 20 sacos de trigo á la distancia de unos ocho kilómetros. Y cuenta que en ese generoso céntimo está comprendida la parte correspondiente á la propulsión del buque. ¿Qué cargador podría llevar una fanega de trigo á 160 kilómetros de distancia por la cantidad de un céntimo? ¿Á qué arriero le tendría cuenta ese precio de conducción?

Esta economía de hombres y de combustible en los transportes, ha traído como consecuencia en los países poblados de máquinas y cruzados en todas direcciones por ferrocarriles bien administrados, un incremento gemelo en la producción con un costo desproporcionadamente bajo. En los Estados Unidos siete hombres trabajando un año en la agricultura del trigo, en su molienda y en su transporte, producen alimento para 1 000, ¡que á tanto llega el poder de las máquinas actuales! ¡Cuán notables son á este propósito las palabras del famoso Edis-

son! «Cuando la fuerza motriz», le preguntó un *interviewer*, «sea cuatro veces más barata que ahora, ¿qué le pasará al obrero?» — «Que será rico. Tendrá esclavos: las máquinas. Hoy los obreros ganan ya doble salario que hace medio siglo, y cada uno puede comprar cuatro veces más que su padre. Por primera vez en la historia del mundo, le es dado á un mecánico de los hábiles comprar la harina suficiente para un año con el trabajo de un día. Dentro de una generación, cuando la fuerza motriz haya abaratado, un obrero cualquiera, siendo sobrio y laborioso, tendrá casa propia, caballo, carruaje y piano. La máquina es la independencia y la libertad. Pensar lo contrario es pura estupidez. La maquinaria significa más alimento, mejor habitación, mejor casa, menos trabajo y más dignificación.»

¡Bellas palabras para esculpidas en oro! El hombre no debe ganar la vida, como la bestia, con el sudor de sus fibras musculares, sino procurarse el sustento y cubrir sus necesidades todas, con la habilidad de sus manos, con la inventiva de su inteligencia y con la fuerza de su razón.



Ahora bien : si desde hace medio siglo empezaron á desaparecer los dos grandes déspotas del mundo, el Tiempo y el Espacio; si la electricidad y el vapor los han aniquilado por completo; si los transportes cuestan cantidades inapreciables, ¿cómo extrañar que ya no existan en el globo mercados de localidad? ¿Cómo no ver que ya nadie puede resucitar los mercados regionales? ¿Cómo

no comprender que ha muerto, y para siempre, el único proteccionismo natural, antes posible, imposible ahora: distancia y aislamiento?

No se atribuya, pues, á las malas cosechas la crisis de que no son ellas causa. Ni se extrañe ver en Londres, compitiendo con el mismo trigo inglés, al trigo de Rusia ó al de los Estados Unidos, ó recientemente al de la India, gracias á Lesseps, cuyo Canal de Suez es cofactor de la reducción de precio del transporte desde Bombay á Inglaterra; reducción que, entre 1880 y 1885, ha descendido á la mitad.

¿Quién puede admirar ya que en la semiproteccionista Francia los trigos de California se ofrezcan á 26 francos cada 100 kilos, los de Australia de 28 á 26, los de Polonia á 25,25 y los de Hungría á 25,50? ¿No se ve en estos precios la exigua influencia de la distancia?

IV.

Corresponde ahora discutir otro punto, también directamente emparentado con los datos de las ciencias naturales en sus relaciones con los fenómenos de la producción.

Los principios científicos se extienden ahora rapidísimamente. Y por esto resulta ya vulgar casi la doctrina de que el calor es la fuente de toda vida y la esencia de toda energía mecánica. Para nadie es un arcano que las máquinas de vapor se mueven por el fuego, y que el ganapán que pone en movimiento sus volantes enormes es la combustión del diamante negro, el carbón fósil.

El sol, en edades remotísimas, fijó en la vegetación de

entonces inmensas cantidades de carbono, almacenando así, en las que ahora son hulleras, esa inmensa suma de energía que hoy, quemado el combustible en los hogares de nuestras máquinas, da vida á las fábricas, hace volar las locomotoras sobre los carriles férreos, y lleva nuestros gigantescos buques por las vastas extensiones de todos los océanos.

* * *

Cuenta la fábula que Prometeo, rey de los Titanes, quiso igualarse con los dioses, tomando del sol, para beneficiar á los hombres, una parte del fuego de los cielos, y que con él animó una figura formada por sus manos. Júpiter, en castigo, hizo encadenar al semidiós detentador del fuego por Kratos y por Vía (la fuerza y la violencia); las cuales lo clavaron sobre una áspera roca del Monte Cáucaso, donde un buitre, que no moría jamás, aleteando sin tregua, le estaba durante el día devorando las entrañas, que luego le renacían por la noche; ¡tormento permanente que duró siglos enteros!, hasta que el gran Hércules, vencedor de todos los monstruos, mató al buitre de extendidas alas é insaciable pico, rompió las cadenas, y puso en libertad al buen semidiós amigo de los hombres.

¡Cuánto han investigado los historiadores para relacionar el mito de Prometeo con otros de la India! ¡Cuánto para conexionalo con los mitos de Pandora y de Hércules (Heras kleos, gloria del aire)! Y ¡cuánto no se han afanado también críticos y poetas para hacer ver en el tipo de Prometeo la imagen del Genio, útil á los demás, mar-

tirio de sí propio; ó el símbolo doloroso de todos los iniciadores; la persecución del principio nuevo y su triunfo ulterior; el trasunto de la más potente tiranía vencida por los caracteres inflexibles!

Pero el mito de Prometeo de nada parece ser tan perfectamente símbolo como de los trabajos, esfuerzos y ansiedades de los inventores modernos ó de la ciencia actual, que toma el fuego del sol para beneficio de los hombres; que se ha visto aventada por las alas de las preocupaciones y devorada por el buitre de los fanatismos; encadenada por las tiranías del Tiempo y del Espacio; útil para los demás y martirio de sí misma; liberada al cabo por la gloria del vapor, y triunfante sólo al fin, como aparecen siempre de toda tiranía los caracteres inflexibles, en duelo eterno con todos los obstáculos. Prometeo dió vida con el fuego á una criatura, obra de sus manos: la Ciencia, con la energía del sol, da vida á toda esa generación innúmera de jayanes formados de bronce y de acero por la mano del hombre; incansables, obedientes, que no sienten jamás ni fatiga ni sueño; esclavos que nunca se amotinan; sin concupiscencias de inmoralidad, porque no piensan en sí propios; que trabajan noche y día en los grandes talleres de la industria, ó arrastran trenes inmensos sobre barras férreas; ó cabalgan majestuosos sobre las ingentes olas huracanadas, desafiando tranquilos las borrascas de los mares.

* * *

Sí: todo el mundo conoce algo por lo menos de los prodigios mecánicos del calor. Á todos ha llegado ya la

Buena-Nueva de que el calor es la fuente de la energía mecánica ; á todos que el sol continúa hoy fijando el carbono en las plantas como en la época carbonífera del planeta ; todos saben que hasta la energía de los motores hidráulicos al sol se debe ; que el lumínar diurno constantemente hace subir á la atmósfera en forma de vapores, desde la superficie de los mares, millones y millones de toneladas de agua, confiadas á los vientos para que ellos conduzcan las nubes á lo alto de las montañas y alimenten constantemente las fuentes y los ríos ; todos han oído, por lo menos, que el sol es también la fuente de la vida ; pero hasta el entendimiento de muy pocos ha penetrado científicamente la idea de que el calor es en los animales (lo mismo que en las máquinas de vapor) efecto únicamente de la combustión : de la combustión fisiológica de nuestros alimentos.

La fuerza muscular es, pues, hija de la combustión. No hay más diferencia, sino en la clase de combustible que cada animal quema. El caballo, paja. El hombre, trigo, substancias animales, etc.

Pretendía un contratista probar que el afrecho era excelente alimento para los soldados ; mas le atajó un recluta, diciéndole : «Sí, excelente ; pero en forma de gallina».



Sin adecuada alimentación no hay fuerza muscular ni vida sana. Alimento escaso es sinónimo de labor mezquina, de enfermedad, de muerte. Para que el trabajador produzca mucho ha de comer ración cumplida. Sin

carbón bastante, no deja atrás al ciervo, ninguna locomotora. Á media ración, el trabajador languidece y hace poco. ¿Quién puede esperar vigor ninguno, en los días de prueba, de una tripulación mal alimentada?

*
*
*

Dondequiera piden los proteccionistas que se recarguen en el arancel todas las partidas referentes á la importación de manufacturas y de alimentos. Sólo exceptúan las materias primas.

Pero, si no se les ocurre impedir en absoluto la entrada del carbón fósil, origen de toda fuerza mecánica, ¿por qué clamorean con tanta pertinacia por derechos arancelarios que impidan la entrada, cuando haya carencia de cereales, ORIGEN DE TODA FUERZA MUSCULAR? No quieren que deje de entrar el carbón, porque sin su calor mermaría toda producción mecánica, toda industria en gran escala, y moriría todo tránsito á gran velocidad; pero pretenden, ¡raro absurdo!, que, no entrando trigo cuando se inicie el hambre, continúe exuberante la producción dependiente de la fuerza animal! ¿Quién trabaja con hambre? ¿No es «PAN Y TRABAJO» el grito de los motines del hambre? ¡La protección se asusta del incendio de una fábrica, del golpe iconoclasta que inutiliza un mecanismo; pero clama contra los que no quieren que perezca el mejor de todos los mecanismos, la persona del obrero! No: que ningún hambriento carezca de pan. « ¿En qué principio (exclama sir Lyon Playfair), en qué justicia os apoyáis, ¡oh, proteccionistas!, para querer derechos

arancelarios sobre el alimento, quedando libre de ellos el carbón?»

* * *

Y todavía, si el precio de los cereales protegidos por un exorbitante arancel permaneciese estacionario, el perjuicio, con ser tremendo, no merecería el dictado de irritante.

Pero es un hecho SIN EXCEPCIONES (todas las estadísticas lo acusan) que, si una producción indígena deja ganancia á un precio tal como ciento cuando la importación es libre, no bien se la ampara con un derecho protector cualquiera, digamos de 50, de 80, de 100, el género protegido aumenta inmediatamente de precio hasta el máximo de la protección; y de 100 á que los indígenas se lo procuraban, asciende á 150, á 180, ó á 200.

Esto, á todas luces, no merece más que una calificación: es perfectamente injusto; por más que sea muy legal.

VI.

Y he aquí por qué, además de los argumentos sacados de las ciencias naturales, los librecambistas ingleses se ven obligados, hoy por hoy, á robustecer sus racionios, recordando los fundamentos esencialmente políticos de toda buena tributación.

* * *

Las contribuciones son el tributo pagado por los ciudadanos: en primer lugar, para protegerse contra la violencia, contra el robo, contra el asesinato, contra toda especie de crimen; y, en segundo lugar, para obtener colectivamente, y por tanto con dispendio menor, las comodidades que les son necesarias, alumbrado, irrigación, etc.

La contribución, por tanto, nunca tiene por objeto favorecer determinadas clases: fabricantes, agricultores, nobles....

La contribución, en fin, no debe exceder de lo estrictamente indispensable para pagar los servicios que aseguren la paz y la vida de cada contribuyente.

* * *

Dados estos principios, se ve lo injusto de favorecer á algunos á expensas de todos, y la inepticia de exigir más de lo preciso (como en los Estados-Unidos de la América del Norte, donde el Arancel es tan absorbente, que en la actualidad hay un sobrante, en los sótanos de la tesorería de Washington, ¡nada menos que de 150 millones de duros!).

VII.

Aunque no puede darse ocasión más propicia para insistir en los funestos resultados del proteccionismo norte-americano, ha llegado el instante de poner fin á este escrito.

Su objeto está cumplido: dar cuenta de la novísima fase de los debates en la librecambista Inglaterra.

No son las anteriores malas cosechas las causas permanentes de la crisis económica que aflige á todo el mundo, sino la baratura y celeridad de los transportes, que han concluido con todos los mercados de localidad.

Erizar el arancel con derechos protectores, es mermar las fuerzas obreras del país, y ruinoso medio de enriquecer á unos pocos á costa de la miseria de los muchos; porque los productos protegidos no permanecen nunca estacionarios, antes bien suben de precio inmediatamente hasta el máximum del derecho protector.

Por último: tan injusta es la tributación excesiva, como la que tiende á enriquecer á los pocos á costa de los muchos.

E. BENOT.

EL QUIJOTISMO

EN EL MUNDO GENTÍLICO Y EN LA SOCIEDAD CRISTIANA.

CUANDO se usa la palabra *Quijotismo*, no parece sino que se quiere significar algo así como engreimiento y gravedad ridícula, ó aquel nimio y vidrioso pundonor que con excesiva facilidad se resiente, ó bien el prurito de hacerse juez ó defensor de cosas que sin entrometimiento no pueden tratarse.

No entendemos emplear el vocablo en ninguna de estas acepciones, sino en otra mucho más respetable y elevada, que el Diccionario de la Academia ha aceptado por fin en su postrera edición, definiendo el QUIJOTISMO : *Exageración en los sentimientos caballerosos.*

En este sentido, consiste el quijotismo en un exceso de generosidad y nobleza; y como éste, en su más alta expresión, llega al absoluto y espontáneo sacrificio que el hombre hace de su voluntad, de sus gustos ó de su vida en servicio de Dios ó del prójimo, resulta que decir *qui-jotismo*, vale tanto como decir *abnegación*, que es la más sublime de las virtudes.

En verdad, es tan grande el apego á la existencia que el instinto de conservación nos inspira, son tan vehementes los apetitos de la concupiscencia y tan voluptuosas las horas transcurridas en apacible calma, sin agitación de espíritu, sin la desazón de la duda que atormenta el ánimo del filósofo, sin los azarosos vaivenes que hacen buena la máxima de Job : *Batalla es la vida del hombre sobre la tierra*, que el amor á la lucha y el desprecio del peligro son patrimonio exclusivo de algunos seres privilegiados.

Los entes vulgares, los espíritus adocenados que no experimentan sino las sugerencias de la carne, que no sienten las necesidades del espíritu y se figuran vivir porque vegetan tranquilamente, esos no comprenden la sublime voluptuosidad del riesgo espontáneamente arrojado y de la muerte generosamente sufrida. El que sucumbe peleando en defensa de su ideal político, es un héroe para el patriota ; el que es sacrificado propagando la Religión de Cristo, es un mártir para el cristiano. Pero el egoísta, pasándose de avisado, mófase de estas exaltaciones con aquella rústica necedad que tan á menudo usurpa el nombre de buen sentido.

¿Quién le mandaba al patriota batirse en la barricada? ¿Qué necesidad tenía el misionero de hacerse martirizar por los salvajes?

Al hacer estas y otras semejantes observaciones, no le ha ocurrido nunca preguntarse á sí mismo qué sería de él y de la sociedad si no hubiesen existido nunca esos fanáticos, cuya santa locura consiste en posponer la propia dicha al bien ajeno.

Juzgado con tan grosero criterio, Don Quijote no es más que un gracioso demente que anda suelto por estos mundos, siendo el hazmerreir de las doncellas y el entre-

tenimiento de los maleantes ; aporreado por jayanes y malandrines y ridiculizado hasta por gente muy principal, discreta y honrada.

Y, sin embargo, ¿quién no ve en todo esto una profunda y amarga filosofía? Porque al cabo Don Quijote es un hidalgo sin tacha, á quien acaecen tantos contratiempos y abruman tantas adversidades, más por sobra de corazón que por falta de seso; es un vivo ejemplo de lo pernicioso que es el desequilibrio en las facultades del espíritu, sobre todo cuando el sentimiento descarría la inteligencia, sustituyendo la voz de la razón por los espejismos de una soñadora fantasía. Porque Don Quijote fué un soñador sempiterno é incorregible, á prueba de desengaños, y esencialmente refractario á la realidad, de puro enamorado de lo ideal, quimérico é irrealizable. Habíase forjado allá en su calenturienta imaginación todo un mundo convencional poblado de hadas, gigantes, brujas y vestiglos, de malignos encantadores y doncellas doloridas, y arremetía con esos monstruos lanza en ristre, y jactábase de libertar á esas víctimas de la perversidad, volviendo á fuer de buen caballero por los fueros de la justicia ultrajada.

Á tal punto le había traído toda aquella balumba de inverosímiles aventuras, que por su mal le habían contado los libros de caballerías.

* * *

¿De dónde procedían esos disparatados engendros literarios, tan exuberantes de fantasía como exhaustos de buen sentido? ¿Á qué época remonta el origen de su nú-

cleo primitivo?.... Yo tengo para mí que data de los primeros albores de la civilización, y que ha ido desarrollándose sin cesar á través de las más enormes distancias de tiempo y de lugar, sin experimentar otras modificaciones que las que han ido imprimiéndole los siglos con el aluvión de las ideas y los diversos pueblos de la tierra con la genial influencia emanada de sus respectivos climas.

De todas suertes, ello es que el tema fundamental, invariable y característico de estos poemas es tan antiguo como el mundo; como que consiste en la lucha perenne, en el eterno contraste entre el bien y el mal, que parece reflejarse en la lucha, y el contraste que observa el hombre entre la luz y las tinieblas: de donde nació en el candoroso espíritu de los primitivos vates la mitología naturalista, que reflejó en los Vedas todas las pompas y esplendores del firmamento sereno, toda la lobreguez y todos los siniestros relámpagos del cielo tempestuoso.

De la personificación de los espectros nebulosos y de los fenómenos meteorológicos, tan espléndidos y grandiosos en Oriente, nació toda una teogonía naturalista, en la cual se encarnan y reflejan también las pasiones, las dudas, las esperanzas y los terrores de aquellas remotísimas generaciones. Los dioses, en último resultado, no son más que la forma plástica de los sentimientos humanos.

En esas leyendas, que se complican y entrelazan en la fábula mitológica, como los matorrales y las lianas en las enmarañadas selvas de la India, brilla siempre el sentido moral con refulgente viveza, transformando las nociones abstractas de la virtud y la justicia, del vicio y de la iniquidad, en seres corpóreos que rudamente batallan disputándose el imperio del mundo.

Así, en la grande epopeya India que Valmiki escribió

quince siglos antes de Jesucristo, Rama,—encarnación del dios Vishnú, segunda persona de la trimurti,—personifica al genio del bien peleando sin tregua con la arrogante iniquidad de los númenes perversos. Ese magnánimo príncipe, heredero de un opulento y poderoso monarca, abandona los deleites de la corte para combatir á los monstruos que turban la santa paz de los anacoretas; y desde aquel momento empieza á correr aventuras, mostrando en todos sus actos la intrepidez de un guerrero incomparable unida á la perfección ideal del santo. Consuela con tierna elocuencia á los afligidos, compartiendo su pena y enseñándoles á sobrellevarla con firmeza; auxilia y liberta á los oprimidos, exterminando á sus verdugos; proclámase defensor de la debilidad y campeón de la inocencia, y formula su profesión de fe, diciendo á su esposa, la incomparable Sita:—*La mano del guerrero empuña el arma para impedir que la opresión haga gemir al desgraciado.*

Dudo que sea posible compendiar en más sucintos términos el espíritu y el objeto de la caballería andante.

Cierto que el elemento maravilloso tiene en el Ramayana proporciones tan grandiosas, que las creaciones más atrevidas de las literaturas occidentales parecen desmeдрadas y raquíticas, comparadas con las escenas fantásticas de ese poema estupendo. Pero no hay que echar en olvido que en él contienden los dos principios, tomando parte en la lucha todos los elementos, porque el héroe es un ser sobrehumano, es un dios descendido á la tierra para entronizar el bien y confundir la malicia.

Me he fijado de intento en estas circunstancias, porque explican perfectamente la doble naturaleza de esos protagonistas de la grande epopeya dualista, cuyo tema fundamental ha sido el eterno y obligado argumento de las

más admirables creaciones que ha producido en todas épocas el ingenio literario.

El pueblo griego, tan propenso á dar forma concreta y plástica á sus ideales, definió y clasificó á esos tipos privilegiados poniéndolos entre los dioses del Olimpo y los habitantes de la tierra, concepción profundamente filosófica, pues las altas virtudes de esos campeones del derecho son como un lazo moral que une á la frágil criatura, prendada de una perfección inasequible en este mundo, con las regiones celestes, en donde espera ver realizados sus ensueños.

Así apellidaron los griegos á esos excelsos espíritus *héroes* ó *semidioses*, por asignarles un origen semidivino; pues, como dice Platón en su *Cratylo*, todos son hijos del amor de un dios á una mujer de la tierra, ó de la unión de un mortal con una diosa.

En esta sublime categoría incluyeron á los valerosos helenos divinizados por la fábula á causa de las admirables proezas que habían hecho en bien de la humanidad y de la patria.

No interviene ya en las aventuras de éstos aquella abigarrada muchedumbre de genios de todo linaje y catadura que caracterizaban las fuerzas naturales y la pugna de encontrados elementos físicos y morales en los viejos poemas de Oriente. El estro de los occidentales es menos exuberante, más modesto y positivo; pero el tipo conservó incólumes sus caracteres esenciales.

Teseo mata á Perifetes, á Sinnis y á Procusto, desalmados aventureros que infestaban el territorio de Grecia, y al toro de Maratón, cuya indomable ferocidad tenía aterrados á los pueblos; abolió, gracias á su arrojo y al amor de la princesa Ariadna, que le enseñó á salir de las revueltas del laberinto de Creta, el ominoso tributo de

mancebos y doncellas que pagaban los atenienses al rey Minos; venció á las Amazonas, casando luego con su reina Antíope, y ayudó á su amigo Pirotoo en la temeraria empresa de robar á Proserpina, esposa del dios de los infiernos. Plutón los hizo prisioneros y los encadenó á una roca, y en ella hubo de llorar Teseo su audacia hasta que Hércules bajó á libertarle de su cautiverio.

Este fué en la antigüedad clásica el prototipo de los héroes, el más conspicuo y venerado de los semidioses, y no parece sino que todos los pueblos se han complacido en atribuirle á porfía las más inverosímiles hazañas. Ocioso fuera recordarlas. Todos sabemos cómo venció al león de Nemea; cómo mató á la hidra de Lerna, al coloso Anteo, al bandido Caco, al centauro Neso; cómo cazó el ciervo de la Arcadia y el jabalí de Erymanto; cómo conquistó las manzanas de oro de las Hespérides y peleó con los gigantes, y robó el cancerbero, y libró á Prometeo de su martirio y á Hesiona del monstruo marino que debía devorarla.

Del mismo modo libertó á Andrómeda el valeroso Perseo, el matador de Medusa, conquistando con esta hazaña la mano de tan peregrina hermosura y un reino por dote.

Honraron los griegos á éstos y á otros héroes consagrándoles templos, en los cuales se les tributaba devotísimo culto. Plutarco refiere que en Grecia existía la tradición de que en la batalla de Maratón, muchos soldados habían visto á Teseo en los aires acuchillando á los persas.

Cuando leemos éstos y otros semejantes relatos de aventuras históricas en las *Metamorfosis* de Ovidio, y en las inmortales *Biografías* de Plutarco, nos es imposible no ver en ellos otros tantos modelos y precedentes literarios de los tipos y episodios que vulgarmente se creen

característicos y exclusivos de los libros de caballerías.

Por donde, como por muchas otras cosas, se advierte y demuestra que no fué la Edad Media, por más que algunos hayan dado en decirlo, un paréntesis obscuro en la historia, sin lazo de unión con lo pasado ni con lo venidero. Estas soluciones de continuidad no existen en la naturaleza física, ni en el mundo moral. Las medias tintas, después del brillo esplendente de una civilización que desapareció al terminar su cometido, son el período transitorio durante el cual se elaboran los primeros esbozos de una evolución lógica, inevitable, y unida á las anteriores como lo está la consecuencia á las premisas.

* * *

Y esta evolución fué la más trascendental y fecunda que registra la historia: el triunfo del Cristianismo. Por la santa virtud de la fe, la energía moral de una multitud en la cuál predominaban los débiles y los desheredados de la fortuna, prevaleció sobre la fuerza y la arrogancia de los prepotentes, en la lucha entablada entre los neófitos de la nueva Iglesia y los postreros defensores de una civilización decrepita y corrompida.

La semilla del progreso germinó fecundada por la sangre de los mártires. El heroísmo no fué ya monopolio de los fuertes según la carne. La virtud y el valor cesaron de confundirse, ó, mejor, legitimóse la confusión que de ambas cualidades hacía la lengua latina, proclamándose que la virtud era la esencia misma del valor verdadero.

Imitando la abnegación del divino Maestro, los cristianos abominaron del egoísmo, y, viendo un hermano en

cada prójimo, reemplazaron la noción, muchas veces arrogante y bárbara, del patriotismo, por la de la caridad evangélica, que transforma á la humanidad entera en una sola familia.

Así brotaron como por ensalmo en las extensas soledades, cubiertas de venerandas ruinas por la tea de los bárbaros, tantos monasterios, en donde se salvaron del tremendo naufragio los gérmenes aprovechables de la civilización antigua, y se brindaba con puertos de refugio á los flacos de espíritu que temían zozobrar en la tempestuosa agitación de aquella sociedad batalladora.

Pero la existencia de aquellos ascetas no fué meramente contemplativa ni perezosamente mística. Los monjes cultivaron las ciencias, civilizaron á los bárbaros y desmontaron los terrenos incultos, luchando con la ignorancia de los hombres, con la resistencia del suelo y con la ferocidad de los brutos indómitos que habían establecido sus guaridas en las derruidas fortalezas de las legiones y en las incendiadas quintas de los patricios romanos.

Esta lucha perenne, tan ruda y á la sociedad entera tan provechosa, hace del monje un héroe santificado por la fe, por la plegaria y el sacrificio. ¡Época singular aquella en la cual, como ha dicho Littré, los ejércitos eran monjes, los héroes santos, las fortalezas conventos y las victorias conversiones!

En el poema de Valmiki y en los dramas de Kalidasa, los anacoretas de la India consiguen subyugar la naturaleza á fuerza de oraciones y de duras penitencias; en la fábula mitológica de los griegos, los héroes doman los monstruos más espantables; la leyenda cristiana nos pinta al monje domesticando á las fieras y compartiendo amigablemente con ellas las selvas que cubren la devastada Europa, y le atribuyen un poder milagroso sobre to-

dos los animales, que recuerdan el que tuvo Adán, antes que por haber perdido la inocencia fuese arrojado del paraíso.

Este dominio sobre la Naturaleza es uno de los más notables elementos, por no decir el más importante, de cuantos constituyen el género fantástico, así en Oriente como en las regiones del ocaso. No es de extrañar, por consiguiente, que lo encontremos también en las más antiguas tradiciones de la Europa cristiana; esto, prescindiendo de que en muchos casos debió de existir un fondo de verdad en ellas.

Pero, después de haber advertido la profunda modificación que la influencia de la Religión cristiana imprimió á la noción del heroísmo, en otros tiempos exclusivamente desplegado por el vigor físico y la intrepidez guerrera, ocúrrenos averiguar la influencia que cabe atribuir á las invasoras tribus del Norte en el carácter y el desarrollo que tuvo el elemento maravilloso en las literaturas europeas durante la Edad Media.

«Los germanos no aportaron—á la nueva civilización—sino la mitología de Odín, una industria grosera y una colección de cantos bárbaros (1).» Pero esa mitología y esos cantos, compilados en el *Edda*, son por todo extremo curiosos é instructivos. Prolija y enfadosa fuera la enumeración de los muchísimos puntos de semejanza que se notan entre las leyendas de la antigüedad clásica y las de esos pueblos septentrionales de Europa, no sólo en lo que atañe á los caracteres, sino en lo relativo á los principales episodios y á los más importantes pormenores de las prodigiosas aventuras que son asunto de ellas.

Tales y tan numerosas son esas analogías, que Cox,

(1) LITTRÉ : *Le polyptyque de l'abbé Irminon.*

Gubernatis y otros ilustres campeones de la escuela alegorista, han sacado de este hecho uno de sus principales argumentos para negar redondamente que la tradición histórica haya tenido participación alguna en el génesis de los mitos.

Estos, al decir de los alegoristas, no representan sino los fenómenos meteorológicos compendiados en la eterna lucha de la luz y las tinieblas; pero sea como fuere, la imaginación popular y el ingenio de los vates han transportado esta lucha al terreno moral, y ahí el héroe es la encarnación del principio del bien y el instrumento de la divina justicia.

Por lo que respecta al espíritu genuino y característico de los poemas caballerescos, sin duda fué engendrado por el genio del Cristianismo, sentido por la raza germánica con aquella delicadeza que, en medio de su rusticidad, la inducía á tratar á la mujer con un cariñoso respeto que no había sabido consagrarle la brillante cultura de los griegos y los romanos.

De la exageración de este sentimiento nació la poética adoración á la belleza femenina; pero adoración casta y desinteresada, que puso en moda el amor platónico ideal y profundamente cristiano de los caballeros andantes, los cuales, al acometer una arriesgada empresa, solían invocar á sus damas, juzgando que había de bastar este recuerdo para centuplicar el aliento de su corazón y la fuerza de su brazo.

Este idealismo es una verdadera reacción hacia los puros manantiales de la civilización indo-germánica. Rama es un grande ejemplo de las más nobles virtudes caballerescas. Los héroes de Grecia y Roma no supieron elevarse jamás á tan sublimes alturas.

Que esta milicia voluntaria y nobilísima ha existido

en efecto, no cabe dudarlo, bien que no tan idealmente perfecta como la pintan los libros, porque ya es sabido que la flaqueza moral del hombre no alcanza sino muy raras veces esa perfección soñada por la fantasía del poeta. Como quiera que sea, la rudeza de costumbres de aquellos tiempos, la anarquía permanente que en muchos lugares hacía á los débiles víctimas de la prepotencia de los violentos, y el aislamiento en que vivían los nobles en sus castillos y los monjes en sus monasterios, eran circunstancias muy favorables para el desarrollo de la caballería andante y de la literatura fantástica que nos ha relatado esas prodigiosas aventuras.

Es asimismo indudable que las máximas de honor y cortesía que se inculcaban á los caballeros, y cuya estricta observancia se les exigía con solemnes juramentos, debieron contribuir muy eficazmente á templar la rudeza de las costumbres, moderando los impulsos de la sensualidad pagana y la violencia de los bárbaros con aquel santo espíritu cristiano que hacia los superiores se llama sumisión, respecto á los inferiores caridad, y en el trato entre iguales cortesía.

Esta milicia, esencialmente cristiana y tan celebrada en los cantos de los trovadores, fué un germen de heroísmo y de cultura de sentimientos, y produjo un plantel de vigorosos paladines, cuyas hazañas se hicieron populares en toda Europa, y aun fuera de ella, como lo atestigua el hecho de haber pedido el mismo Saladino las insignias de la caballería.

Si buscásemos la nota dominante y característica en las creencias populares y en la literatura de aquellos siglos respecto á la eterna cuestión del dualismo, la hallaríamos en la fe inquebrantable que aquellas generaciones tan cristianas tenían en la Omnipotencia divina. Suma y com-

pendio de esta fervorosa convicción es el poema de Dante Alighieri.

El dualismo de la *Divina Comedia* es el dualismo de la Escritura, en la cual no lucha Satanás con Jehová de igual á igual, como Siva con Brama en la India, Arimanes con Ormuzd en Persia, y Set con Osiris en Egipto. María quebrantó la cabeza de la serpiente. Los rugidos de los espíritus protervos no pueden conmover los cimientos del universo ordenado por el Omnipotente Demiurgo, ni llegan hasta la Jerusalén inmortal, donde moran los justos gozando de la eterna bienaventuranza. Así no andan confundidos en este poema los númenes benéficos con las potestades malignas, que tan á menudo se codean y barajan en las leyendas populares.

Dante, que en el fondo era un gran teólogo, concibió la lucha de los dos principios con un criterio irreprochablemente ortodoxo. La musa popular, menos escrupulosa, y, como se dice ahora, más humana y menos propensa á los místicos arrebatos y á las alegóricas abstracciones del gran poeta florentino, reproduce los tipos legendarios del paganismo sin darse cuenta de ello, no repudiando de esta antigua herencia sino la enervadora doctrina del fatalismo, inconciliable con el dogma cristiano de la divina Providencia.

El monje y el caballero, representantes de las dos clases que monopolizaban en aquellos tiempos el saber y la riqueza, la fuerza material y la influencia moral en la sociedad europea, estaban siempre aparejados para luchar con el mal, cualquiera que fuese su índole y apariencia. Sabían que el diablo y sus satélites se disfrazan con más variedad de formas que el mismísimo Proteo; que con los abominables artificios de la magia negra obra el infierno prodigios muy estupendos, como lo hizo en la Tebaida

poniendo á prueba la continencia de San Antonio, y que el genio de las tinieblas tiene á sus órdenes inmensas legiones de brujos, hechiceras, vampiros y otros mil monstruos de todo jaez, capaces de amilanar con su solo aspecto á cualquier hombre no revestido de la gracia que confieren el orden sacerdotal y el de la caballería. El monje dispersaba con sus conjuros, y el caballero ahuyentaba con su espada á esas potestades del Averno, que tanto amedrentaban al vulgo plebeyo é indocto.

Mas la primera condición para la eficacia del exorcismo era la pureza de conciencia del exorcista, ora empuñase el hisopo ó la tizona. Así, por su espíritu y por sus estatutos, por sus costumbres y sus ceremonias, la caballería fué una institución esencialmente cristiana. Aceptando la tregua de Dios, y afianzándola con su ayuda, probó la humilde sumisión con que acataba el poder de la Iglesia; desnudando el acero, y arrojándose al Oriente para rechazar la invasión de los musulmanes, combatirlos en su propio territorio y rescatar el sepulcro de Cristo, coronó épicamente su fama.

Las Cruzadas fueron como la apoteosis de la caballería. De las Cruzadas salieron las Órdenes militares, realización de un ideal religioso y político, que reunía en una pieza y compendiaba en un tipo el místico fervor del creyente y la impetuosa intrepidez del guerrero.

Por ambos lados se apellidaba santa la guerra. Pero si se consideran los estrechos votos que hacían los caballeros del Hospital y del Temple, y muchos otros que no servían obligados á ello por ninguna regla monástica; si se tiene en cuenta que el Romano Pontífice hacía brotar ejércitos del suelo, merced únicamente á la elocuencia de sus Legados, mientras que el Califa de los musulmanes disponía por esta cualidad de colosales ejércitos;

si se compara la austeridad de que hacían gala los campeones de la Cruz con el sensualismo que los mahometanos reflejaban hasta en el mismo Edén, y con la ferocidad de las sectas que opusieron á nuestras milicias, y á una de las cuales deben los vocabularios europeos la palabra *asesino*, presto se comprenderá de qué parte estaban la santidad y la devoción desinteresada.

Esto no es decir que más adelante no entrasen á intervenir en la cuestión,—que hoy llamaríamos de Oriente,—y como importantísimos factores, los intereses políticos y mercantiles, que en los primeros tiempos enmudecieron eclipsados por aquella grande explosión del sentimiento religioso.

Pero entretanto, se difundían las costumbres caballerescas, que tanto contribuyeron á propagar la tolerancia, con grave escándalo de los Papas; aumentaba el comercio de productos y de ideas entre Europa y Asia, y,—como tantas veces ha acontecido,—convertíase la guerra en vehículo de la civilización y del progreso. Desde la tercera Cruzada, ya es evidente el predominio del elemento guerrero sobre el religioso, que es decir la transformación del carácter místico de los primeros tiempos en carácter político y caballeresco.

En suma: las Cruzadas no fueron una sublime calaverada, como han dicho algunos, sino una grande empresa, acometida con la ayuda y el impulso de la Religión, y cuyos resultados fueron hacer imposible el triunfo de la barbarie asiática, aumentar las relaciones científicas y artísticas entre el Oriente y el Occidente, acostumbrar á cristianos y sarracenos á ese espíritu caballeresco, que hace justicia á la hidalguía sin acepción de sectas, y coadyuvar al advenimiento del tercer Estado en la sociedad europea.

Á pesar de la restauración de los municipios y del establecimiento de las Cortes, no dejó por esto la leyenda popular de perpetuar las fechorías que perpetraron y los tremendos castigos que sufrieron muchos desalmados que, ensoberbecidos por su prepotencia, hostilizaban sacrílegamente á la Iglesia y oprimían á los inermes villanos. Eran reminiscencias de un tiempo que aún no había enteramente pasado.

Pero la influencia de la Religión, que imponía al guerrero la protección al débil y el espíritu caballeresco que le obligaba á venerar á la mujer, diéronle una tendencia á lo ideal que los trovadores han inmortalizado en conmovedores relatos.

Tal es la que podríamos llamar edad de oro ó período de apogeo de la caballería.

Pero aquellos valerosos paladines que, sin darse cuenta de que seguían las huellas de los más antiguos héroes mitológicos, creían hacer remontar á una época muy lejana su genealogía fijando sus orígenes en la época de Carlo Magno y en la del rey Arturo de Bretaña, sucumbieron á la ley común é ineludible de todo lo creado.

También sonó para la caballería la hora de la decadencia. Porque los sublimes sentimientos que constituían su misma esencia fueron poco á poco debilitándose, reemplazándolos un frío artificio, y porque á la anarquía de la era feudal sucedió un período de mayor estabilidad política, de más orden social y más correctas costumbres, y entonces la caballería no fué ya necesaria, ni útil, ni respetable, ni respetada. No quedaba de ella sino la forma, que, desprovista del sentimiento, resultaba ridícula, y todos cayeron en la cuenta de que la tal institución era excesiva en sus pretensiones, jocosa en sus procedimientos,

enfática en su programa , y, por decirlo de una vez, grotesca y pasada de moda.

* * *

Entonces bastó para derribarla y reducirla á polvo la carcajada inmortal de Cervantes. Pero éste no zahirió los sentimientos caballerosos que elevan al hombre sobre el común y vulgar nivel de los mortales, porque su genio incomparable iba unido á un corazón de oro, sediento de bondad y de justicia, y que había sufrido mucho en este valle de amargura.

- Lo que Cervantes satirizó, anatematizó y destruyó fué la risible é insoportable parodia que la caballería estaba haciendo en su época de decadencia de la grande institución que tantos servicios había prestado á la civilización y al género humano. -

En una época de tosquedad y violencia, la caballería fué germen de nobleza é idealismo: en un siglo de refinada cultura, recordaba con sus trasnochadas exageraciones la grosería de antaño, sin que la mitigase el idealismo que la había entonces ennoblecido.

Prolijo y enfadoso fuera repetir aquí lo que tantísimas veces se ha dicho acerca del simbolismo y contraste filosóficos que resultan de los dos tipos de Don Quijote y Sancho Panza, y excusado recordar los muchos párrafos de este inmortal poema, en los cuales se complace el Príncipe de los ingenios en pagar su tributo de admiración á las virtudes caballerescas. Pero no podemos resistir la tentación de recordar cuán discreta y donosamente las hace ponderar por su héroe, cuando exclama, bara-

jando lo real con lo fantástico y lo sabio con lo mentecato en su perturbado entendimiento :

— «Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos ; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean ; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno (1)....»

Quítense de este razonamiento los resabios de supernaturalismo, y quedará hecho el retrato del caballero sin tacha y del hombre justo, según el espíritu y preceptos del Evangelio.

Todas las naciones cristianas citan con orgullo los nombres de algunos de estos tipos caballerescos, ora verdaderamente históricos, ora meramente legendarios. En España, el Cid Campeador; en Francia, Bayardo; en Inglaterra, el rey Arturo, son cifra y personificación de las virtudes que caracterizaban al perfecto caballero.

Á la verdad, esta heroica y voluntaria milicia había prestado inapreciables servicios al orden social y á la humanidad luchando en defensa de la justicia, uniendo con los lazos de la hidalguía á los más bravos y generosos paladines del mundo y enseñando á respetar el valor, la virtud, la debilidad y la inocencia á una sociedad harto propensa á postrarse ante la arrogancia de la fuerza. Su fanatismo por lo ideal fué un saludable contrapeso á la rudeza de unos siglos que, si atemperaban su conducta á la letra de los preceptos religiosos, raras veces alcanzaban á penetrarse de su espíritu con sano discernimiento.

(1) *Don Quijote*, par. II, cap. XXXII.

Á ella debemos la *cortesía*, que en propiedad no es sino la forma social de la caridad cristiana.

Los progresos de la civilización, el triunfo de la realeza sobre la anarquía feudal, el establecimiento de los ejércitos permanentes, y, más que nada, sus propias locuras y extravagancias, dieron al traste con la caballería, cuyos postreros y desmayados destellos brillaron en la corte de Carlos de Borgoña, no tanto por su propia virtud, como por la de un vano artificio.

Pereció cuando, por no ser ya necesaria, se había convertido en chocante anacronismo; cuando la ilustración pública hizo mofa de sus leyendas; cuando el frívolo discreteo y la vidriosa susceptibilidad reemplazaron los grandes sentimientos que antaño la vigorizaban; cuando la organización de los Estados modernos hizo imposibles sus hazañas.

El Renacimiento le dió el golpe de gracia. Y aquí podríamos añadir que la enterró con todos los honores de la guerra. El Ariosto, en su bellísimo é inmoralísimo poema, remozó con sobresaliente ingenio las tradiciones literarias de los libros de caballerías. Torcuato Tasso, admirador entusiasta de Camoens y del Ariosto, sustituyó con la intensidad del sentimiento religioso el patriótico vigor del primero, y con la correcta elegancia del clasicismo la viveza de colorido y la voluptuosa sensualidad del segundo. Cantó la grande epopeya cabaleresca : las Cruzadas, haciéndose perdonar su despilfarro de retórico artificio por la vehemencia y sinceridad de sus sentimientos, que le impulsaron á considerar la caballería como una noble y santa institución, de la cual no quiso recordar sino las grandezas de su período heroico, dando al olvido las deplorables caricaturas que engendró en su triste decadencia.

:

Á fuer de erudito é idólatra de las obras maestras de la antigüedad, llenó su poema de reminiscencias clásicas. Reinaldo, encantado por el amor en los jardines de Armida, trae á la memoria el apocamiento y abyección de Hércules hilando á los pies de Onfala; su Godofredo de Bouillon habla como Eneas en el poema de Virgilio, y su descripción del cielo, no sólo no tiene nada que ver con la teológica concepción dantesca, sino que recuerda el *Sueño de Escipión* punto por punto.

— Excusado fuera hacer presente cómo arraigó y tomó creces la caballería en nuestra España, considerada por las naciones como el país clásico de la hidalguía. El esplendor de los cielos, la benignidad del clima, la opulencia de la vegetación, la hermosura de las mujeres, el fervor de las creencias y el tesoro de leyendas populares acumulado por espacio de siglos durante la porfiada lucha de nuestros mayores con las huestes sarracenas, eran elementos más que sobrados para inflamar la fantasía de los poetas y alimentar los sentimientos caballerescos que tan vivos resplandecen en los altos hechos de los reyes y los guerreros de Castilla, de los condes de Barcelona, de Jaime el Conquistador, y su heroico hijo Pedro el Grande.

Y por cierto que este espíritu, no sólo se advierte en los romances y en las crónicas de la Edad Media, en las leyendas nacionales que idealizaban nuestra historia y en los ingenuos y admirables relatos de Desclot, Muntaner y Ayala, sino también en las obras literarias de la época del Renacimiento y en las inmortales creaciones de nuestros dramaturgos del siglo xvii.

Díganlo tantos dramas y tantas comedias de capa y espada como Calderón ha escrito, que, si bien adolecen del amaneramiento que fué achaque general de su tiempo, inspíranse todos en los nobilísimos sentimientos del

honor y la cortesía. Es un honor demasiado puntilloso ; es una cortesía que degenera á veces en afectación y gongorismo ; pero, así y todo, el sentimiento caballeresco es el alma que palpita en el fondo de estos dramas, y anima sus caracteres, y da calor á sus escenas é interés á sus argumentos.



Cuando el público, hastiado de las desmañadas parodias con que se remedaba á los antiguos, fingiendo sentimientos no experimentados y usando un lenguaje convencional y empalagoso, profirió aquella famosa exclamación : *¿Quién nos librará de los griegos y los romanos?*, poetas y prosistas hallaron un abundoso manantial de inspiración en los dramas, los romances y las leyendas de la vieja España.

El triunfo de la escuela romántica fué la apoteosis de la Edad Media. Goethe la había hecho revivir en *Fausto* ; Víctor Hugo la resucitó en *Nuestra Señora de París*.

Y es un curioso fenómeno el de esa resurrección, si se considera el novísimo aspecto con que aparecieron los héroes caballerescos y el nuevo campo que eligieron para sus aventuras, acomodándose á las ideas y costumbres de la sociedad moderna.

El tipo no había muerto. Estaba como aletargado por un sortilegio semejante al que hizo dormir en el bosque á la bella encantada del cuento de Perrault. Su despertar fué saludado con una explosión de entusiasmo.

¿Qué otra cosa es sino una serie de libros de caballerías, aquella tan larga de novelas que escribió Alejandro

- Dumas, el padre, contándonos la historia de Francia en una colección de cuadros tan llena de tipos y sucesos portentosos, que, más que hombres y hechos de la vida real, parecen mitos imaginados por una sociedad cándida y soñadora?

¿Quién no ve un caballero andante hecho y derecho, por más que sea de nuevo cuño y á la moderna usanza, en aquel Edmundo Dantés, á quien transformó el cautiverio en sabio, archimillonario y *Conde de Montecristo*?

¿Qué es sino un enderezador de tuertos y desfacedor de agravios resucitado en pleno siglo XIX aquel príncipe Rodolfo de los *Misterios de París*, á quien Eugenio Sue atribuye la humorada de expiar su falta dirigiéndose á París para acometer una empresa que bien pudiera haber realizado en su patria?

¿Qué tienen de verosímil y qué no tienen de sobrehumano los héroes de *La Sociedad de los trece* de Balzac?

Los tres valerosos hermanos que hacen tanto derroche de intrepidez y astucia en *El hijo del diablo* y el hidalgo y valiente Lagardère en *El Jorobado*, son también del linaje de los paladines, ni más ni menos que Roldán, Oliveros, Tristán y Lanzarote, aunque hubiesen consagrado su existencia entera á una sola empresa, la protección á un niño perseguido, argumento conmovedor que Pablo Féval ha explotado de mil maneras y á las mil maravillas.

La inocencia calumniada, la debilidad oprimida, la miseria ultrajada, son asuntos de los cuales, novelistas y dramaturgos han abusado á porfía, incurriendo en los dislates del Quijotismo decadente. Del socorrido convencionalismo de esta escuela bastarda han nacido, como axiomas del arte dramático, los indiscutibles principios de que la perversidad anida en los palacios de los poderosos y la

virtud se alberga en la choza de los pobres, y confundiendo la autoridad con la tiranía, y la religión con el fanatismo, ha trastornado en la mente del vulgo las nociones más claras y fundamentales de la vida social y política.

Es un medio muy socorrido para cosechar aplausos. Pero sin necesidad de apelar, como Bouchardy, Félix Pyat y sus secuaces, á estas exageraciones, de las cuales dió ejemplo el insigne Schiller en sus *Bandidos*, han logrado muchos poetas dramáticos arrebatarse á la muchedumbre, siempre dispuesta á batir palmas cuando triunfa el justo y sucumbe el traidor bajo el peso de sus crímenes. Las colectividades suelen poseer íntegro el sentido moral hasta cuando abundan en ellas los perversos.

La razón y, si se quiere, la justificación de los aplausos tributados á esos héroes de la humanidad, sin duda consisten en que con sus hazañas la ennoblecen y glorifican. Todos nos sentimos orgullosos de que un ser de nuestra especie sea capaz de tanta abnegación y arrojo en pro de sus semejantes. Como hombres nos enternecemos al admirar su humanitarismo y viéndoles arrostrar con tanta naturalidad y desinterés el peligro, parécenos que nosotros haríamos otro tanto. Esta es la ventaja que llevan los héroes modernos á los héroes míticos de antaño: que éstos eran verdaderamente fabulosos, en tanto que aquéllos son humanos y de carne y hueso.

Porque la raza de los héroes no se ha extinguido todavía, ni se extinguirá mientras haya hombres sobre la tierra.

El sacerdote cristiano que, abandonando el reposo de su hogar, emigra á lejanas é inhospitalarias regiones para sembrar la semilla del Evangelio en un suelo ingrato, halla muchas veces un atroz martirio en recompensa de su celo. Muere yendo en pos de un ideal religioso. La Iglesia le

adjudica la corona de los santos. El ateo deplora su monomanía.

El sabio emplea su vida entera en buscar la verdad y promover el progreso en bien del género humano, sin acordarse jamás de su medro personal ni de los goces por cuya adquisición se desviven todos. La posteridad, agradecida, le teje coronas y levanta estatuas, pero después que en su existencia apuró hasta las heces el cáliz del dolor, siendo escarnio de ese vulgo feroz que jamás perdona al combatiente que no triunfa. Leed las biografías de Galileo y de Bernardo de Palissy; son poemas de dolor que muestran que la senda del ideal científico también está sembrada de abrojos.

El revolucionario arrostra las balas, el cadalso y la miseria en la proscripción, batiéndose por el triunfo de su ideal político. Podrá ser que al cabo de muchos años se le erijan monumentos; pero será cuando su utopía se haya convertido en realidad.

Porque hay un crimen para el cual la sociedad no tiene entrañas: el de anticiparse á sus deseos, apeteciendo con harta vehemencia las reformas y los progresos que ella aún no ha vislumbrado con claridad entera.

Luego, que no es para todos elevarse á la altura de estas grandes almas. Lord Byron y Owen, prodigando sus tesoros al primero para coadyuvar á la emancipación de los griegos, y el segundo para practicar un ensayo de sus teorías comunistas, fueron dos grandes hombres. Con todo, tuviéronles muchos por tan Quijotes como el mismísimo caballero de la Triste Figura.

Si fuera posible borrar los nombres de esos héroes y esos mártires de los anales de los pueblos y de la memoria de los hombres, el linaje humano perdería sus pergaminos de nobleza.

— El quijotismo es sublime cuando consiste en aquella santa virtud que la Religión apellida *caridad* y la filosofía *altruismo*.

¡Dichosos los pueblos que veneran á los héroes y á los mártires de la virtud, de la ciencia y del patriotismo!

— ¡Ay de las naciones y de los siglos que hacen burla de lo ideal, y no ven de Don Quijote sino los rasgos ridículos y grotescos!

Porque lo ideal es el faro del alma en las tempestades de la vida, la meta del progreso en las luchas de la civilización, y el consuelo de los desventurados en la realidad del mundo terreno.

J. COROLEU.

APÉNDICE.

Ya que de caballería andante hablamos, no parecerá tal vez inoportuna la transcripción de un curiosísimo documento que reputamos inédito, y cuya indudable autenticidad le da el valor de un dato histórico por todo extremo interesante. Es un guiaje ó salvoconducto que el rey de Aragón D. Fernando I otorgó en 16 de Mayo de 1415 en favor de un caballero andante, que andaba por estos mundos en busca de aventuras, recomendándole con grande ahinco al rey y la reina de Castilla, al rey y

la reina de Portugal, al rey de Fez, al de Granada, y á los obispos de Santiago y de Palencia. Este notabilísimo documento dice así:

«Rey muyt caro e muyt amado nieto. Nos el Rey Daragon e de Sicilia vos embiamos muyto a saludar assin como a Rey para quien querriamos que diesse Dios tanta honor e buena ventura quanta por nos querriamos. Rey muyt caro e muyt amado nieto. Como el egregio Don Luis Duch Deslize e senyor de Brege tierra Dalamanya por exercir sus actos de cavalleria e de notable renombre honor e fama entienda discorrer diversas partes del mundo e singularment vuestros Regnos e tierras Rogamos vos affectuosament que quando se acaecera el dito Duch en los ditos vuestros Regnos e tierras declinar o andar aquell con todos quantos traera en su companyia assin de cavallo como de pied querades por amor e esguard nostre recibir e acullir con buena e alegra cara e fazer les aquella buena fiesta e companyia que de vos se pertanesce e muyt bien e notablament havedes acostumbrado preservando les de todo sinistre e scandalo. Certifficando vos Rey muyt caro e muyt amado nieto que desto nos faredes muyt singular e assenyalado plazer. E si algunas cosas Rey muyt caro e muyt amado nieto de nuestros Regnos e tierras vos son plazientes con confiança nos ne scrivedes car nos las compliremos de buen grado. Dada en Valencia deius nuestro siello secreto a setze de Mayo en el anyo de la natividat de nuestro Senyor M. CCCC. XV. *Rex Ferdinandus.*»

«Dirigitur a nuestro muyt caro e muyt amado nieto el Rey de Castilla.

»Sub eisdem data signo atque mandato fuerunt expedite similes quinque littere directe Regibus et Reginiis sequentibus :

»Primo Regi Portugalie incipiens : Rey muyt caro e muyt amado thio Nos el Rey Daragon etc.

»Item Regine Portugalie incipiens : Reyna muyt cara e muyt amada thia Nos el Rey Daragon etc.

»Item Regine Castelle incipiens : Reyna muyt cara e muyt amada hermana senyora Nos el Rey Daragon etc. mutatis mutandis.

»Item Regi Granate incipiens : Al muyt alto princep Juçaff Rey de Granada nuestro muyt caro e muyt amado hermano Nos el Rey Daragon e de Sicilia etc.

»Item Regi de Benamarin e de Fez incipiens : Don Ferrando por la gracia de Dios Rey Daragon de Sicilia de Valencia etc. Al muyt alto princep Buçayde Rey de Benamarin e de Fez nuestro muyt caro e muyt amado hermano Salut como a Rey para quien querriamos muyta salut e buena ventura. Muy alto princep e caro hermano. Como el egregio Don Loys duch Deslize etc. (1)»

Sigue la carta escrita en latín con el mismo objeto á los susodichos Prelados.

No hemos podido adquirir ninguna noticia respecto á ese duque d'Eslize. El señorío alemán de Brege,—como dice el rey,—podría ser el de Bregenz, pequeña población del Tirol, con puerto en el lago de Constanza, muy importante en la Edad Media por sus fortificaciones.

J. COROLEU.

(1) *Archivo general de la Corona de Aragón*, Reg. 2387, fol. 106.

NOVELA PARISIENSE MEJICANA

Á DOÑA CONCEPCIÓN JIMENO DE FLAQUER.

MI distinguida amiga : No sé cómo agradecer á V. el que se acuerde de mí y me envíe con frecuencia y en abundancia libros publicados en Méjico, por aquí casi desconocidos. Mi deseo es hablar de todos y darlos á conocer al público español; pero el tiempo y el humor me faltan.

Entre los últimos libros que V. me ha remitido, hay uno que me agrada sobremanera. Su autor, D. José María Roa Bárcena, es de los hombres más eminentes y simpáticos de ese país. Conozco sus poesías líricas, que él mismo me ha enviado; pero sólo sé por fama, y tengo gran deseo de ver sus leyendas históricas de antes de la conquista española y sus eruditos trabajos en prosa como historiador del Anahuac.

El Sr. Roa Bárcena es también novelista; y dan sin duda brillante prueba de su mérito en esta clase de escritos los *Varios cuentos*, reunidos en un precioso volumen, de que V. me regala un ejemplar. *Noche al raso* es lindí-

sima colección de anécdotas y cuadros de costumbres, donde el ingenio, el talento y la habilidad para narrar están realzados por la naturalidad del estilo y por la gracia y el primor de un lenguaje castizo y puro, sin la menor afectación de arcaísmo. En el terrible cuento *Lanchitas*, la fantasía del autor y su arte y buena traza prestan apariencias de verosimilitud y hasta de realidad al prodigio más espantoso.

En estos cuentos del Sr. Roa Bárcena, por lo mismo que están escritos en tan acendrado lenguaje castellano, se notan más los vocablos exóticos que designan objetos de por ahí, aunque rara vez acude el lector con éxito al Diccionario de la Academia para saberlo á punto fijo. Así, por ejemplo, *xícaro*, *zacatón*, *otate*, *cuilote tapextle* y *abarrotero*.

Dejo por hoy de decir más del Sr. Roa Bárcena, y no hablo de *Altamirano*, ni de *Peón y Contreras*, ni de los restantes libros remitidos por V., porque voy á escribir sobre la obra de otro mejicano, hace ya muchos años ausente de su patria; que estuvo en España bastante tiempo, y que después lleva pasados en París hasta hoy lo menos treinta y tres ó treinta y cuatro años.

Se titula el libro de este mejicano expatriado *Al cielo por el sufrimiento*, y está escrito, como ya se entrevé por el título, en esa habla española, desteñida y cosmopolita, que ha de hablarse en París en cierto círculo elegante de hispano-americanos y de españoles residentes en aquella culta y amena capital, centro y foco de la civilización neolatina.

No es menester análisis para señalar los galicismos del libro de que trato. Todo el libro es un galicismo sintético, digámoslo así; pero no lo digamos en son de censura. En este caso, parece la falta que señalo inevitable

requisito del valer y del encanto que el libro tiene. Es la obra, no de un literato de profesión, sino de un hombre de mundo, que, casi involuntariamente, sin pretender escribir una novela, fija en el papel sus impresiones y sentimientos, y nos cuenta, con la mayor naturalidad y sencillez, sucesos que ha visto, y tal vez lo que él ha *vivido*.

Franceses son los personajes del drama, francesas las costumbres que el autor describe, y la sociedad elegante de París y sus casas el medio ambiente y el lugar de la escena. Si se cambiasen la ortografía y la terminación de las palabras, el libro casi quedaría en francés, y, en mi sentir, competiría entonces con cualquiera novela de Feuillet, de Ohnet ó de Cherbuliez, ya que tendría más sinceridad y más verdad, aunque tuviese menos artificio. Es un espejo donde se ve con fidelidad lo mejor y más sano de cierto círculo de gentes, que, colocado entre las pasiones y apetitos de la baja plebe, los esfuerzos y faenas de una burguesía codiciosa y trabajadora, y el torbellino de los ricos viciosos y derrochadores, procura realizar una vida honrada y cómoda de sibaritismo honesto y juicioso, de elegancia católica, y de finura apacible, entreverada de devoción.

Difícil es vivir en esta encopetada y graciosa Arcadia, llena de distinción, perfumada de buen tono, limpia y serena, y cuyos Melibeos y Filis deben tener, á fin de hacer su papel con desahogo, lo menos cincuenta ó sesenta mil pesetas de renta cada uno, y todos suma prudencia, arte y ciencia doméstico-económica, para no dejarse arrebatarse por el atractivo del lujo, no gastar más de lo que tienen, no arruinarse, y no tener que salir de la Arcadia para irse á la Tebaida ó á cualquier otro retiro más ó menos penitente.

Es indudable que existe en París uno ó más círculos de esta clase. Son como isla ó islas de reposo en medio de turbulento mar, lleno de sirtes, escollos y bajíos.

No es utopía, sino realidad, esta á modo de nueva Jerusalén en germen y bosquejo, que surge del seno mismo de la moderna Babilonia. Llámamla, creo, *beau monde* ó *monde comm'il faut*, y se contrapone á otros *mondes*, que se marcan con calificativos extraños, como *monde camelotte*, *demi monde*, *quart de monde*, *monde interlope*, etc.

El autor de *Al cielo por el sufrimiento*, nos introduce en el círculo, ó en uno de los círculos de ese *beau monde* de París, donde constantemente ha vivido, y nos le pinta con todos sus pormenores, resultando del cuadro cierta poesía natural y suave. Yo comparo su libro á un vaso gracioso, pongamos de cristal de Venecia, lleno de una poción, no muy dulce para que no empalague, ni muy amarga ó agria para que no ofenda al paladar, y donde se notan el sabor y el aroma de los ingredientes que la componen : vida devota de San Francisco de Sales ; música religiosa de Cherubini, Beethoven, Mozart, Rossini y Niedelmeyer ; bailes-blancos y bailes-rosas ; trajes de Worth, Rouff, Laferrière, Felix y Pingard ; sombreros de Virot ó de Isabel, y guisos de los Gouffé, Lavigne, Chenu, Pasquier, Canivet y sus rivales, discípulos y sucesores

De todo esto se disfruta en bellísimos salones, centro del más refinado *confort*, y donde se ven acumulados, en artístico y aparente desorden, muñequitos de Sajonia, jarrones de Sèvres, tacitas y juguetes de plata holandeses, cuadros, estatuas y esmaltes, muebles Luis XV, telas Luis XIV, costosas baratijas Luis XVI, relojes de chimenea primer Imperio, y otra multitud de admirables *bibelots* ó chirimbolos.

Pero, ya que estamos en este mundo hechicero y gratísimo, bueno será que diga yo á V. quién nos guía por él y lleva como de la mano.

Aquí me entran ciertos escrúpulos. Yo he recibido el libro por el correo. Ignoro quién me le envía. Y dice el libro : *Edición privada*. Supongo que esto significa que el libro no es para el público; no se halla de venta. ¿Hasta qué punto, me interrogo, me será lícito criticarle, aunque en la crítica entre por más el elogio que la censura, porque la justicia así lo exige? Pero, al fin, me respondo : el libro está impreso, y, aunque no se venda, circulará. Nadie me encarga que guarde el secreto. No abuso, pues, demasiado de la publicidad. Ojalá que todos los abusos de este linaje fueran tan inocentes como el mío.

Me mueve además á tratar del libro, la buena amistad que á su autor profesamos, desde hace casi medio siglo, toda la sociedad de Madrid, y muy en particular mis parientes y mis amigos.

El autor es D. José Manuel Hidalgo.

Su nombre pertenece á la historia política, no sólo de Europa, sino del mundo, en la segunda mitad del siglo XIX. Su intención fué buena. Quiso enviar sosiego, prosperidad, ventura y mayor dosis de civilización á su patria. Si erró en los medios, *a i posteri l'ardua sentenza*. Importante fué su acción en todos aquellos sucesos que colocaron en el trono de Méjico al entusiasta y noble príncipe Maximiliano, cuya trágica muerte deplora él todavía.

Toda la fingida narración que su libro contiene, está impregnada de aquella blanda melancolía, propia de un alma religiosa, lastimada y herida por tremendas catástrofes y por solemnes desengaños. Esta melancolía, si blanda, profunda, brota del centro mismo de las elegan-

cias, primores y refinamientos que el autor describe.

La novela del Sr. Hidalgo, así por el candor inimitable con que está contada, como porque algunos de los lances no vienen dialécticamente justificados, según suele estarlo toda ficción, parece, más que novela, verdadera historia.

Á veces, lo confieso con cierto rubor, hay en la novela sublimidad y delicadezas de sentimiento, que dan tan crueles resultados, que yo, movido á compasión, siento deseo de ingerirme entre los personajes y de aconsejarles que transijan y sean menos severos.

La condesa viuda de Hautmont es un dechado de talento, piedad, virtud y distinción aristocrática; pero la situación en que tiene al pobre Sr. Zentres es cruelísima. Á la verdad, yo entiendo que, pasados cinco ó seis años de viudez sin ofender á Dios, sin faltar á la memoria de su primer marido, y muy en consonancia con todas las reglas y liturgias, la Condesa hubiera debido molificarse, ser menos cogotuda, casarse, en un palabra, con el Sr. Zentres, y no hacer de él un Tántalo de corbata blanca, un perpetuo *patito* y un mártir crónico del amor mal pagado. Y todo esto teniéndole siempre al lado suyo, á modo de apéndice, que sabe Dios lo que dirían las malas lenguas : el gran Galeoto, que hasta en el mundo más *comm'il faut* asiste y hace de las suyas.

La lastimosa situación del Sr. Zentres me explica aquel capricho del infante D. Alfonso de Portugal, cuando ordenó al escritor que rehizo la historia de *Amadis de Gaula* que cediese este héroe, hasta con permiso de la señora Oriana, á la tenaz y vehemente pasión de aquella otra princesa, llamada Briolanja, que por él moría, sin remedio, de amores. Tanto me afligen las malas andanzas del Sr. Zentres, que respiro cuando, después de la muerte

de la Condesa, se hace él monje cartujo, considerando yo que el cuitado entra á hacer vida mucho menos penitente que la que antes hacía.

Los opuestos caracteres de las dos hijas de la Condesa, Ida y Lea, están bien trazados y seguidos. Ida, con un marido vanidoso y ligero, y ella vanidosa y ligera también, se deja arrebatarse por la manía del esplendor y de la magnificencia; se arruina, es abandonada por el marido, que se va á California á buscar oro; y ella muere al cabo miseramente en el hospital. Lea es una santa; pero, con franqueza, yo hubiera deseado más justificación en el lance que la decide á ser Hermana de la Caridad. Lea no tiene tiempo, ocasión, ni razonable y suficiente motivo para amar de tal suerte á su novio, que le produzca desilusión tan profunda el que éste la abandone, la plante, por otra señorita que tiene cuatro ó cinco veces más dote. Hablemos claro, aunque no sea *comm'il faut*: lo que hizo el novio de Lea fué una verdadera porquería; no tiene otro nombre. Pero, ¿qué diantre? ¿No se había tratado su matrimonio con Lea, contando previamente los ochavos de él y la dote de ella? Lo feo del caso estuvo en faltar á la promesa de un convenio de aparcería porque se halla otro convenio que trae más ventaja; pero la fe amorosa quebrantada y los mismos amores apenas se descubren.

Como quiera que sea, la vocación acude: Lea se hace Hermana de la Caridad; es una heroína y una santa, y todo ello está narrado con amor, con ternura, con fervor y caridad de cristiano.

El libro de mi antiguo amigo el Sr. Hidalgo es muy moral, muy devoto y algo melancólico; mas no por eso deja de entretener y de interesar. Además de ser el libro moral y devoto, y asimismo ameno, es, como queda dicho,

:

de alta elegancia, lo cual no está en oposición tampoco con la devoción, con la moralidad y con la limpieza de costumbres.

Ya que el Sr. Hidalgo se lanzó, es de desear que persevere en el camino que ha tomado. Su cabeza ha de estar llena de noticias y de recuerdos de casos novelescos de la sociedad elegante de París, de aquella *high life* central en que hace tantos años vive. ¿De qué variada cantidad de aventuras, amores, anécdotas y sucesos de todo género, no podría valerse, si quisiese, el Sr. Hidalgo, para componer, por docenas, novelas divertidísimas, sobre todo si no siguiese aislando mucho su *monde* correcto y plenamente *comm'il faut*, y dejase que de vez en cuando hubiera en él irrupciones de los otros *mondes*, *interlope*, *camelotte*, etc., etc.? Hasta su misma calidad de extranjero haría que el Sr. Hidalgo viese y representase los objetos con mayor imparcialidad que los parisienses de nacimiento.

No dudo que llegará ahí la novela del Sr. Hidalgo, y aconsejo á V. que la lea. Es lectura propia de señoras, y está dedicada á una que lo es muy principal: discreta y elegante hija de nuestra España: á doña Mercedes Alcalá Galiano, baronesa de Beyens.

Pero, basta por hoy. Adiós, y créame su servidor y amigo Q. B. S. P.

JUAN VALERA.

COMBATES DE TOROS

EN ESPAÑA Y FRANCIA

APUNTAMIENTOS Y OBSERVACIONES

CON motivo de la Exposición Universal en París, se van á dar muchas corridas en aquella ciudad á la manera española, si bien con ciertas supresiones, que se han creído convenientes para modificar lo sangriento del espectáculo.

Pero Francia ha tenido también sus combates de toros, espectáculo que no es de origen árabe, como se dice por decir de unos en otros que no han estudiado el asunto.

Ya mi querido y discretísimo amigo, D. Serafín Estébanez Calderón, en su gallardo estilo, negó tal procedencia, y con razón, pues no hay historia mahometana de Oriente ó África que hable de tales fiestas. Más todavía: en el vocabulario español de ellas, ¿hay palabra del árabe que haga siquiera lejanamente verosímil origen semejante? Ninguna.

No debe hacerse caso de romances moriscos que traten de fiestas de toros en las tierras que ocuparon úl-

timamente los mahometanos. Escritos á los fines del siglo xvi y principios del xvii, todo no pasa de ingeniosidades arbitrarias de poetas, pues tampoco existe crónica ó libro de otra clase que asegure que tales fiestas usaban los moros de España.

El juicioso P. Mariana, en su tratado de *Spectaculis* (capítulo xix), asegura que ellas dimanaron de los antiguos romanos. Verdaderamente se practicaban en otras formas esas fiestas dedicadas á los dioses infernales, como sacrificios por las almas de los difuntos, y extramuros de la ciudad como parte esencialísima del rito (1).

Conserváronse las fiestas de toros en Francia, Portugal y España, cada nación según las alteraciones que fueron introduciendo los tiempos y los caprichos. Cuando el rey Francisco I de Francia fué traído á España des-

(1) Laborde, en su *Itineraire descriptif de l'Espagne*, dice: «Recurriendo á los fastos de la antigüedad, se ve que (este espectáculo) era conocido de los griegos, y, sobre todo, muy usado en Tesalia tres ó cuatro siglos antes del nacimiento de Cristo, lo que se puede probar con las medallas de aquella provincia. La ciudad de Larissa obtuvo la mayor fama por sus fiestas de toros. Sus habitantes gozaban de la reputación de ser muy aficionados ó diestros en ellas. Así lo enseñan Suetonio, Plinio y Heliodoro. Pero, examinadas sus descripciones, las carreras de toros diferían de las de los españoles.

»En Grecia picábanse á la vez muchos toros. Un número igual de hombres á caballo los perseguía y aguijoneaba con una especie de dardo. Cada caballero se arrimaba á un toro y corría á sus costados para fatigarlo y debilitar sus fuerzas, le cogía por los cuernos y le lanzaba á tierra sin apearse del caballo. Alguna vez se echaba sobre el toro, que, arrojando de furor espuma, con violentas sacudidas intentaba despedirlo; pero en vano, pues el hombre lo derribaba, á vista de un número infinito de espectadores que celebraban su triunfo.

»Swinburg cuenta que en Madrid, reinando Carlos III, y en una corrida, un negro de Buenos Aires montó sobre un toro, y cuando lo hubo cansado, corrió en él á matar á otro. La operación fué rapidísima, y sin detenerse, dió instantánea muerte al que montaba. Este violento ejercicio le produjo una gran hemorragia.»

pués de la rota de Pavía, se le acogió por la cortesía española con evidentes muestras de respeto á su dignidad y á su contraria fortuna.

Recibiósele en Guadalajara por el conde de Saldaña, hijo del duque del Infantado, impedido de la gota para emplearse en obsequio de aquel Monarca. Al siguiente día de su llegada celebraron su venida con fiestas de toros y cañas. Y, sin duda para mayor agrado suyo, se celebró un combate de animales feroces, á estilo de Francia. Dentro de una empalizada se echaron á pelear un león y un toro; mas sin el efecto que se esperaba, pues aunque la embestida de ambos parecía tremenda y de indudable y sangriento éxito, uno y otro animal salieron ilesos, ó al menos vivos para vivir algunos años (1).

Aunque los escritores franceses siempre se muestran adversos á las corridas de toros españolas, hubo un poeta en el siglo xvii que tomó una de ellas como asunto para ridiculizar al personaje de la comedia. Hablo de Pablo Scarron, tan ingenioso y agradable en todas sus obras. Voy á hablar de la que lleva por título *Don Japhet de Armenie*, un figurón extravagantísimo.

Lo raro que hay en esto es que ningún poeta cómico español, con todo de tener tanta popularidad la fiesta de toros, se ha valido de una de ellas como el más acertado juego escénico de una obra teatral graciosa, y no sainetil.

La acción pasa en Orgaz.

Presentan al Comendador á D. Japhet de Armenia, á quien llaman el segundo Don Quijote (*second Don Guitot*). Pide éste á aquél la mano de su hija Doña Leonor, exigiendo que al instante sean las nupcias, pues su impacientísimo y mucho amor no sufre espera.

(1) El cronista Alonso Núñez de Castro, en su *Historia de Guadalajara*: Madrid, 1653.

EL COMENDADOR.

Vuestras bodas no han de ser bodas ordinarias. Hay que tener muchos criados y combates de toros.

DON JAPHET.

¡Toros! Yo quiero tomar los aceros, y dar al público, sin temor de sus cuernos, muestra sangrienta de mi valor sin límites, y con un solo lacayo me propongo *tauricidar*.

FOUCARAL.

Que *tauricide* él solo.

Más adelante se lee este coloquio :

DON ÁLVARO.

Fogoso es el alazán.

DON JAPHET.

Pues no me gusta eso.

DON ÁLVARO.

Lo que necesitaríais es un buen caballo de paso.

DON JAPHET.

Y que en cambio diese algunas corvetas: por eso me agrada que lleven buenas cabezas en el bocado del freno. Yo quiero uno que sea entre triste y alegre, pero fuerte como una mula y nada semejante al del caballero Bayardo.

DON ÁLVARO.

Yo os buscaré uno tan apacible como una litera.

DON JAPHET.

Mi propósito, aquí para entre los dos, me amenaza con el ataúd. ¿No podría yo llevar un arma de fuego, á fin de sacar mejor partido de la fiesta con mi escopeta?

DON ÁLVARO.

Eso sería un golpe seguro; pero no está en uso.

DON JAPHET.

¿Qué? El uso prevalece ó incomoda. Tontería. En asunto donde el peligro aparece de todos lados, se puede muy bien prescindir de formalidades. Y si algún toro viene á mí como un rayo, más que un toro vil puede un hombre.

DON ÁLVARO.

Eso sería acto de un menguado caballero.

DON JAPHET.

No, señor ; el acto de un caballero muy sabio.

DON ÁLVARO.

Dejad vuestra sabiduría, y haced ostentación del valor vuestro.

DON JAPHET.

Yo no lo manifiesto sino tarde. ¿Y cuál será el arma que llevaré?

DON ÁLVARO.

Una lanza de palo pintada y dorada.

DON JAPHET.

Quiero entrar en la lid con una alabarda.

DON ÁLVARO.

¡Alabarda contra un toro! Dios os libre de ello.

DON JAPHET.

¿Y qué podrían decir?

DON ÁLVARO.

Causará muchísima risa.

DON JAPHET.

¿Se mofarán menos cuando me vean muerto?

DON ÁLVARO.

En tomando la lanza, cuidad mucho de buscarle el lomo.

DON JAPHET.

¿Y por qué no la panza? Es más ancha y más tierna, y más buena para herir, donde se pueden asestar cien golpes sin darlos en vago.

DON ÁLVARO.

Pero eso no está permitido.

DON JAPHET.

¡Maldita costumbre!

DON ÁLVARO.

Señor, un solo golpe. Tened mucho valor, y todo irá bien.

DON JAPHET.

Yo abrigo el temor de que vaya mal, porque el toro no es un bruto tratable.

DON ÁLVARO.

En pocas palabras: he aquí lo que debéis hacer. Entrad en lid valiente y no temerario, la lanza en ristre y firme en los estribos, saludando á las damas que están en los balcones.

DON JAPHET.

Y después iré á buscar las cornadas. ¡Oh, tan necio intento pone mohina en mi alma! De todo corazón querría quedarme sin el marquesado y poderme excusar de ese maldecido combate. Adiós; voy á armarme: si de esta escapo, que me maten, caso de que vuelvan á cogerme en otra.

Scarron no viajó por España; pero siendo tantos los viajeros que de Francia venían en aquel siglo, donde la afición hacia nuestras letras y costumbres era mucha, seguramente alguno á su regreso, y de los amigos del poeta, lo instruyó en la forma de cómo las corridas de toros se verificaban.

Así se deduce racionalmente de la exactitud de las descripciones de Scarron. Prosigamos con algunas noticias más de esta comedia.

Foucaral, lacayo de D. Japhet, así refiere el trance del combate de éste con el toro:

FOUCARAL.

Escuchad, señora, la desgracia horrenda que acaba de dar alevosa muerte al desafortunado D. Japhet.

EL COMENDADOR.

¿Lo ha maltratado el toro?

FOUCARAL.

Ciertamente. Plantóse en su puesto tan animoso como el Cid. Apenas lo vió en la plaza el toro, le tomó antipatía por su trágica catadura, y largo tiempo lo ha seguido con los cuernos casi en los riñones. Viendo que el toro lo perseguía, echa pie á tierra, cambiando de pensamiento. El animal, impertinente, viéndolo apeado, parte derecho á él, sin tener miedo á su bastón. Y el bravo Japhet, al contemplar sus grandes cuernos, ha intentado tres veces huir por las barreras. El pueblo, nada comedido, le ha dicho *Nescio vos* (1). El bruto, en tanto, ha cogido á su hombre por dos veces; y embarazados los cuernos con la seda de los vestidos, el malaventurado Japhet y sus brillantes pensamientos largo tiempo han

(1) Palabras del Evangelio de las Vírgenes locas.

estado en el aire sacudidos, sin cornada alguna, sea el cielo alabado, y al fin se encuentra despedido sobre el polvo, lastimado de extraña manera por las pisadas de la bestia. Se le levanta entre cuatro, y yo expresamente vengo á relataros suceso tan triste.

D. Japhet se queda maltratado por el toro, convertido en la fábula ó escarnio del pueblo, y, lo peor de todo, sin la novia; pero con esperanza inmediata de que una infanta que pasaba á cristianarse á Madrid y á ser esposa suya, le haga echar al olvido aquel peligroso y aflictivo trance.

En Francia había combates de fieras con fieras, y también de hombres con toros. No displacerá á nuestros lectores conocer los lances de estos últimos, tales como se llevaban á efecto en los grandiosos anfiteatros que aún se conservan del tiempo de los romanos en Arlés y Nimes. Y por cierto que las personas ilustradas, cuando á mediados del siglo último veían cómo se continuaba en la práctica de estos espectáculos sangrientos, no podían menos de deplorar, y por cierto muy sentidamente, aficiones tales.

Véase aquí una muestra :

«Se han visto no ha mucho tiempo en las *Arenas*, antiguo anfiteatro romano de Arlés, combates con toros bravos (*sauvages*), criados en la Camarga, uno de los cuatro grandes cuarteles de los alrededores de aquella ciudad, isla formada por el Ródano. Estos juegos bárbaros atraen la concurrencia del pueblo de las ciudades inmediatas, y rara vez termina el espectáculo sin que se vierta sangre humana. ¡Qué espantoso y detestable placer contemplar á los hombres luchando con estos fieros animales, para plantarles banderillas puntiagudas en la cabeza, asirlos alegremente por los cuernos, á riesgo de ser desbarrigados, y degollarlos de una puñalada en medio de las aclamaciones y el batir de las palmas de un populacho imbécil

y feroz! ¡Y este es el gran espectáculo de un gran pueblo y de un gran reino!» (1).

Con tal criterio se reprobaba por un autor francés, expresando con vehemencia sus razones en nombre de la cultura y de los sentimientos de aquella nación.

El autor de semejantes juicios, así describía las fiestas de toros en nuestra patria :

«En Europa, y en el siglo XVIII, los elegantes de Sevilla y Cádiz descienden gravemente á la arena, y pican al toro, le hacen cara, lo provocan, lo hacen pasar bajo sus capas : otros imprudentes montan en intrépidos caballos, lo persiguen, caracolean alrededor de él, procuran herirlo por delante, y en un momento que pierdan la rapidez, el toro furioso baja la cabeza, se abalanza, y á veinte pasos arroja al caballo y caballero. Uno y otro serían hechos pedazos instantáneamente si con destreza no se diese un cambio al verdugo del animal, mientras se transporta al señor caballero en unas angarillas. El pobre caballo paga por los dos : agujereado de parte á parte, se arrastra y se defiende con los intestinos de fuera ; sucumbe y muere bajo las plantas del toro, que muge de alegría.»

En prosecución de sus narraciones descriptivas de esta fiesta tan popular en España, pinta con fácil pluma y animado estilo la escena de entregar un toro á la ferocidad regocijada de la muchedumbre para que lo acose, pinche y mate. Dice el autor así :

«En los circos de España, los matadores alternan : muerto el primer toro, traen otros, y empieza la matanza con gran contento de las damas. Al fin se entrega uno á los aficionados : los palcos quedan desalojados, y llénase

— (1) *Recueil amusant de voyages*, en vers et prose, tom. v : París, 1801.
—Art. IX. El escrito es de más antigua fecha.

de gente la arena. Se entrega, por decirlo así, al pueblo el animal. Júzguese, pues, lo que habrá de suceder. Él reparte cornadas á diestro y siniestro : le ponen harpones, echa espumarajos, ruge y brinca como una cabra montés, hasta que se lanza sobre uno, recibe tantas puñaladas como tiene enemigos y espectadores.»

Pero el anónimo autor no se contenta con sus vigorosas censuras, dictadas por un profundo juicio filosófico y amor á la humanidad. Propone los medios de hacer que en Francia se olvidasen estos combates, sustituyéndolos por otros inofensivos.

De esta suerte expresa sus opiniones :

«En Provenza tenemos juegos mucho más agradables. Las colonias griegas han conservado aun en nuestros días la gimnasia de su antigua patria ; pero los romanos habían establecido, en cuantas ciudades fundaban, los sangrientos juegos del circo, á los que debieron aquella ferocidad de carácter que los hizo bandidos sublimes. Daré algún día más detalles de estos juegos, tan pronto como pueda juzgar por mí mismo acerca de su conformidad con los de los antiguos tiempos. Si nuestros modernos gobiernos prestaran más atención á estas fundaciones útiles y verdaderamente patrióticas, los juegos ó divertimientos sedentarios no hubieran tanto prevalecido, nuestros cuerpos más robustos serían, menos fastidiados nuestros ánimos, y nuestros corazones menos entregados á toda pasión.»

En vano fueron estos clamores. La costumbre siguió en Francia con creciente agrado del pueblo.

La fama de las corridas de toros españolas volaba de nación en nación, y eran motivo de incesante curiosidad las noticias de ellas.

En una obra dedicada al célebre Federico Guillermo

de Prusia, escrita en lengua francesa y compuesta de pasajes de todos géneros de ciencias y letras, se lee esta descripción.

«Dan los españoles el nombre de toreadores á los que emprenden parar á un toro lanzándole á los ojos una capa en las carreras ó corridas de Madrid. Esta corrida es un combate que dura muchos días y se hace cuando se quiere solemnizar la fiesta de algún Santo ó la de las bodas ó el natalicio de algún príncipe de sangre real. El Rey y las personas de su corte se colocan en las galerías de un palacio llamado *el consistorio*, y los embajadores en otras enfrente. Son los que combaten personas de alta guisa. Vístense de negro este día; pero los criados á pie ó mozos de espuelas se presentan ricamente ataviados, y los más en trajes de turcos y moros ó de salvajes. No sale sino un toro, y no se le opone más que un combatiente con rejones, que así denominan á los dardos. Se empieza el combate sobre las cuatro de la tarde, y el combatiente entra en la carrera á caballo: las piernas á la jineta según uso del país, es decir, totalmente recogidas para que los pies estrechen ó aprieten los ijares del animal. El caballero, seguido de sus criados, se dirige á hacer reverencia al Rey. En seguida pasa á saludar á las damas más principales, mientras se irrita ó encoleriza al toro, que está encerrado en una cabaña á un extremo de la plaza, y sueltan cuando se halla furioso. El caballero se desvía un poco de él, y al pasar trata de darle un golpe de lanza ó de dardo en el cuello del toro, que es el momento favorable de matarlo con uno sólo (1).

»Si el toro muere, hacen entrar en la plaza mulas espléndidamente enjaezadas, al son de las trompetas. Mas

(1) Esto era lo sumo de la destreza y dificultad en el arte antiguo de torear.

si el caballero, al encuentro del toro, saca herido el caballo ó es desarmado, tiene la obligación de echar pie á tierra y matar á golpes al bruto, lo que se llama *un empeño*. Pero en estas ocasiones sus criados y sus amigos se anticipan, y acometen al toro, que muchas veces mata á algunos defendiéndose.

»Deplorable es que en fiestas de cristianos se encuentren tantos desgraciados vestigios del paganismo (1).»

Los ingleses no se han dedicado en su nación á combatir ó lidiar con toros, aunque muchos viajeros en España hayan podido agradarse de esta fiesta con frecuentarla. Enrique Swinburne, en su libro de viajes por nuestra patria, los años de 1775 y 1776, describe con exactitud las corridas; pero aunque nos refiere que asistió á muchas de ellas, no llegó á tomar gusto al espectáculo. Decía que al ver la víspera de él á los toros, le parecían muy dulces y muy tratables, y que cuanto puede escribirse de su ferocidad en la arena cuando son irritados por las heridas y los acosamientos, no llega á ser tan terrible y de tanto estrago como los toros viciosos en Inglaterra.

Sin embargo, una vez en España se ha dado una fiesta de toros por ingleses, noticia por cierto muy peregrina, y que consta en las actas del ayuntamiento de Cádiz. Cuando Jacobo II, hijo de Carlos I y duque de Yorck, subió al trono en 1685, los ingleses residentes en Cádiz pidieron permiso para solemnizar el acontecimiento con unas fiestas de toros en la plaza Real ó corredera, lo que les fué otorgado gratamente por el municipio. Para esta concesión influiría lo de saberse que aquel Rey profesaba la fe católica.

(1) *Amusemens philologiques ou mélange agréable de diverses pièces concernant l'histoire des personnes célèbres*, etc. Sixième édition, revue, corrigée et augmentée. Tome 1, etc.: Halle, 1785.

Había aquí, pues, un doble pensamiento : celebrar la restauración del Catolicismo en Inglaterra, al par de la exaltación de Jacobo á la corona. Los vecinos de aquel país en Cádiz tomaban la iniciativa; y la nobleza, clero y pueblo secundaban el pensamiento, porque había un motivo especial de satisfacción para todos.

Hacia los fines del pasado siglo continuaban en Francia, y más frecuentemente en París, los combates de toros y fieras.

Cuando á los principios de la Revolución se advirtieron por algunos pensadores los extremos de la ferocidad del populacho, que todo lo quería resolver, y resolvía las más de las veces, por medio de sangrientas é impensadas ejecuciones, no se explicaban aquel cambio repentino de costumbres. No conocían los mismos naturales los hombres entre quienes hasta entonces habían vivido, sin nunca imaginar que la sociedad era como era. Para ellos los hombres, y hasta las mujeres, parecían haber llevado con un antifaz cubiertos los rostros, y con los rostros sus pasiones, y con las pasiones aquel insaciable instinto exterminador.

Uno de aquellos pensadores que se estremecieron al contemplar lo presente y temblaron más y más al presentir lo venidero, fué Peuchet, escritor de vehemente estilo.

Queriendo prestar un servicio á su patria y á la humanidad, creyó haber dado con el origen de lo que estaba aconteciendo. Fijóse en una idea : ¿en qué escuela había aprendido el pueblo aquella ferocidad ó falta de compasión para saciarse en venganzas políticas tan sangrienta y precipitadamente? ¿En la de los combates de toros?

Así Peuchet lo expuso con varonil entereza en el *Monitor* de 12 de Marzo de 1790.

«Es engañarse creer que no hay buenas costumbres,

sino las que se llaman costumbres severas. Son buenas costumbres, las más dulces, las que hay que inspirar á un pueblo, y, sobre todo, al pueblo de la capital, porque allí una muchedumbre puede cometer grandes males por la simultánea acción de tantos, porque la ferocidad de sus costumbres particulares produce el germen de un mal-estar general, y engendra la causa de una calamidad común.

»Es una obligación, un derecho del poder público, proscribir todo cuanto pueda llevar las costumbres á la crueldad, todo lo que pueda darle el carácter de atroz y fomentar en el pueblo sentimientos de destrucción. Todo espectáculo de este género que atente á la paz interior y á la seguridad individual, debiera procurarse que quede abolido. Tal es el combate de toros.

»Esta diversión horrenda consiste en hacer morir por los voraces dientes de una multitud de bestias, como perros de presa, un toro y algunas veces un oso. Los clamores, los aullidos, los llantos de dolor y de muerte, acompañan esta escena espantosa, adonde una muchedumbre ciega va á tomar lecciones de barbarie y á acostumbrarse á verter la sangre con la tranquilidad de una acción ordinaria y la calma de un gusto satisfecho.

»Tras esto no deja de causar asombro y duda que en una nación acostumbrada á las artes de la paz, á los goces del lujo, y enriquecida de una gran sensibilidad, haya solamente reclamado contra establecimientos, después de todo inocentes, cuyos efectos en la sociedad son los de favorecer el amor de los placeres, y que se haya aprobado por un silencio imprudente un espectáculo tan repulsivo como contrario al orden y á la tranquilidad social.

»Es una verdadera causa de homicidios, una causa per-

manente de feroces costumbres. Quien conozca el mecanismo de los órganos, su poder sobre nuestra voluntad, la ligazón entre ellos y sus procederés, el efecto prodigioso de las impresiones físicas sobre nuestro carácter moral, sentirá toda la fuerza de estas verdades, y mirará los combates de toros como los más inhumanos, los más impolíticos de todas las diversiones públicas.

»Muy grandes servicios el pueblo nos ha prestado, para que en recompensa deseemos la purificación, la dulzura y la civilización de sus costumbres, y por escenas de sangre y carnicería jamás se conseguirá ese anhelo, sino instruyéndolo y llevándolo á los placeres de la razón y del sentimiento. Pido, pues, la abolición de los combates de toros como un espectáculo vergüenza de la capital, para que se nos quite esta ignominia (1).

»Otro motivo ayuda con nuevas fuerzas á esta petición. Los combates de toros no se verifican sino en las principales fiestas y en las de la Virgen. En esos días los grandes y pequeños espectáculos están cerrados. El pueblo acude á esta detestable diversión, porque no tiene otras, pues aquéllas, en respeto hacia la religión, se han prohibido, como si no fueran de ejemplo más perjudicial, de fatiga ó trabajo, y más opuesto á las doctrinas religiosas y á las de la razón, que las que habitúan al hombre á la sangre, que lo dirigen á la insensibilidad y lo organizan de manera que introduzca en la sociedad el germen de todas las atrocidades.

»Este error de la policía antigua y de antiguas opiniones se encamina á pretender que la bondad de las costumbres consista en el puritanismo sólo, y sin comprender que la ferocidad, la dureza y la frecuencia de ver

(1) La administración de la policía, efectivamente, acaba de tomar providencias para suprimir este dañoso divertimiento.

sangre sean lo más contrario al orden público y al mantenimiento de las leyes. Por tanto, se ha fijado su atención en todo aquello que pueda dar motivo á las debilidades de los sentidos, y consiente los espectáculos destructores de la bondad natural, del sentimiento, y, por consiguiente, de la base de todas las virtudes.

»En fiestas y diversiones que llamen á los hombres á ideas de paz y de dulzura se deben emplear los momentos desocupados; esto es, en espectáculos de costumbres generosas; porque con la conmiseración se debe dulcificar la aspereza de los caracteres. Propongo sustituir el combate de los toros por otra clase de fiestas, como bailes, fuegos artificiales, por escenas pacíficas, por todo lo que pueda ser agradable sin alterar la sensibilidad del hombre y sin inclinarlo á la destrucción y á la violencia.»

Tales fueron las razones principales de Peuchet.

No tan rápidamente como éste pretendía fué la resolución de la municipalidad de París.

El escritor, cada día más insistente en el pensamiento, se dirigió al célebre alcalde de aquella ciudad, al sabio y más tarde desgraciado Bailly, poniendo bajo su patrocinio aquellos tan excelentes deseos, aguijado por las circunstancias amenazadoras del desenfreno de las iras populares. Peuchet se hacía la ilusión de que, cesando aquellos espectáculos, el pueblo volvería en sí y los sentimientos de piedad á los ánimos. Mas si en verdad el pueblo procedía sangrientamente por aquella perversa educación, ya era tarde para deshacerla.

Bailly le respondió con la carta siguiente:

«Es, señor, mi opinión en todo conforme con la vuestra respecto al combate del toro, espectáculo atroz, cuya supresión todas las personas ilustradas deben desear. Lo he hablado ya con M. Dupout du Ferrier, y la sola

causa que ha impedido el ocuparse antes en ello, ha sido que la supresión está acordada para el 15 del mes próximo.—BAILLY.

»Agosto de 1790.»

¡Todo ilusiones! Cesaron los espectáculos, y los que antes eran de toros con perros de presa, se cambiaron en las diarias y numerosas ejecuciones de la guillotina.

Mas esta momentánea interrupción, no llevada á mal por las razones que acabo de emitir, debió ser mal sufrida cuando vinieron días en que la guillotina llegó á estar parada.

Hubo, pues, que dejar á una parte del pueblo que emplease sus feroces instintos en las escenas de combates de toros. Se restablecieron al fin, y por lo menos el año de 1807 se practicaban en la forma que un autor francés dice (1):

«*Combate del toro.*—Dase este espectáculo en un campo cerrado los domingos y demás fiestas. Se ve á animales cuadrúpedos, domésticos y salvajes, pelear los unos con los otros ó con perros de presa, educados para este ejercicio, pues matan á los toros, á los lobos y á los osos. Este espectáculo hállase establecido frente al hospital de San Luis.»

Dos años antes se habían abolido en España las fiestas de toros por Carlos IV, á instancias del príncipe de la Paz, y con el parecer de los Consejos de Castilla y de Estado; providencia que, aunque muy deseada por Carlos III, padre de aquel Monarca, jamás se determinó á emprenderla, por no ocasionar tan desconsoladores contratiempos á sus vasallos.

Una de las causas mayores del odio irreconciliable del

(1) *Manuel du Voyageur à Paris ou Paris Ancien et moderne*, par P. Villiers, ancien capitaine de Dragons: Paris, 1807, 16.^o

pueblo contra Godoy, y aun de una parte de la nobleza, que, además lo envidiaba por su prepotencia, fué esto de haberles arrebatado la diversión favorita, mientras que muchos la consideraban como reforma valerosa y sabia de aquel ministro.

Los pensadores en España opinaban, sin haber leído seguramente los escritos de Peuchet, exactamente como este autor, con respecto á los espectáculos taurinos en nuestra patria, y es bien extraño que un francés, aquí entre nosotros, viniera á contradecir el juicio de que estas fiestas para nada influían en la delicadeza ó en la ferocidad de las costumbres.

El ciudadano F. F. Bourgoing, plenipotenciario que fué de Francia en Madrid (1), decía: «He visto á muchos y ancianos, hombres de todas edades y todos caracteres, en los cuales la concurrencia á estas fiestas sangrientas no alteran la debilidad ó timidez ni la dulzura de sus costumbres. Hay más: he conocido extranjeros de amenidad en el alma y en las formas, que han experimentado en combates de toros emociones tan violentas, que palidecían y se encontraban mal; y luego aquéllas les eran de un irresistible atractivo, sin causar alguna revolución en los caracteres».

Dividía Bourgoing en dos clases á los espectadores: unos que van, porque van indiferentemente, y no participan del general encarnizamiento contra los toros. Al ver que éstos no rescatan sus vidas al precio de tantos tormentos y pruebas de tal valor, voluntariamente harían, á serles posible, que los animales escapasen de sus perseguidores. En estos espectadores el disgusto sucede á la compasión y el fastidio al disgusto. Esta continuación

(1) *Tableau de l'Espagne Moderne*, 4^e edition: Paris, 1807.

de escenas uniformes hace que languidezca el interés que el espectáculo tenía al principio. Esto recordaba á Bourgoing el juicio que formó Plinio el Joven, hablando de los juegos del circo, *nihil novum, nihil varium, nihil quod non spectasse sufficiat*; mas para los concurrentes *conocedores*, que han profundamente estudiado las estratagemas del toro, los recursos de su habilidad, y los diversos modos de estimularlo, de burlarse de él y atormentarlo ó castigarlo, estas escenas no se asemejan unas á otras, que no gustan á los observadores frívolos porque no saben comprender estas variedades.

Tornemos, pues, á hablar de los combates de toros y fieras en Francia. Subsistían en los reinados de Luis XVIII y Carlos X. De ello nos da ingenioso y filosófico testimonio el célebre novelista Julio Janin, en su novela tremendamente realista *El Asno muerto*. En el primero de sus capítulos nos describe la barrera del combate en París. Dice que si entre los franceses no existe el circo romano con atletas y lides, en cambio había aquélla, recinto no menos pobre que destartalado. Allí nos presenta el escritor un corralón que pueblan perros jóvenes y viejos, de rojizos ojos, que destilaban lentamente espuma por sus jadeantes y lívidos labios: perros alimentados por la carne de los caballos moribundos ó inservibles que eran muertos en Montfaucon.

El personaje que lleva la narración de la novela, apareciendo como autor de ella, nos narra que á los ladridos de los perros, cuando penetró en la barrera del combate, mostrósele el director, el cual le dijo que sentía no serle posible ofrecer á su vista una lucha. Uno de sus osos blancos hallábase enfermo y el otro descansaba. Su toro bravo estábase cuidando, y no podía su gran perro de presa inglés traerse, porque sería capaz de devorar á

ambos. En lugar de todo ello, lo obsequió con ver matar á bocados por los perros un asno cojo que le acababan de llevar (1).

Pero muchísimos franceses del tiempo de Napoleón I, que volvieron de la larga guerra de España, no llevaron á Francia relaciones más ó menos simpáticas de las corridas de toros. Cuando entró á reinar José Bonaparte, estaban ya abolidas. Las personas ilustradas españolas que se adhirieron á su causa, no pensaron en restablecer aquellas fiestas. Además, no convenían espectáculos tales, que daban ocasión siempre á libertades en las plazas, y las circunstancias eran muy difíciles para exponerse á provocar conflictos, aunque el rey filósofo se hubiese, contra sus convicciones, allanado á consentir estos regocijos sangrientos, atendiendo sólo á la política de devolver al pueblo su diversión favorita.

Ya con la intervención del año de 1823 pudieron los franceses ver reiteradamente corridas de toros, y muchos tomar afición á ellas; y á su regreso á la patria, referir pintorescamente sus atractivos y despertar una curiosidad favorable de conocer esas fiestas.

Además, la frecuencia y facilidad de los viajes con la

(1) Así describe el autor la muerte del animal indefenso:

« El desdichado asno comenzó por buscar el equilibrio. Un paso dió y otro después, y adelantó cuanto pudo la pata delantera derecha, é inclinó la cabeza, á todo resignado. En aquel momento se presentan en la arena cuatro perros de presa, se aproximan, retroceden y vacilan; mas al cabo se enardecen, y embisten al pobre bruto. No cabía resistencia: el asno tenía que morir; despedazan y traspasan su cuerpo con los afilados dientes los perros, mientras el noble atleta se sostenía en aparente tranquilidad y sin despedir una coz, porque hubiera caído. Cual Marco Aurelio, quería morir en pie.

» La sangre corre, sus ojos se humedecen con el llanto de su sufrimiento, resuella con cóncavo ruido, y el asno cae bajo los voraces dientes de aquellas fieras. »

invención de los vapores y ferrocarriles, y la asistencia á los toros, y las narraciones caprichosas ó agraciadas de Teófilo Gautier y Alejandro Dumas, aumentaban más y más el deseo de conocer lo nuevo, ese poderoso atractivo de la humanidad en todos los siglos.

Parecía difícil que allí lograsen los aficionados á estos espectáculos implantarlos. Ciertamente en la opinión pública hubieron de hallar resistencia. También es verdad que otros, tanto ó más horribles y sangrientos que éstos, se presenciaban contra las razonadas y elocuentes declamaciones de personas de gran juicio; pero ya venían establecidos desde remotos tiempos.

Tal sucedía con los juegos del ánsar ó de la oca y los combates de toros. En 1824, J. Desaulchoy decía (1): «Desde el principio del estío hemos asistido á muchas fiestas campestres en los alrededores de París, y con doloroso sentimiento vimos mezclados juegos de destreza y alegres bailes, con uno que la humanidad reprueba, *el tiro de la oca*.... Este juego bárbaro endurece los corazones de los habitantes de los campos, como los combates de toros, de perros y de asnos producen igual efecto en las gentes del pueblo de París. Acostumbrados á convertir en diversión el martirio de seres que se creen indignos de compasión, se adquieren hábitos de insensibilidad hacia los parientes, los convecinos y hasta sus propias mujeres y sus mismos hijos; y esta insensibilidad influye de un modo deplorable en sus convicciones y en su bien». Terminaba su escrito lamentándose de que esto pasase en una parte de la nación más dulce y delicada de la tierra.

No faltó quien impugnase estos pensamientos en de-

(1) *Panorama de nouveautés parisiennes*, dirigé et publié par Gouriet: Paris, 1824.

fensa de aquellos espectáculos ; pero el autor (1) replicó : «Nada es más contrario á la opinión pública que estos combates de animales, donde se presentan á la vista del pueblo, ya toros, osos y asnos, acometidos por una docena de robustos perros de presa, ó de gallos peleando entre sí para el sumo placer de los espectadores. La costumbre de ver cómo corre la sangre de los animales convierte en insensibles á los hombres para la muerte, y si hemos tomado de los españoles los combates de toros y de los escoceses las riñas de gallos, algún vil especulador no tardará en traernos boxeadores ingleses, y el hombre perezoso y estúpido que no sabe qué hacer del tiempo para aprovecharlo, asistirá á estos espectáculos cruentos. En Roma primero se ofreció al pueblo el de los animales, luego quiso el de los hombres».

Preparada así la opinión, no hay que extrañar que cuando en 1852 en Saint-Sprit se dieron corridas de toros al uso español, surgiese mucha oposición contra ellas. Clamaron los moralistas, y trajeron á la memoria que cuando los romanos quisieron introducir combates de gladiadores en Atenas, un ciudadano de ella, dijo : «Sea; pero destruyamos los altares que nuestros abuelos habían erigido á la piedad».

René de Semallé (2) imitó estas palabras, diciendo : «Sea; restableced los combates; tornad á su primitivo destino las arenas de Nimes y de Arlés; abatid primeramente los altares del Dios de la paz y de amor; y antes de restaurar el paganismo, destruid la Religión cristiana».

(1) En la Revista ya citada.

(2) *Lettres d'un touriste sur les combats de taureaux* : Paris, 1863. Se dirigieron al Dr. Blantin, vicepresidente de la Sociedad Protectora de los animales. Se imprimieron por primera vez en Bayona en 1853, y luego en un periódico de París el año mismo.

Tal importancia se quiso dar á la introducción de esos espectáculos, según la costumbre española, y haciendo de ella con semejantes exageraciones una cuestión de carácter religioso.

Después de censurar al clero español porque no había procurado en siglos y siglos abolir una fiesta que, si San Pío V condenó, Gregorio XIII vino á autorizarla, porque informes nuevos llegados á la Santa Sede aseguraban que el riesgo de muerte de los hombres era muy remoto, dada la destreza de los que salían á las plazas, exhortaba al clero francés á que enérgicamente reprobase el espectáculo. Y para ello reproducía la Bula de San Pío V, modificada en gran parte por el Pontífice Gregorio.

En Burdeos se prepararon en 1852 á ver corridas de toros, mas el prefecto negó el permiso.

Verdaderamente hay que decirlo : sólo hallaron contradicción en un periódico de París (1). Los demás les concedieron alabanzas por la bravura de los toreros, y por su habilidad igualmente.

Semallé clasificaba el espectáculo de escena de bufonería y crueldad. Más acertado estuvo al decir que de esta fiesta piensan muchos que es una demostración de la superioridad del hombre sobre el bruto; mas observaba que el torero se ejercitaba en el estudio de esta lucha, y el toro no, y si uno de éstos se presentase dos veces en la plaza, la superioridad del hombre sería menos evidente.

Esto, antes que lo notase Semallé, nuestro pueblo lo sabe perfectamente, al llamar á toros de este género *placados*, tan inhábiles como peligrosos para la lidia.

En Francia se han experimentado alternativas en conceder ó negar licencia por las autoridades para estas fiestas á los toreros españoles.

(1) *La Presse religieuse*.

Hoy, el interés de ofrecer espectáculos desconocidos á tantos viajeros de remotas naciones que visitarán la Exposición universal, ha movido al Gobierno de la República á consentirlo con ciertas restricciones, por las que cree alejar peligros á los lidiadores y quitar algo de repugnancia á los que asistan á los circos. Ha querido buscar un término medio entre las opiniones de los filósofos moralistas, que no han podido quitar en siglos los combates de toros y osos y otros animales con perros de presa, tan del gusto del populacho de Francia y especialmente de París, y los que quieren presenciar el espectáculo de la lidia de toros á la española. Seguramente no habrá conseguido satisfacer á los unos y á los otros. Pero el primer paso, dado está. Las corridas de toros lograrán aclimatarse íntegras en Francia.

No soy entusiasta de ellas y sí casi indiferente, y quizá sin casi, indiferente del todo.

Pero por la novedad de la concesión del Gobierno francés y para un concurso universal tan solemne, me ha parecido ordenar estos apuntamientos de mi curiosidad sobre toros en Francia, por no ser muchos de ellos vulgares. Consignados en una excelente Revista, en ella podrán servir de recuerdo y como estudio de costumbres á los aficionados.

Cádiz 20 de Abril de 1889.

ADOLFO DE CASTRO.

APÉNDICE

No puedo prescindir del recuerdo de lo que un muy afamado novelista francés dejó escrito sobre las corridas de toros españoles que tuvo ocasión de ver por los alrededores de Cádiz. De Eugenio Sué he dicho ya que estuvo en esta bahía y ciudad desde 1823 hasta la retirada de las tropas francesas. Era médico de sanidad de la Armada. Estudió nuestras costumbres y trazó varios animadísimos cuadros de algunas de mi provincia, mezclados con fantasías á la francesa. *El gitano de Andalucía* tiene por título una de las novelas marítimas, cuya acción empieza en la llamada gran ciudad y Puerto de Santa María, con motivo de una corrida de toros celebrada en aquella plaza, corrida en cuya descripción empleó todas las galas de su ingenio.

Merece verse la impresión que aquel espectáculo causaba en él, así como inferir la de los más de sus amigos y compañeros. Y anímame á ofrecer á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA algunas pinturas de Sué, preciosísimas cuanto verídicas en su mayor parte, la circunstancia de haber admirablemente descrito en verso una corrida de toros en el mismo Puerto de Santa María un buen poeta de Cádiz, con escasa fama y mucho merecimiento, contemporáneo de Sué. Hablo de Juan Miguel Narciso de Arrambide, mi tío, que en edad muy provecta falleció en Granada. No compiten los autores, porque ni pensaron siquiera en competir; pero sí los escritos. La descripción de Arrambide, como se verá por la muestra, es acabadamente literaria, y no de las de salir del momento que hoy se leen en revistas de periódicos.

«Abrense las compuertas : sale airoso,
Toca Simón, y el matador ufano
Lo brinda á la ciudad, y va animoso,
A lidiar con la fiera mano á mano.

Era *Guillén* : con su vestido hermoso,
Su lindo talle, su mirar gitano,
Lo llama, lo revuelve y va poniendo,
Y de una lo remata recibiendo.

El tercero salió berrendo en rojo,
Con la divisa azul, blanca y morada,
Bien encornado, de extremado arrojo ;
Pero blando al llegar á la picada.

Busca gente de á pie para despojo,
Al recorte y carrera acostumbrada ;
Se presenta *Guillén*, y, cual desea,
De mil distintos modos lo capea.

Llegó haciendo la vieja, y al derrote,
Dió una vuelta y quedó firme y parado :
Despliega á la verónica el capote,
Y lo saca por uno y otro lado.

Se pone por detrás el anascote,
Y lo burla de espalda y de costado ;
Y al rascarle el testuz como de un vuelo,
Las babas le limpió con el pañuelo.

Banderillas : la muerte : el *Sombrerero*
Salió pausado, asaz respetuoso,
Y con semblante afable, aunque severo,
A otro majo se acerca muy lujoso ;

Al que ofreció cortés y placentero
La espada y la muleta, que animoso
Toma y al toro va con firme huella :
Era el noble marqués de Torre Cuella.

A nadie lo brindó su señoría,
Aunque cierta mirada revelaba
El brindis, que sus labios encubría....»

¡Cómo se entusiasma Eugenio Sué recordando las fiestas españolas en el Puerto de Santa María!

« ¡ España! ¡ España! (exclamaba.) ¡ Cuán puro y espléndido tu sol amanece! Con clara y regocijada luz sus rayos alumbran las calles del Puerto de Santa María. Las voleadas ventanas de sus blancas casas, donde se asoman muchas hermosas, alegran la vista, y los naranjos perfumados del paseo de la Victoria aparecen cubiertos de doradas hojas. Á lo lejos Cádiz se divisa embozado en un vapor cálido y rojizo. Su playa, cubierta de deslumbradoras arenas, presenta un festón de diamantes formado por las transparentes y azuladas ondas que extienden por ella su esplendorosa espuma. Desplegan multitud de faluchos en el puerto sus gallardetes, con los que el ligero vientecillo juguetea, mientras murmura en el coraje. Todo es movimiento, todo ruido, y aroma, y luz vivísima. La frescura de las marinas plantas, el cantar de los marineros en tanto que extienden las anchurosas velas, húmedas aún del rocío de la madrugada, el toque de las campanas, el relincho de los caballos que, con brincos y corvetas, se precipitan en las verdes praderas detrás de la ciudad, ó que corren por las calles; todo, todo produce un verdadero encanto. »

Seguramente Eugenio Sué pinta con diestra mano. La prisa de los yentes y vinientes con motivo de los toros; por el camino de Sanlúcar de Barrameda, calesines ricamente dorados, alegrando con los sonos de las campanillas que al cuello los caballos llevan; y los coches procedentes de Jerez, y caballerías de Rota, Chipiona, Puerto Real y demás carreteras de Cádiz, en que se movían grandes poblaciones sin ferrocarril que les facilitase el tránsito.

Sué no se olvidó del pintoresco galán andaluz. « ¡ Qué bien parece, dice, con su querida á las ancas del caballo, con su paso ligero, y el vestido con bordado y forro de

seda de vivísimo color! ¡Qué vistosas vislumbres las de los botoncillos de oro afilegranados que guarnecen la parte exterior del muslo hasta los botines! ¡Cuán firme el pie se ostenta en el ancho estribo morisco! ¿Quién podrá verle la cara? Le cubre la mantilla de su andaluza. ¡Cuánta gallardía, cuánta sal en su hermosísima pareja! ¡Y qué bien, sobre lo pardo de la chaquetilla del amado, resaltaban las mangas verdes del monillo de la amante! ¡Y qué fuego en aquellos ojos! ¡Oh, Dios de bondad, qué miradas! ¡Qué talle! Bendita sea su complaciente basquiña con sus plegados faralaes, que nos dejan ver una torneada pierna y un admirable pie. Una y mil veces bendita sea, porque en un bienaventurado momentillo nos ha concedido entrever la riquísima liga azul que ata su media de seda!.... ¡Galopa, oh joven! Pica la espuela, y sentirás al par cómo tu morena te estrecha contra su corazón. ¡Tú escucharás sus palpitaciones, y acariciarán tu rostro sus cabellos, y abrasará tus mejillas el ámbar de su aliento! ¡Corre, bellísima pareja; corre, y que los que os envidien os vean desaparecer en medio de la nube dorada del polvo que levanta vuestro fogoso trotón!»

El novelista nos presenta en un balcón de la plaza de toros á una deidad en la persona de una joven huérfana, bella y rica, que, debiendo tomar al siguiente día, en el convento de las monjas de la Concepción, el hábito de religiosa, se despedía del mundo, adornada de diamantes y perlas, ofuscando el brillo del sol, y con sus cabellos negros como el azabache cayendo agraciadamente ensortijados sobre un rostro no menos pálido que melancólico.

Ornaba el antepecho blanca colgadura y guirnaldas de flores (1).

(1) Habrá sorprendido á los lectores eso de que una joven, en vísperas de entrar en un convento para la toma de hábito, vaya á una corrida de

Al salir le pareció estremecerse el mar con las reiteradas exclamaciones: «¡Bravo toro! ¡Toro magnífico!» Tal dice Sué, y así prosigue: «El animal estaba como asombrado y aturdido, y se puso á mirar hacia todas partes.... Se paseó despacio en torno de la barrera para buscar una salida, y no hallándola, se emplazó en el centro del redondel, escarbando la arena.

»Lo capean los chulillos; y los picadores, con sus luengas varas, sus sombreros de grande ala, sus chaquetillas de plata y sus calzones de ante, á tierra vienen y sobre el polvo ruedan.

»Orgullosa la fiera con el vencimiento de sus acosadores, recorre la plaza tan engreídamente, que no se apercibe de las banderillas que le plantan en el lomo.

»Con este castigo, el animal se hace desconfiado, y embiste intencionadamente á la muleta que le presenta Pepe Ortiz, y con tal intención, que á la vuelta segunda queda clavado contra la barrera el matador para lanzar el postrimer suspiro (1).

»¡Pudieran despertarse los muertos á los convulsivos y unánimes gritos que este suceso ocasionó en la plaza!»

Nárranos á continuación que ocurre un acontecimiento inaudito. Entra sin ser llamado, ni permiso previo, un hombre que no llevaba traje ni armas de toreador, ni gacho sombrero, ni bordada chaquetilla ó con alamares. El vestido parecíase al de los croatas, negro; muchos toros, sin duda para edificarse, costumbre que Sué narra como cosa corriente en la España de Fernando VII.

(1) En la descripción citada de Arrambide se habla de un picador Ortiz, sin decir que muriese en la corrida:

« Dos puyazos tomó, y siguiendo luego,
Con el valiente Ortiz rabioso cierra;
El caballo le mata, airado y ciego,
Y hace rodar al viejo por la tierra ».

pliegues se veían en sus polainas ; llevaba gorro de marinero con pluma blanca ; montaba preciosa jaca negra, con aderezo morisco ; con no menos maestría y gracia manejaba las riendas. Lucía dos buenas pistolas de arzón y sable corto y corvo, á guisa de marino de guerra.

Saludó á la destinada á monja. El toro acude á embestirle. El desconocido dice á la doncella: «Por V. y por esos ojos de color del cielo».

Con presteza infinita, huye el caballero la acometida por medio de una vuelta. El toro torna á buscarlo, y entonces el galán, encarándose nuevamente con la joven, exclama : «Ésta también por V., señora ; mas en esta ocasión, en honor de esa boca, más hermosa que el mismo coral.»

Toma del arzón una pistola, y con tal acierto dispara, que el toro cayó á los pies de la jaca. La joven denotó gran ansiedad, y él la echó un beso.

Sué confiesa que esta escena era extraña para los españoles ; y aunque la llama «inaudita», Felipe IV mató una vez, y de un arcabuzazo, á un toro, y otra su hijo el príncipe D. Baltasar Carlos de Austria, hazañas celebradas por varios poetas aduladores. Pero, en fin, el novelista tenía razón ; esto no era costumbre.

Trázanos luego el cuadro de la indignación popular, de que tuvo que huir el aventurero, saliendo en medio del asombro, y aprovechando la ocasión de embarcarse sobre seguro, pues sus amigos y parientes, utilizando la distracción pública, habían dejado escapar todas las falúas, lanchas y esquifes que había en el muelle, dejando sólo la del pirata, pues tal era, para que lo llevase á su buque, surto á la entrada de la bahía.

Como se ve, Eugenio Sué desplegó los elegantes vuelos de una riquísima imaginación para legarnos estas

vivas pinturas, tan poéticamente bellas, de una corrida de toros en la provincia de Cádiz y en la ciudad clásica de estas fiestas, tan frecuentada de extranjeros, por tantos comerciantes como en ella residían, y más con la permanencia de la escuadra y guarniciones francesas en Cádiz, San Fernando, Puerto de Santa María, Jerez y Sanlúcar.

CASTRO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Insolación (*Historia amorosa*), por EMILIA PARDO
BAZÁN.

ME gustaría haber leído este libro sin saber que fuese libro de mujer, y de mujer de la valía literaria de la señora Pardo Bazán. El conocimiento del nombre y de las condiciones de un autor influye, quiera que no, en la apreciación que el lector hace del libro. Acaso el juicio que forma después de su lectura, y que juzga fruto de ella, no es más que indeliberada sugestión del prejuicio con que por aquellas circunstancias la emprendió.

Ocúrrase, que si bien la intuición entra por mucho en el arte del novelista psicólogo, de suerte que, en no pocas ocasiones, lo que en él se pondera como potencia de observación es mera virtud adivinatrix de su inteligencia, todavía, sin embargo, queda una parte menor ó mayor para la experiencia externa del mundo positivo, cuyo estudio analítico y atento, ó ya aguza la labor intelectual dándole punto firme en el cual apoyarse para dar el salto en el aire de la hipótesis, ó ya ratifica y confirma la ver-

:

dad lógica de éstas, mostrando *a posteriori*, en la realidad del fenómeno, la certeza de la ley moral *a priori* supuesta ó imaginada.

Pero la experiencia, ó ya de sugestión, ó ya de comprobación, no está al alcance de todo el mundo. Hay una serie de detalles que el sujeto de la observación esconde ó disimula: aquellos detalles precisamente más característicos y más singulares, aquellos cuya presencia en la novela ó en el estudio psicológico más nos encantan y mejor abonan de perspicaz al analizador.

Por esta razón creo que de los hombres pueden hablar mejor los hombres que las mujeres, y viceversa. Entiéndase siempre en igualdad de talento y de penetración. La mujer esconde, aun al marido, aun al amante, aun en los momentos de más íntimo abandono, muchos recodos de su naturaleza moral. Cuando, apasionada, descorre hasta los últimos velos de su pudor físico, aun entonces recoge y arrebuja sobre los puntos más delicados del pudor de su alma, la densa gasa en que ésta se envuelve.

En cambio, para una mujer penetrante no existen semejantes recatos en las demás mujeres. El sujeto de la observación se muestra más al desnudo, sin artificios ni composturas ni vergüenzas, á la manera que sin ellos se presenta una mujer ante otra mujer en el ingrato *deshabillé* de un desestero.

Figuraos á Balzac mujer, y uniendo á la perspicacia analítica de su talento el caudal de observaciones personales, por nada perturbadas ó adulteradas, que con faldas y corpiño hubiera podido recoger de los demás corpiños y faldas. Amén de que en toda análisis psicológica, pura ó en acción, pone el analizador algo de sí propio, y por lo que en sí propio observa imagina á los demás. De ahí que, en un sentido elevado, pueda decirse que en

toda novela hay algo de autobiografía. Si la autora es mujer, en la protagonista mujer hay algo de la autora; en el protagonista hombre algo del ideal de la autora. Si es hombre el autor, hay algo de él en el protagonista varón; algo de su ideal en la protagonista hembra.

Van todas estas filosofías á cuento de *Insolación* de la Sra. Pardo Bazán en el sentido de que me parece á mí que una *Asis*, que tal es el nombre de la protagonista, sólo una mujer es capaz de perfilarla como está allí perfilada tan primorosa y delicadamente, y que un *Pacheco*, apellido del co-protagonista, tampoco lo imagina más que una mujer. La Sra. Pardo Bazán casi casi nos hace más favor del que merecemos. Nos idealiza un poco. Hablo de idealizar en el sentido de que hace de Pacheco un tipo de excepción, un personaje que no es de los más corrientes. *Lo principal*, como diría limpia y discretamente el razonador D. Gabriel, especie de filósofo á lo Dumas (hijo), que entretiene al lector con sus paradojas, nos empuja á *lo accesório* con alguna mayor facilidad de lo que, según parece, empujó á su Pacheco. *Según parece*, digo, y nada más, porque si pudiere departir en confianza con la autora, y tuviese la habilidad de D. Gabriel en tratar de frac y guante blanco, hablando con una dama, los temas más escabrosos, haría que me sacase de dudas y me revelase el secreto de si en las varias entrevistas que á solas tuvieron Asis y Pacheco después de la famosa calaverada del día de San Isidro, trataron exclusivamente de lo principal, ó bien hasta dónde llegaron los preliminares de lo accesório, si de preliminares no pasaron. Extremo es este que no queda del todo puntualizado en la historia amorosa de que se trata, y hurga un tantico la curiosidad ó la malicia del lector. Lo que es si Pacheco aplazó, ó Asis consiguió que de tal suerte aplazase Pa-

checo el sacrificio de lo principal á lo accesorio, todavía resulta más idealizado el Pacheco de la novela. ¡Pues ya lo creo que Asis había de acabar por enamorarse como una tonta de aquel andaluz tan alegre, tan decididor, tan expansivo, y al propio tiempo tan delicado, tan discreto, tan prudente; milano con unas garras atroces, y que, sin embargo, luego que se cuele en el nido de la paloma, para no rasguñarla siquiera, las encoge y encorva, á riesgo de clavárselas en sus propias carnes, hasta que la paloma, rendida, le dice sobre poco más ó menos:—¡Pero, señor milano, hínqueme V. sus uñas!

He hablado de perfiles primorosos en el tipo de Asis, de delicadezas de observación verdaderamente femeninas, y fácil me sería probarlo con sólo que pudiese abrir el libro y marcar con el dedo una buena porción de sus páginas. En tal sentido, es un encanto su lectura. Hay detalles seductores. El tipo está tratado con un cariño y un esmero tal, que la autora ha logrado casi en absoluto evitar el escollo en que con menos arte, muy poco menos, hubiera zozobrado.

Si yo contase al lector el argumento del libro, á palo seco, sin los distingos y honduras de su desarrollo, diría el lector:—Vaya, la historia de una horizontal de alto copete que engatusa y emboba á un Tenorio de pacotilla y consigue que se case con ella. Extractada así en crudo la novela, tales resultarían los tipos. Por esto ni la cuento ni la extracto, aun á riesgo, riesgo seguro, de que estas líneas sean un verdadero logogrifo para quien no haya leído ni lea *Insolación*. Y, sin embargo, ni hay tal horizontal ni tal calavera doctrino. El lance resulta perfectamente justificado, perfectamente verosímil, con sólo que admitamos como premisa la que he llamado idealidad, ó sea excepcionalidad del tipo de Pacheco.

Resulta el lance, con ser singular, perfectamente verosímil y por contera honrado y casi honesto, no ya sólo porque otras más pintadas que Asis se rindieran á un tipo como Pacheco, sino porque la novelista, con una exquisitez extraordinaria, cuida de justificar los deslices de su heroína por medio de una doble justificación: la general de lo que se llama en lenguaje de curia antecedentes penales y de conducta, y la específica y peculiar que concretamente y con relación á cada etapa del desliz nace de los pormenores que la preceden y acompañan, la determinan y caracterizan. Era Asis viuda, viuda de un viejo, al cual le unió el cariño, no el amor. Su infancia, su juventud, fueron las de la hija única, huérfana de madre y educada por un padre nada rígido que adoró en ella. Acertaba á la sazón hasta á tener fuera de su lado á su hija, la única que lograra acaso apartarla del peligroso sendero que emprende. Es, además de libre, rica, y frecuente la alta sociedad, compartiendo hasta cierto punto sus despreocupaciones de buen tono. El cosquilleo de la curiosidad,—nieta de Eva al fin,—la vanidad interior de la mujer que no huye la tentación para darse el gustazo de dominarla, la ponen en el filo de la pendiente. Y luego, aquel sol aturridor de la pradera de San Isidro, con la sobreexcitación involuntaria, fisiológica, de la sangre.... Los ayunos prolongados.... La humillación de una borrachera con la gratitud por la discreción, más que caballeresca, paternal, del *cavaliere servente*.... Más tarde, un tarde de días y aun de horas, porque la yesca arde aprisa, la soledad con las obsesiones mentales del peligro corrido, las cuales, con hacer pensar en el tal peligro, llegan á hacerle adorable.... Por contera, y como único consuelo, la tertulia pegajosa de unas solteronas adormiladas.... Los celillos del amor propio, y luego la reacción que produce la seguridad del

amor ajeno.... *Amor che à nullo amato amar perdona*.... En suma, tal conjunto y engranaje de tentaciones que no hubo forma de resistirlas. Y Asis cayó, y cayó porque otra cosa no podía ser, y cayera, puesta en su lugar, hasta la taumaturga de las taumaturgas. Afortunadamente la autora le tiene demasiada ley á Asis para consentir que la vertical se tienda en horizontal, y aun con riesgo de que se le diga que un Pacheco es tan raro como un premio gordo, en el momento en que lo *accesorio*, según tecnicismo de D. Gabriel, triunfa sin equívoco de lo principal y se cumplen las leyes de la atracción de las masas, vislúmbrase á lo lejos claramente, con luz de apoteosis moralizadora, la silueta del cura de la parroquia, y su sagrada estola cubre la menos sagrada coyunda que por fin enlazó estrecha y deliciosamente á los dos simpáticos protagonistas de *Insolación*.

Al llegar aquí hago alto, resuelto á no avanzar un paso más, y temeroso de releer lo que llevo escrito. Porque se me figura que, con tener fresca todavía la impresión de *Insolación*, no he sabido conseguir lo que ha conseguido su autora: tratar delicada y discretamente los temas y las situaciones más escabrosas, adelantando un pie, abalanzando medio cuerpo más allá del borde de la sima, pero retrocediendo luego con desembarazada gallardía en el momento en que el espectador teme que pierda el equilibrio y se precipite. No diré yo que, con pintar lo que pinta, sea libro para puesto en manos de muchachas que se preparen para la primera comunión; pero pueden leerlo muchos y muchas más de lo que acaso vaya á figurarse el lector pacato que se fije en lo que antes dije del argumento.

Fuera de que me inclino al sistema de Becquer, de quien se cuenta, probablemente sin ser verdad, que cuan-

do era fiscal de imprenta—ignoro si lo fué—pasaba inexorablemente el lápiz rojo por los artículos mal escritos favorables al Gobierno, y dejaba en cambio que corriesen, con tal de que estuviesen bien escritos, los de más furibunda oposición. ¡Qué diablo! Un grano de pimienta en plato bien condimentado todavía le hace más sabroso. Y lo que es bien condimentado, el plato de *Insolación* lo está.

Por esta vez ni es retórico ni es cursi el adverbio *gallardamente* aplicado al modo de escribir de la señora Pardo Bazán. Suelta corre y contoneándose con garbo la narración, amenizada por episodios descriptivos de un colorido caliente y de un vigor de reproducción maravilloso. Cualquier provinciano gaste su dinero para la ida y vuelta de la fiesta de San Isidro en Madrid; cualquier madrileño se achicharre y sude y sufra las de Caín para gozar del pintoresco espectáculo de la pradera; con cuatro pesetas que le cuesta *Insolación* adquiere un libro entretenidísimo, traba relaciones con personas muy simpáticas, y *ainda mais* asiste, muy tranquilamente arrellanado en la butaca de su gabinete, á la romería del Santo, y ve el paisaje, y oye el bullicio, y cruza por entre el gentío sin que le pisen ni codeen, y aun le dice la buena-ventura en su cháchara pintoresca la gitana más *saláa* que cobijó el sol de los soles, el sol de Andalucía. Y si la que compra el libro se llama Asis, y es viuda y rica y libre, y con un tantico de sangre caliente en las venas, á trueque de una *Insolación* se evita insolaciones que raras veces acaban en la parroquia, como por maravilla acabó la insolación del cuento.

JUAN SARDÁ.

Historia del Ampurdán, por D. JOSÉ PELLA Y FORGAS.

Si alguno pretendiese reducir á cuerpo de doctrina los principios del arte nuevo de escribir la historia, podría dar cima y remate á su propósito nada más que con estudiar la *Historia del Ampurdán*, escrita por el Sr. Pella y Forgas.

Comenzada su publicación el año 1883, hace pocos meses acaba de salir á luz la última entrega! Dicen que es vida envidiable la que en la edad madura consigue realizar un proyecto de la juventud. El Sr. Pella es más digno de envidia todavía, ya que en la juventud ha realizado un pensamiento por él concebido cuando era colegial.

Diferéncianse las modernas historias de las antiguas, no sólo por la abundancia y diversidad de ciencias peregrinas con las que engrosan su caudal, sino también porque el objeto propuesto al estudio de ellas es la sociedad, el pueblo, considerado en las manifestaciones de su vida sucesiva.

Los modernos historiadores, con el acierto que pueden, observan el programa trazado por el insigne Macaulay: «Muy imperfectamente ejecutaría mi tarea, si sólo tratase de batallas y asedios, de la subida y caída de los Gobiernos, de las intrigas palaciegas y los debates del Parlamento. En lo que alcance, he de relatar la historia del pueblo al par que la del Gobierno; referir los progresos de las costumbres y de las bellas artes; describir la aparición de las sectas religiosas y los cambios en el gusto y aficiones literarias; retratar á los hombres de las sucesivas generaciones, sin olvidar por eso las mudanzas

que el traje, mobiliario, mesa y diversiones públicas han venido experimentando. Con gusto oiré los cargos que me hagan por haber rebajado la dignidad de la historia, si consigo poner ante los ojos de los ingleses del siglo XIX una pintura exacta del modo de vivir de sus antepasados (1)». Ya la historia no habrá de ser, en adelante, la palestra donde luzcan las armas y arreos del genio oratorio, justificando en honor de reyes y magnates y de sucesos militares exclusivamente.

El Sr. Pella ha demostrado que está al tanto de las exigencias de la moderna historia. Con erudición variada y exacta, frase pintoresca y entonación severa, á la par, nos ha narrado el desarrollo de la civilización en la región ampurdanesa, de tal suerte, que pasan al alcance de nuestra vista todas sus causas y factores, no en fórmulas abstractas, sino es revestidas de formas cuyos elementos proporcionó la realidad, cuidadosamente observada.

Comienza la obra del Sr. Pella exponiendo la civilización primitiva del Ampurdán, y rastreando sus recuerdos y designando sus monumentos. Luego, en varios capítulos, trata de la inmigración é influencia de ciertos pueblos civilizadores: camitas, sardos, etruscos, fenicios, iberos, bébrices, indigetes, liguros, cuyos restos de cultura inventaría y analiza. Después ya penetramos dentro de los confines de la historia clásica con la colonización y conquista de griegos, celtas y romanos, asistiendo á la fundación de Ampurias y al florecimiento de la civilización helénica, y más tarde al desarrollo y decadencia de la romana.

Alborea la Edad Media con la propagación del Cristianismo, á la cual siguen la irrupción y dominio sucesivo de godos y árabes. La Reconquista es un período en el

(1) *Historia de Inglaterra*, cap. 1.

cual suceden tres fenómenos históricos muy interesantes: fundación de villas como Figueras, La Bisbal y otras poblaciones; destrucción de Ampurias por los piratas normandos, é independencia de los condados. Pero, á fin de que nos sirva de guía por entre el enmarañado laberinto de la época feudal, el Sr. Pella expone un concienzudo y curiosísimo cuadro de etnografía ampurdanesa, estudiando las razas en los restos arqueológicos de ellas y en los rasgos y caracteres que actualmente conservan y ofrecen. Habiéndose adaptado, en gran parte, el fraccionamiento del feudalismo á la distribución de las razas, y demostrado las diversas regiones ampurdanesas tendencias distintas, correspondientes á los diversos grupos étnicos, ese cuadro etnográfico es la mejor introducción que se podía poner á la historia de la Edad Media, cuyos contradictorios movimientos parecen hijos de la inconstancia de las pasiones humanas, de no ser puestas al descubierto sus recónditas y efectivas causas.

Uno de los problemas más interesantes é intrincados de la historia de las instituciones, es el relativo al origen del régimen feudal. Cuatro teorías, principalmente, disputan la explicación de ese importantísimo hecho social. Primera, que el feudalismo es una institución germánica, traída por los bárbaros de sus selvas, é implantada, opresiva y violentamente, en las naciones vencidas; esta es la teoría clásica de los escritores liberales y revolucionarios, empeñados en legitimar la revolución social, de la cual procede la sociedad moderna. Segunda, que el feudalismo es producto de un estado social determinado, una de las fases lógicas y necesarias de la evolución de la propiedad. Tercera, que el feudalismo es una fase de la evolución de la propiedad romana, cuyos gérmenes se hallan en la posesión beneficiosa ó precaria. Cuarta, que

el feudalismo es derivación de una forma de la propiedad entre los aryas ó indo-europeos, nacido de las prestaciones impuestas por el jefe al verificar la distribución, entre los hombres de su tribu, de lotes de ganados propios, mediante pactos y convenios análogos á los conocidos con el nombre de *recomendación*, los cuales ponían bajo la salvaguardia personal de un señor á otro hombre de menos guisa, antes de que la hacienda ó territorio *tribual* hubiera sido apropiado individualmente. Estas cuatro teorías, variamente combinadas, son madres de otras muchas.

» El Sr. Pella explica claramente el establecimiento del feudalismo en la comarca ampurdanesa, y aun en toda Cataluña. Recuerda la constitución de las propiedades romanas concentradas ó *latifundia*, y su ocupación por los invasores godos y visigodos; pone de resalto la intranquilidad y miseria del largo período de las invasiones germánicas y árabes que obligaron á los pobres y desamparados á buscar protección por medio de los contratos de *recomendación* ó *salvamento*, ligando su suerte á la de los señores que habían ido convirtiendo las antiguas *villas* romanas en fortalezas y castillos; expone la organización que Carlo-Magno dió á sus conquistas de tierra catalana, estableciendo la jerarquía de duques, vicarios, condes, vizcondes, etc., encargados de gobernar el territorio, mandar las tropas, cobrar los impuestos y administrar justicia, funcionarios que coexistían con los *Vassus* ó señores independientes, pero sometidos al Emperador por vínculos de fidelidad, y la relajación de los lazos que á los primeros unía al poder central, favorecida por las revueltas y destronamientos que acontecieron en tiempos de los sucesores de Carlo-Magno, relajación que únicamente aguardaba una ocasión oportuna para con-

vertirse en plena autonomía. La convergencia de estas causas produjo, en concepto del Sr. Pella, la formación del feudalismo, el cual se perfeccionó y completó con los pactos de fidelidad que anudaron entre sí los señores, correspondiéndoles la presidencia de esta federación de feudos á los condes de Barcelona. Y en cuanto á la ocasión oportuna, suministróla la tremenda invasión de Almanzor, verificada el año 986:

Explicado el origen del feudalismo, se ocupa el señor Pella en relatar cuanto atañe á los órdenes en que se subdividió la jerarquía feudal, hablándonos minuciosa y eruditamente de los monjes, de la fundación de monasterios ampurdaneses, de las ruinas que de ellos quedan, de su importancia artística, de su influencia, de las persecuciones que sobre ellos cayeron, de su organización, y de la vida y costumbres de los monjes. Y con igual prolijidad trata de los magnates y señores, del desarrollo y vicisitudes de la vida municipal y del advenimiento de la democracia rural, personificada en los *pagesos de remensa*.

La ruina de la familia soberana de los condes de Ampurias, lograda por tretas curialescas, ardides de escribano y triquiñuelas legales, ilumina con vivísima luz la política de aquellos soberanos que, educados por los legistas, iban acopiando trabajosamente en la mayor parte de Europa los materiales con que, más tarde, sus sucesores habían de construir la pesada mole del absolutismo monárquico.

De ordinario acontece que los cambios en el temperamento y temple de las naciones son debidos á revoluciones sociales, que levantan á la dirección de los negocios públicos nuevas clases. El Sr. Pella confirma admirablemente esta idea, demostrando la importancia que ejerció

en los destinos de Cataluña el advenimiento de los *pagesos*, acaecida en la hora en que ya declinaban y tocaban á su definitivo aniquilamiento las antiguas autoridades é influencias sociales. Los pagesos, armados de la riqueza territorial, constituyendo una clase «rica, ya antes poderosa y desde antiguo guerrera», entran «en el gran drama de la historia en pleno siglo xvi», y llenan con sus hechos los anales de los siglos xvii y xviii. Extremosamente realistas y católicos, enamorados del principio unitario é igualitario, asientan su imperio sobre las ruinas de la Edad Media; precipitan las crisis de los tiempos modernos; suya es la sangre que corre en alborotos y revoluciones, así como también suya la estirpe de los más notables patricios y de los sabios más ilustres de Cataluña. Ellos son los principales actores de la guerra separatista iniciada en la noche de 18 de Mayo de 1640, de la tenacísima y heroica oposición al entronizamiento de los Borbones, de las guerras de religión contra la República francesa, contra Napoleón I y contra el liberalismo.

Los últimos capítulos de la obra del Sr. Pella, vigorosamente pensados y no exentos de esa melancolía que comunica la contemplación de las cosas que fenecen y concluyen, destinados á contarnos la historia del Ampurdán sin historia propia, nos llevan á los orígenes del período contemporáneo de Cataluña, caracterizado por la aparición de los partidos liberal y carlista y el despertar de la vida regional. ¡Dios haga que esta última influencia se sobreponga á la primera, autora de tantas ruinas y desastres en toda España! El libro concluye con una curiosísima psicología del pueblo catalán.

Estas son las líneas generales de la *Historia del Ampurdán*, la seca síntesis de un libro cuyo interés principal

estriba, acaso, en la multitud, en la infinidad de detalles y pormenores que ordenadamente contiene. Citaré, por vía de ejemplo, nada más el cap. xxxi, que habla de la historia social de los campesinos del N. E. de Cataluña, y los estudios acerca de las razas que forman la población ampurdanesa (cap. xxi y apéndice *F* de la parte cuarta), ilustradas con estadísticas, cuadros y mapas que el autor ha ido formando, referentes á las estaturas, color de los ojos y forma del cráneo de los niños y quintos del Ampurdán. El Sr. Pella sabe muy bien cuán grande es el valor inductivo de hechos en apariencia insignificantes, y con la misma pluma que comenta un texto clásico, consigna el modo de lavar que usan las mujeres de alguna comarca del Ampurdán, metidas en el agua, comparándolo á la misma costumbre que, efectivamente, observan las mujeres del país bascongado, aun en el rigor del invierno, ó nota la afición á los colores claros, chillones ú oscuros que revelan los pueblos en las telas de sus vestidos.

El estilo de la *Historia del Ampurdán* es llano, sobrio, sin afeites retóricos ni declamaciones oratorias, vivo y animado en las descripciones, bastante influido en los giros y modismos del lenguaje y en la construcción de la frase y en el uso de vocablos por la lengua catalana, que es la nativa del autor; pero adornado, á menudo, con esa soberana elocuencia que consiste en decir con lisura ideas é imágenes grandiosas, sin que la hojarasca de la frase las cubra ú oculte. «Estos días pasados, —dice al hablar de la decadencia romana en el Ampurdán, —excavando en las ruinas de Ampurias, presentóseme una gran tumba; un mosaico pagano que habían utilizado para la tapa, tenía grabada una cruz latina. He aquí la imagen de las dos épocas: la tumba vacía del paganismo y la cruz abierta en el seno del mundo antiguo». Al describir el combate

naval de las islas Formigas, pinta de esta suerte uno de sus episodios : « Maniobraron entonces los catalanes hasta colocarse entre la costa, de la cual se apartaron poco trecho, y los enemigos, y cuando en cada galera aparecieron de repente las tres luces, los gritos de ¡Aragón! y ¡Sicilia! resonaron, y grande estrépito de trompas, atabales, armas y voces de mando, mientras la luz incierta del próximo día se traslucía á Levante, y en la opuesta mano la obscura montaña del cabo San Sebastián salía, como coloso del mar, á contemplar el combate». El Sr. Pella no rebusca efectos dramáticos y pintorescos ; pero los obtiene, naturalmente y sin esfuerzo, ya con citas de otros autores, ya con párrafos de la propia cosecha, cuando la narración lo requiere, suministrando asunto adecuado : sirvan de ejemplo el paso de Aníbal por los Pirineos, el incendio de Peralada por su heroico señor D. Dalmacio de Rocaberti, y la desastrosa retirada de Felipe el Atrevido y sus huestes por el *coll* de Portús, soberbio engaste de la *Crónica* de Muntaner.

« La *Historia del Ampurdán* forma un hermoso volumen de 788 páginas, tersamente impreso é ilustrado profusamente con fotograbados, copias de fotografías, dibujos de tipos, paisajes, monumentos, medallas, monedas, vasijas, etc., y mapas.

Es un libro que convida á leer y que no engaña.

ARTURO CAMPIÓN

La Puchera, por D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Hay visibles analogías,—por lo menos en los orígenes de sus bellezas,—entre los estudios de la Sra. Pardo,

que examiné recientemente (1), y la última obra del novelista montañés. Y lo digo, porque así me parece, no por vano artificio que sirva para empalmar este capítulo con el anterior. Podrá ser diverso el fruto, pero el germen es el mismo. Más claro: no es tampoco *La Puchera* obra que se pueda catalogar en la casilla de las literaturas *urbanas* y generales, con arreglo á la división establecida interinamente, y por mi cuenta; todo lo contrario: precisamente hallamos la causa de su indisputable y hoy no disputada superioridad en lo mismo que era, pocos años hace, continua ocasión de cargos gacetillescos contra el autor: *su particularismo*. Es ya tiempo de reconocerlo así tratándose de Pereda y de otros escritores, hoy que un psicólogo en boga, parisiense, y cosmopolita por más señas, con todo su cosmopolitismo y su diletantismo refinado, ha llegado á esta conclusión, que se aplica á Pereda y á otros escritores regionales, como si para ellos se hubiese escrito: «Para que la planta humana crezca robusta y sea capaz de retoñar con más vigor, si cabe, le es fuerza absorber, por medio de poderosa, cotidiana y obscura labor, toda la savia moral y física de un *sitio único*.... Casi siempre un gran escritor ó un gran pintor crecieron en su suelo natal, al que vuelven cuantas veces intentan comunicar á su ideal profundo sabor de vida. En cambio, las obras de los que no poseyeron un terruño propio, carecen de aquel sabor y de aquella profundidad.» En estas substanciosas frases se encierra, á mi juicio, no ya la razón de ser, sino la triunfante justificación de obras y movimientos literarios mirados hasta ahora con desvío. Entre estas obras conviene á mi intento colocar *La Puchera*; pues, como ya nadie ve en ella las

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA, número de Abril.

máculas de su origen peculiar, me será más fácil señalar los méritos que éste reporta á toda obra literaria, sin necesidad de atajar los pasos á prejuicio alguno. Ni llevo otro objeto, ni he de extenderme en notar bellezas de otro orden que ya imaginará el lector con saber que el libro es de Pereda.

Repitámoslo : cuanto hay de superiormente hermoso, moral y artísticamente, en *La Puchera*, procede de esta condición, que algunos miran con frívolo desdén: lo limitado y circunscrito de la visión del autor. En Pereda, como en muchos otros, esta misma limitación, no sólo aceptada voluntariamente, sino con singular cariño, se ofrece siempre con idénticos caracteres y da los mismos resultados. Puesto que el autor trata de cosas familiares á su conocimiento y queridas de su corazón, adquieren desde luego en su pluma aquel vigor, aquella complejidad de las habituales y hondas impresiones ; llevan latente la propia sangre, que sólo trasfunde bien el engendro natural, si no ha de enfriarse ó alterarse en lo más mínimo ; aparecen, en una palabra, totalmente hermosas, sin depuraciones ni eliminaciones. Más aún : esta su hermosura, su verdadera é intensa poesía, están casi siempre en lo más hondo y no encarecidas con aspaviento ni comentario alguno, sino veladas con varonil pudor y expresadas de un modo oblicuo, que redobla la emoción en los pasajes más patéticos de la obra. No anticipo por ahora cuáles sean éstos, porque toda ella es de la misma índole, de la índole de *Sotileza*, la maravilla en el género. Procuraré, sí, examinar á qué cualidades secundarias se debe aquel efecto vivaz y profundo, aunque bueno es insinuar también que se halla en todos los componentes del libro : en el estilo, en las descripciones, en los caracteres, en la misma acción ; todo magistralmente fundido,

:

todo por iguales partes animado, todo como sumergido, por decirlo así, en el gran amor á la naturaleza brava, sin límites ni estorbos, de la propia manera que Robleces y la ría con sus horizontes infinitos se sumergen en el aire de la Montaña.

Empecemos por el lenguaje y por el estilo. Aun á quien no haya leído la obra, le bastan las anteriores indicaciones para presumir cuáles sean su escenario y sus personajes. Labradores, pescadores y jándalos, gente ruda y habitantes de un pueblo corto, usan los más un lenguaje provincial, sobrecargado de modismos y muletillas locales, y hasta contrahecho por las leyes de la fonética popular. Tanto aquellos actores como el mismo autor, designan cosas y afectos con frases típicas del país, utensilios, aperos y faenas de la pesca ó la labranza, con tecnicismo vulgar y propio, casi ininteligible para el profano. Pues bien: á mi ver, hay en esta sola condición del vocabulario ó del estilo una fuerza extraordinaria de expresión, un encanto artístico, que en vano se busca en el lenguaje literario. Éste se aprende, por lo común, en el libro, donde, gastado, huero, limado y resobado, soltó ya la substancia que tuvo un día para convertirse en una especie de signo algebraico, que sólo habla á la inteligencia, sin mover, sin inflamar otra facultad. En cambio, el lenguaje provincial ó la jerga de las clases humildes, proceden de la vida íntima, de la imaginación eternamente creadora, del sentimiento en continuo ejercicio; y como tal es su procedencia, tales facultades mueve en el lector, y no únicamente la de comprender, harto seca y fría; de aquí su encanto. Y de aquí también que haya estrecha relación,—de la cual no puede prescindir el autor, ni debe, aunque pudiera,—entre la forma del diálogo y el carácter de los interlocutores, entre la descrip-

ción y lo descrito. El lenguaje y el estilo son aquí lo que deben ser: recta y viva exteriorización del pensamiento, con todo su jugo y toda su frescura, no algo independiente de él y á veces opuesto á él; no algo con valor extrínseco y á veces superficial hasta la puerilidad. Asistimos con el giro propio y gracioso del modismo al interno movimiento de la idea expresada; hallamos en la designación concreta y especial de cada objeto, sus líneas precisas, su color determinado, las incrustaciones sucesivas de afectos y recuerdos con que le adornó la imaginación del país. Y el hechizo que esto produce es tal, que aun sin haber oído el modismo, percibimos su gracia expresiva, y aun sin entender el vocablo, — ó por lo mismo tal vez, — nos sugiere, ó una imagen específica y rica en colorido, ó algo íntimo, tierno, doméstico, atado á las tradiciones de la comarca. De modo, que Pereda hace buena, con un ejemplo que nadie puede rechazar, puesto que escribe en castellano, la misma, exactamente la misma teoría en que fundan otros su empeño de cultivar lenguas especiales, ó llámense dialectos, si se quiere. Digámosle á Pereda que nos hable de *Arcillosas* y *Agostos*, ó que haga hablar á Joscós y Pilaras en el mismo estilo de los últimos capítulos de *Pedro Sánchez*, y se encogerá de hombros; pensará para sus adentros que no entendemos su arte y la belleza de sus libros: lo propio que piensan, lo propio que dicen otros escritores que no gozan todavía para los más el privilegio de pensar así.

El riquísimo y gráfico vocabulario que usa Pereda en sus diálogos y en las ocasiones oportunas, extiende más allá de estos límites su caudal fertilizador. No es únicamente el Lebrato quien tiene su peculiar lenguaje, sino el mismo autor hablando por su cuenta. Su estilo es del

propio modo exuberante, robusto, fuerte, sin afeminados matices ni acicalamientos. Como nuevamente fecundado por aquella savia popular, en la pluma de Pereda adquirió el idioma castellano renaciente vigor y hermosura adecuadísimos á su genio. No me refiero precisamente con esto á sus semejanzas con el de los clásicos ó á lo castizo de las voces: estas menudencias son imitables, y, por tanto, falsas y antiartísticas; me refiero, sí, á lo más esencial de aquella forma exquisita, á una fuerza y á una gracia interna, genuinas en el castellano, que, encarnado en el escritor montañés, retoñan en sus obras; si esta gracia y esta fuerza se parecen á las de los antiguos, será porque la planta es la misma, no por cultivos de invernadero. Y cuenta que muchos han de ser los atractivos de aquella prosa para hacerse perdonar algunos inconvenientes, que se hacen visibles en los malos imitadores. Quizá sea sacrilegio declararlo; pero tienen, á mi juicio, sus inconvenientes ciertas decantadas virtudes del castellano, como son la riqueza de sinónimos, su rotundidad musical y la flexibilidad extraordinaria de su construcción. En Pereda, que tiene además mucho nervio, encantan; pero, ¿á cuántos escritores españoles alejaron de la sobriedad y fomentaron la pereza de buscar la forma recta y precisa que, descarnando el pensamiento, le fuerza á valer por sí mismo?

Pero vuelvo á la obra. Al atractivo de estar *oyendo* á los personajes ó á un escritor sincero, se añade el de estar *viéndolos* á ellos y á sus cosas....., bien que en esta parte es necesaria una aclaración. Ya se entiende que voy á referirme á la *plástica* de la novela, condición que suele ser común también á todas las literaturas peculiares. Pues bien: si me extiendo mucho en este punto sin aclararlo, pueden sucederme estas dos cosas: que falte

en algo á la verdad, y que repita muchas apreciaciones que van pasando de moda. En otros términos : ni Pereda es de los que componen *exclusivamente* con la imaginación plástica, ni á ésta se le da ya tanta importancia como años atrás, bien pocos por cierto. Empecemos por esto último. Á mi juicio, la reacción, por lo menos en España, es prematura. De los dos modos de escribir novelas, el puramente narrativo, el de todos los tiempos, y el descriptivo-dramático, puesto en boga hasta ayer, me parece todavía el más eficaz, el más adecuado, el más artístico el último, aunque ya vaya cansando. Entre el autor que narra como de referencia, en tiempo pasado, lo que sucedió, que *cuenta* y no *exhibe*, y el autor que exhibe y cuenta, y pone delante de los ojos actores, escenario y acción, todo junto, influyéndose y explicándose mutuamente, estoy por el segundo. Tengo ese procedimiento, perfeccionado de un modo indecible en estos últimos años, por una verdadera conquista de la literatura moderna, y en absoluto independiente de otras cuestiones que tal vez se confunden con él. Así como un crítico apuntó la sospecha de que en el fondo el romanticismo no fué más que una renovación de la lengua, quizá el realismo no es más que una renovación de procedimiento, y esta renovación en la novela, lejos de merecer que ya se reaccione contra ella sólo por cansancio, es digna de duración y depuración, á despecho del abuso y á pesar de las malas imitaciones. Y no que ahora empezamos á temer el extendernos en elogios ó reparos sobre la parte descriptiva de una obra, sobre ese arte de componer dando de toda escena su visión actual y total, sobre la imaginación física del novelista, en una palabra.

Claro que no se trata de inventariar: este punto se aclaró por sí mismo; claro que pueden escribirse obras

maestras sin plasticismo alguno: las hubo, las hay y las habrá; verdad también que la descripción por la descripción fué siempre, como se dijo siempre, decadencia pura; pero nada de eso arguye contra la verdadera novela descriptivo-dramática tal como se escribió en el día. No hace mucho establecía Valera, burla burlando como suele, y á propósito de no sé qué versos americanos, una división, como suya profunda, entre las composiciones en que se procede por *conglomeración* y aquellas en que se procede por *organismos*. Una composición cualquiera puede ser un organismo que al desarrollarse naturalmente echa fuera sus miembros bien trabados y proporcionados, produciendo el efecto estético de toda creación armónica, varia y una; en una obra por *conglomeración*, todo se despega, y las partes mejor labradas no por eso tienen la virtud de comunicar vida al resto. Lo propio puede decirse á mi ver del elemento descriptivo en las novelas: excelente, cuando procede de un organismo vivo y se compenetra con el ánimo de los personajes, los sucesos narrados y el momento elegido; detestable, cuando agrupa pormenores sin cohesión, excesivos, inoportunos, sin valor significativo embebido en ellos.

Dicho esto, bien puedo elogiar como bellezas siempre nuevas y no comunes los pasajes descriptivos de *La Fuchera*, y bien puedo dolerme, primero y en general, de que no proceda el autor en su composición única y exclusivamente poniendo siempre las cosas á la vista, y segundo, de que evite á veces la descripción, la interrumpa, y buenamente se declare hastiado de ella. Pereda blasona de no atenerse á escuela alguna, y menos si es extranjera, y hace bien; se muestra rebelde á escribir con arreglo á canon, y todos le alabarán el gusto; pero esto, que está perfectamente en un prólogo ó en una profesión de fe lite-

raria, causa extrañeza singular y á veces molestia, porque interrumpe la ilusión, cuando se declara, directa ó indirectamente, en una ú otra forma, en el curso de la novela.

En *La Puchera*, el autor se comenta á sí mismo, juzga el valor de algunas frases, nos advierte que no quiere hacer hincapié en tal escena porque ya la trató, da á su narración, en una palabra, con toda espontaneidad, el carácter de una conversación privada, de una obra escrita de corrido, en la cual no hubo enmienda ni se volvió sobre lo escrito. Y, sin embargo, resaltan siempre con mayor relieve todas aquellas partes en que, sin tales protestas, en plena elaboración y producción de su obra, oculto, impersonalmente, el autor nos *hace ver* lo que ocurre, y se abren á sus propios ojos aquellos panoramas pintorescos donde todo se rebulle y se mueve, donde todo nos encanta á un tiempo, los actores y su paisaje, el Lebrato y el Josco en su choza, el Berrugo, Inés, Marcones y la Galusa en la casa de Robleces, Quilino, el Cura, ó D. Elías, trotando por las calles. Parece entonces que la propia vida de los personajes, el mismo cielo sobre el cual resaltan, nos explican más eficazmente, más bellamente su carácter y la índole de los sucesos en que intervienen; más, mucho más que el comentario y la pura narración. Así entreverados con esta van pasajes magistrales como *La Re en la Arcillosa*, todo lo relativo al *Conflicto de Pedro Juan*, el *Agosto del Berrugo*, la comida del *caballero* en casa de aquél, y otras y otras escenas, donde se alcanza aquella visión total y compleja que, sin necesidad de explicaciones, revela por sí misma afectos, intenciones, caracteres, la vida, en una palabra, realzada además por bellezas puramente externas y pictóricas que reconstruye el lector con verdadero embeleso.

He citado los caracteres. Del regionalismo literario

guardan los más de ellos, no sólo la intensidad de su vida artística, sino la savia moral absorbida en un *sitio único* y reducido. Son tipos familiares y conocidos de sus paisanos; son de esas creaciones completas que, lejos de parecer inventadas ni al mismo padre que las engendró, ellas mismas se le imponen, le dictan las palabras y le sugieren sus propios y consecuentes actos, como si el autor sólo tuviese que ocuparse en sacar fuera lo que llevan consigo. Esto, en cuanto á su artística perfección, repito. Pero son algo más: tienen todavía mejores cualidades. Nacidos en inmediato contacto con la naturaleza en que vivieron y á la cual deben su musculatura sana y su sangre oxigenada y rica, conservan algunos de aquellos actores un atractivo moral, no empañado por el artificio. Dice el autor, hablando de Pilara, que era «frescona y » grande como ella misma....., sana, recia y de temple: encina pura, mármol sin veta y acero toledano, salvo el » corazón, que era blandísima cera neta de panales». ¿No parece este el dechado de casi toda la gente montañesa y de bien, que nos pinta Pereda? ¿No son de aquella misma encina el Lebrato y su hijo? ¿No hay como un cariño entrañable en el autor hacia ese tipo humano, todo naturaleza, tierno por dentro y de corteza rugosa y áspera por fuera? Á muchos lectores fatigan tales personajes, á quienes no perdonan su *ordinariedad* (digamos la palabra) ni aun en gracia de su índole generosa y en ocasiones sublime, y, sin embargo, bueno es hacer notar una y otra vez, en los libros de Pereda, en muchos extranjeros, y en algunas literaturas circunscritas á estudiar á los pequeños y humildes (con horror de los advenedizos), que hay aquí todo un propósito simplemente admirable y más hondo de lo que parece á primera vista. Para el que sabe sentir con verdadera delicadeza,—harto distinta de la que sólo

parece y no es,—guardan secreto é irresistible hechizo las prístinas cualidades del hombre, tal como lo hizo Dios cuando lo hizo bueno, de recto juicio sin cavilaciones, de sano corazón sin sensiblerías, de fuerte y templada voluntad sin alharacas ni odio impotente. Y así son los Lebratos y Pilaras de Pereda. Y lo notable es que son así en todas partes, con diferencias accidentales de latitud. De modo que los personajes de Pereda tienen, además de su valor moral, un valor étnico que reside en ellos en virtud de su propia perfección artística, y sin que el autor pretenda dárselo. Así resalta cierta gravedad noblota de aquellos personajes, que en otras comarcas se acentúa hasta la adustez arisca que á los ojos vulgares deslustra la mayor virtud; así cierta alegría interior y serena de algunos caracteres del libro, se trueca en otras literaturas en melancólica resignación ó en fosco pesimismo; pero el tipo, repetimos, persiste en lo esencial.

Aun á los personajes detestables alcanza, con esa vitalidad superior que rezuma por todos sus poros, esa fuerza de la condición humana primitiva: como en el Berrugo, en la Galusa, en Marcones, tan completos y vivos y tan ásperos y brutales, en la lucha por la *Puchera*.

Fuera de ellos, y de algunos otros de igual valer pero que no sirven á mi intento, la atención se concentra en dos figuras de ánimo más complejo y con mayores repliegues: Inés y *el caballero del altar mayor*. Con Inés entra la obra en plena psicología femenina y adquieren otro tono aquellas páginas, donde se analiza el carácter de la protagonista, sus varias y sucesivas mudanzas, sus afectos y su lento desarrollo. No se trata por cierto de un intrincadísimo estado de ánimo, ni de muy sutiles y alambicados descubrimientos en el misterioso corazón de una mujer excepcional; todo va por camino llano pero grato y seguro,

y el caso interno resulta como labor primorosa y no artificiosa, de una perspicacia finísima y no alambicada. No diré aquí que Inés sea la mujer más mujer de todas las que nos presentó Pereda, porque, así de golpe, no puedo recordarlas todas; pero sí que es aquélla una de las más cumplidas y perfectamente observadas en sus menores latidos.

Y vamos al último punto característico de la obra, á la última analogía con toda una literatura corriente. He dicho en otro lugar que casi siempre lo profundamente dramático y patético se nos muestra en la acción de Pereda, modestamente, indirectamente, con cierto pudor varonil que le comunica más fuerza. Claro que tampoco aquí citaré todos los pasajes de aquella índole, ni los amores del Josco, ni el pleito de Marcones, ni la fuga de Inés, y su llegada á la choza, uno de los episodios más sentidos y animados. Claro que no he de hacer hincapié en la catástrofe final, que es, por el contrario, poco acertado, y de los que dejan impresión menos honda. Para hallar un ejemplo palpable de esa fusión del sentimiento dramático con una narración sencilla sin grandes exclamaciones ni declaraciones; para sorprender el efecto, no sólo de lo conmovedor, sino de lo sublime, como latente en el cuadro sin manifestación exterior, hay que leer despacio el episodio del Lebrato y Pedro Juan, en el capítulo *La Puchera del Lebrato*. No sé hallar otro en que se transmita con más *silenciosa* elocuencia una emoción más honda y de alto valor moral, como en aquel terrible trance en que se ven los dos valerosos hombres en día de pesca y en aquella angustiosa ascensión. En el punto más arriesgado y crítico, el diálogo entre padre é hijo es acabado ejemplo de ese patético oculto que lleva en su misma sencillez la mayor intensidad de emoción. Hay que copiar forzosamente algo de él, tomando algu-

nas líneas, anteriores á las que debo subrayar, para darme á comprender mejor, á pesar de que el pasaje no permite quizá estas mutilaciones, y en todo él podría hallar análogos comprobantes. Citemos :

«Abrazáronse, y concluyó el animoso Lebrato:

—» Ahora, ¡á ello, y que el Señor nos ampare!

» Y empezó aquella ascensión tremenda, inverosímil, en que cada paso de avance, á tientas, bajo la fría cellisca que á la vez que entumecía los miembros de los dos infelices, hacía más resbaladizo el peñasco, les costaba minutos de reflexión y nuevos pasos de retroceso, ó hacia los lados para tomar nuevo rumbo, rugiendo el abismo á sus pies y no viendo por delante otra cosa que la negrura de la mole que iban escalando y parecía no tener fin. La gran esperanza del Lebrato estaba en llegar á una ancha grieta que debía de haber en el último tercio del peñasco, más tendida que las que iban siguiendo á gatas. Allí se podría tomar un respiro, y acaso esperar á que amaneciera el nuevo día; pero las fuerzas iban faltándole, le sangraban las manos y los pies despellejados por los dientes de la peña, y temía á cada instante desalentar á su hijo con el ejemplo de sus desfallecimientos. Con las fuerzas de su abnegación de padre, más que con las de su cuerpo desmayado, avanzó otro poco; pero con tan mala suerte, que se le resbalaron los pies; y á no encontrar inmediatamente apoyo en la cabeza de Pedro Juan, que le seguía muy de cerca, tras de los pies hubiera ido el Lebrato entero y verdadero, sin parar hasta el abismo, que seguía bramando á más y mejor.

» Conoció el Josco de dónde venía el golpe, y dijo al sentirle, con igual frescura que si hablara en la socarreña de su casa, bien descansado y á *subio*:

—» ¡Ya podía avisar, coles!

—» ¡No te amilanes por eso, hijo del alma! (le gritó el padre.) Fué que se me desborregaron los pies. Tú tente firme, que á mí, ánimos y fuerzas me sobran, gracias á Dios.

—» Pos mire (replicó Pedro Juan, agarrado como una lapa y haciendo equilibrios con las piernas de su padre sobre la cabeza); por si güelve á suceder, mejor será una cosa: si usted se compromete á guiar, yo me comprometo á subile de este modo, y mejor si me pone una pata en cá hombral.

—» ¡Eso es! (dijo el de arriba, como espantado de la ocurrencia del de abajo.) Pa que te despeñes primero, y sólo por sacarme avante á mí.

—» Y no se haría más que lo debido.... Pero no hay miedo de ello, padre. Yo estoy lo mesmo que cuando escomencé á subir, y usted no pesa más que una pluma. ¡Arriba, padre!»

He aquí cómo una exclamación vulgar, «*y no se haría más que lo debido*», puede encerrar, sin el menor entono, la misma sublimidad que un apóstrofe poemático; he aquí de qué manera tan indirecta que pasa inadvertida, puede encerrarse en una frase un sentimiento de abnegación heroica. No va gran distancia de la observación del Josco al arranque patético de los hijos de Hugolino.

«....Padre, assai ci fia men doglia
 Se tu mangi di noi, tu ne vestisti
 Queste misere carni, è tu le spoglia».

El arte, el procedimiento son distintos; la fuerza moral y la emoción del lector, en uno y otro pasaje, son idénticos.

J. YXART.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Jaime el Leveche</i> , por Luis Cánovas.....	5
<i>La poesía desdeñada por la ciencia y por la prosa</i> , por Campoamor...	69
<i>Consideraciones generales acerca de nuestro estado militar</i> , por Francisco Barado.....	85
<i>La crisis económica</i> , por E. Benot.....	97
<i>El quijotismo en el mundo gentilico y en la sociedad cristiana</i> , por J. Coreleu.....	113
<i>Novela parisiense mejicana</i> , por Juan Valera.....	141
<i>Combates de toros en España y Francia</i> , por Adolfo de Castro.....	149

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

<i>Insolación</i> (Historia amorosa), de Emilia Pardo Bazán, por Juan Sardá.....	179
<i>Historia del Ampurdán</i> , de D. José Pella y Forgas, por Arturo Campión.....	186
<i>La Puchera</i> , de D. José María de Pereda, por J. Yxart.....	193

